

AKAL
clásicos del pensamiento

Humano,
demasiado humano

Un libro para espíritus libres

VOLUMEN I

Friedrich Nietzsche

Traducción:
Alfredo Brotons Muñoz



PRIMERA PARTE

DE LAS COSAS PRIMERAS Y ÚLTIMAS¹

1²

Química de los conceptos y sentimientos. Los problemas filosóficos adoptan ahora de nuevo en casi todos los respectos la misma forma de pregunta de hace dos mil años: ¿Cómo puede algo nacer de su contrario, por ejemplo, lo racional de lo irracional, lo sensible de lo muerto, la lógica de la ilógica, la contemplación desinteresada del querer ávido, el altruismo del egoísmo, la verdad de los errores? Hasta ahora la filosofía metafísica soslayaba esta dificultad negando que lo uno naciese de lo otro y suponiéndoles a las cosas valoradas como superiores un origen milagroso, inmediatamente a partir del núcleo y la esencia de la «cosa en sí»³. Por contra, la filosofía histórica, que en absoluto puede ya pensarse separada de la ciencia natural, el más joven de todos los métodos filosóficos, ha constatado en casos particulares (y esta será presumiblemente en todos su conclusión) que no se trata de contrarios, salvo en la habitual exageración de la concepción popular o metafísica, y que a la base de esta contraposición hay un error de la razón: según su explicación, no hay, en rigor, ni una conducta altruista ni una contemplación completamente desinteresada: ambas cosas no son más que sublimaciones en las que el elemento fundamental aparece casi volatilizado y sólo a la más sutil observación le es factible todavía comprobar su existencia. Todo lo que necesitamos y

¹ Alusión a la escatología.

² *Ip*: «Lo que hasta ahora nos ha venido faltando es la química del mundo moral, estético, religioso. También aquí las cosas más preciosas se extraen de otras viles y menospreciadas. Cómo puede lo racional nacer de lo irracional, la lógica de la ilógica, la contemplación desinteresada de la ávida, el altruismo del egoísmo, la verdad de los errores; ése es el problema de la generación a partir de los contrarios. Estrictamente hablando, no hay ninguna oposición, sino sólo una sublimación (algo habitualmente sustraído).»

³ En la *Crítica de la razón pura* (1781) de Kant, la cosa en sí se define como lo existente que existe en «esencia», independientemente de nuestro conocimiento, el cual parte de su existencia fenoménica (vid. X parte). Emmanuel Kant (1724-1802): filósofo alemán.

que sólo gracias al nivel actual de las ciencias particulares puede sernos dado, es una *química* de las representaciones y los sentimientos morales, religiosos, estéticos, lo mismo que de todas esas emociones que vivenciamos en nosotros en el grande o pequeño trañén de la cultura y de la sociedad, e incluso en soledad: ¿y qué si esta química llevara a la conclusión de que también en este ámbito los colores dominantes se logran a partir de materiales viles, incluso menospreciados? ¿Tendrán muchos ganas de proseguir tales investigaciones? A la humanidad le gusta desentenderse de las cuestiones sobre origen y comienzos: ¿no debe estar uno casi deshumanizado para sentir en sí la pensión opuesta?

2⁴

Pecado original de los filósofos. Todos los filósofos tienen el defecto común de partir del hombre actual y creer que con un análisis del mismo llegan a la meta. Involuntariamente «el hombre» se les antoja como una *aeterna veritas*⁵, como algo invariable en medio de toda la voráginé, como una medida cierta de las cosas. Pero todo lo que el filósofo dice sobre el hombre no es en el fondo más que un testimonio sobre el hombre de un espacio temporal *muy limitado*. El pecado original de todos los filósofos es la falta de sentido histórico; no pocos toman incluso la configuración más reciente del hombre, tal como ha surgido bajo la impronta de determinadas religiones, aun de determinados acontecimientos políticos, como la forma fija de la que debe partirse. No quieren enterarse de que el hombre ha devenido; mientras que algunos de ellos llegan incluso a derivar el mundo entero de esta facultad cognoscitiva. Ahora bien, todo lo *esencial* de la evolución humana sucedió en tiempos remotos, mucho antes de esos cuatro mil años que nosotros más o menos conocemos; en éstos el hombre no puede haber cambiado mucho. Pero entonces el filósofo percibe en el hombre actual «instintos» y supone que éstos forman parte de los datos inalterables del hombre y pueden, por tanto, ofrecer una clave para la comprensión del mundo en general⁶; toda la teleología está construída sobre el hecho de que se habla del hombre de los últimos cuatro milenios como de un hombre *eterno* al que todas las cosas del mundo están naturalmente orientadas desde un principio. Pero todo ha devenido; no hay *datos eternos*, lo mismo que no hay verdades absolutas. Por eso de ahora en adelante es necesario el *filosofar histórico* y con éste la virtud de la modestia.

3

Estimación de las verdades inaparentes. El distintivo de una cultura superior es la estimación de las pequeñas verdades inaparentes, halladas con método riguroso, por encima de los errores benignos y deslumbrantes que proceden de épocas y hombres metafísicos y artísticos. A las primeras se las recibe con el escarnio en los labios, como si aquí no pudiese haber en absoluto igualdad de derechos entre unas y otras: se muestran tan modestas, sobrias, frugales, incluso aparentemente humildes, como los segundos bellos, brillantes, embriagadores, incluso quizá beatíficos. Pero lo conquistado con esfuerzo, cierto, duradero y por tanto

⁴ Cf. 23 [19].

⁵ «Verdad eterna».

⁶ y supone el *Mal* tachado por Nietzsche antes de entregarlo a la imprenta: «y extrae de ellos conclusiones sobre la esencia del mundo (como Schopenhauer)».

rico todavía en consecuencias para todo conocimiento ulterior, es no obstante lo superior, atenerse a lo cual es viril y denota audacia, sobriedad, templanza. Poco a poco, no sólo el individuo, sino toda la humanidad será elevada a esta virilidad cuando finalmente se habitúe a la estimación superior de los conocimientos sólidos, duraderos, y haya perdido toda fe en la inspiración y en la comunicación de verdades como por milagro. Los cultores de las *formas*⁷, por supuesto, con su criterio de lo bello y lo sublime, tendrán al principio buenas razones para mofarse tan pronto como la estimación de las verdades inaparentes y el espíritu científico comiencen a predominar; pero sólo porque sus ojos no se han abierto todavía al encanto de la forma *más sobria* o porque los hombres educados en ese espíritu no están aún ni con mucho completa e íntimamente penetrados por el mismo, de modo que nunca hacen sino remedar inadvertidamente viejas formas (y esto bastante mal, como hace cualquiera a quien no le va mucho en una cosa). Antaño el espíritu no era requerido por el pensamiento riguroso, pues su seriedad radicaba en la enhebración de símbolos y formas. Esto ha cambiado: aquella seriedad de lo simbólico se ha convertido en signo característico de la cultura inferior; así como nuestras artes devienen cada vez más intelectuales, nuestros sentidos más espirituales, y así como, por ejemplo, ahora se juzga lo sensiblemente eufónico de modo enteramente diferente a hace cien años, así también devienen las formas de nuestra vida cada vez *más espirituales*, acaso *más feas* a los ojos de épocas pasadas, pero sólo porque éstos no pueden ver cómo el reino de la belleza interna, espiritual, va progresivamente profundizándose y ensanchándose, y hasta qué punto para todos nosotros puede ahora tener más valor la mirada en que destella el espíritu que la más bella estructura o el edificio más sublime.

4

Astrología y afines. Es verosímil que los objetos del sentimiento religioso, moral y estético no pertenezcan igualmente más que a la superficie de las cosas, mientras que el hombre propende a creer que aquí al menos toca el corazón del mundo; se ilusiona por lo profundamente feliz y lo profundamente desdichado que esas cosas le hacen, y así muestra aquí la misma soberbia que en la astrología. Pues ésta cree que el cielo estrellado gira en función de la suerte del hombre; pero el hombre moral supone que lo que esencialmente le ocupa el corazón debe ser también la esencia y el corazón de las cosas.

5

Mala comprensión del sueño. En las épocas de cultura rudimentaria y primitiva el hombre creía que en el sueño conocía un *segundo mundo real*; este es el origen de toda metafísica. Sin el sueño no se habría hallado ningún pretexto para la escisión del mundo. También la escisión en alma y cuerpo guarda relación con la más antigua concepción del sueño, así como la hipótesis de una pseudocorporeidad del alma⁸, esto es, el origen de toda creencia en espíritus, y probablemente también de la creencia en dioses. «El muerto sigue con vida, *pues* se le aparece al vivo en sueños»: así se razonaba antaño, a lo largo de muchos milenios.

⁷ Esto es, los artistas y estetas en cuanto opuestos a los científicos.

⁸ *Seelenscheinleib*. Neologismo nietzscheano.

6

El espíritu de la ciencia, poderoso en la parte, no en el todo. Los ámbitos de la ciencia *menores* y separados son tratados de manera puramente pegada a los hechos; por el contrario, las grandes ciencias generales, consideradas como un todo, ponen en los labios la pregunta —una pregunta por cierto muy poco pegada a los hechos—: ¿para qué?, ¿con qué provecho? Debido a esta consideración del provecho, son tratadas menos impersonalmente como un todo que en sus partes. Ahora bien, en la filosofía, en cuanto que en la cima de toda la pirámide del saber, se plantea involuntariamente la pregunta por el provecho del conocimiento en general, y toda filosofía tiene inconscientemente el propósito de atribuirle el *máximo* provecho. Por eso en todas las filosofías hay tanta metafísica de alto vuelo y un tal recato ante las soluciones aparentemente insignificantes de la física; pues la significación del conocimiento para la vida *debe* aparecer tan grande como sea posible. Aquí radica el antagonismo entre los ámbitos científicos particulares y la filosofía. Esta quiere lo que quiere el arte: darles a la vida y a la conducta la profundidad y el significado mayores que sea posible; en aquéllos se busca el conocimiento y nada más, resulte de ello lo que quiera. Hasta ahora no ha habido todavía ningún filósofo entre cuyas manos la filosofía no se haya convertido en una apología del conocimiento; todos ellos son optimistas al menos en este punto de que debe atribuírsele la máxima utilidad. Todos ellos son tiranizados por la lógica: y ésta es, según su esencia, optimismo.

7

El aguafiestas de la ciencia. La filosofía se escindió de la ciencia cuando planteó la pregunta: ¿cuál es aquel conocimiento del mundo y de la vida con que el hombre vive más feliz? Esto tuvo lugar en las escuelas socráticas; con el punto de vista de la *felicidad* se le ligaron las venas a la investigación científica, y aún hoy se hace esto.

8

Explicación neumática de la naturaleza. La metafísica explica la escritura de la naturaleza por así decir *pneumáticamente*⁹, tal como antaño hacían la Iglesia y sus doctores con la Biblia. Requiere mucha inteligencia para aplicarle a la naturaleza la misma clase de rigurosa exégesis que los filósofos han establecido ahora para todos los libros, con el propósito de entender, simplemente, lo que el texto quiere decir, pero no husmear, ni siquiera suponer, un *doble* sentido. Pero, así como por lo que a los libros se refiere la mala exégesis de ningún modo está completamente superada y aun en la sociedad más culta uno se tropieza de continuo con restos de interpretación alegórica y mística, lo mismo sucede con respecto a la naturaleza, y mucho peor aún.

9

Mundo metafísico. Es verdad que podría haber un mundo metafísico; su posibilidad absoluta difícilmente puede combatirse. Consideramos todas las cosas

⁹ La pneumática o pneumatología es la ciencia de los espíritus y seres espirituales.

con la cabeza humana y no podemos cortar esta cabeza; sigue sin embargo en pie la pregunta de qué quedaría del mundo si se la seccionase. Es este un problema puramente científico y no muy apropiado para preocupar a los hombres; pero todo lo que hasta ahora les ha hecho las hipótesis científicas *valiosas, terribles, placenteras*, lo que las ha creado, es pasión, error y autoengaño; son los peores de todos los métodos de conocimiento, no los mejores, los que han enseñado a creer en ellas. Una vez que se han denunciado estos métodos como el fundamento de todas las religiones y metafísicas existentes, se las ha refutado. No queda entonces más que aquella posibilidad; pero absolutamente nada puede comenzarse con ella, y mucho menos puede hacerse depender felicidad, salud y vida de las hebras de una tal posibilidad. Pues absolutamente nada podría predicarse del mundo metafísico, sino que es absolutamente otra cosa, otra cosa para nosotros inaccesible, incomprensible; sería algo con propiedades negativas. Si la existencia de un mundo tal estuviese tan bien probada, se establecería entonces, sin embargo, que precisamente su conocimiento sería el más indiferente de todos: más indiferente todavía que para el navegante acosado por la tempestad debe serlo el conocimiento del análisis químico del agua.

10

Inocuidad de la metafísica en el futuro. Tan pronto como la religión, el arte y la moral son descritos en su nacimiento de tal modo que cabe explicárselos completamente sin acudir a la hipótesis de *cuñas metafísicas* al comienzo y en el curso del trayecto, cesa el acentuadísimo interés por el problema puramente teórico de la «cosa en sí» y del «fenómeno»¹⁰. Pues, sea lo que sea de esto, con la religión, el arte y la moral no tocamos la «esencia del mundo en sí»; estamos en el dominio de la representación y ningún «barrunto» puede llevarnos más allá¹¹. Con toda tranquilidad se abandonará a la fisiología y a la historia de la evolución de los organismos y conceptos la pregunta por cómo puede nuestra imagen del mundo diferenciarse tan nitidamente de la esencia elucidada del mundo.

11¹²

El lenguaje como presunta ciencia. La importancia del lenguaje para el desarrollo de la cultura radica en el hecho de que en él el hombre puso un mundo propio junto al otro, un lugar que consideraba tan firme como para a partir de ahí levantar sobre sus goznes el resto del mundo y adueñarse del mismo. Como durante largos lapsos de tiempo el hombre ha creído en los conceptos y nombres de las cosas como en *aeternae veritates*¹³, ha hecho suyo ese orgullo con que se elevaba por encima del animal: suponía tener efectivamente en el lenguaje el conocimiento del mundo¹⁴. El artífice del lenguaje no era tan modesto que creyera que él no les daba a las cosas precisamente más que designaciones, sino que más bien se figuraba expresar con las palabras el saber supremo sobre las cosas; el lenguaje es en

¹⁰ Vid. nota 3 supra.

¹¹ Alusión a Schopenhauer.

¹² *Ep*: «El hombre artífice del lenguaje no creía estar dando nombres a las cosas, sino enunciando el conocimiento cabal sobre éstas: ésa fue la primera etapa de la comunicación científica.»

¹³ «Verdades eternas.»

¹⁴ Cf. Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1873).

realidad el primer peldaño en el esfuerzo por la ciencia. También aquí es de la *fe en la verdad hallada* de donde manaron los manantiales de fuerza más poderosos. Es mucho después –tan sólo ahora– cuando se dan cuenta los hombres de que con su fe en el lenguaje han propagado un tremendo error. Afortunadamente es demasiado tarde para que esto dé marcha atrás al desarrollo de la razón que estriba en esa fe. También la *lógica* estriba en presupuestos a los que nada corresponde en el mundo real, por ejemplo, en el presupuesto de la igualdad de las cosas, de la identidad de la misma cosa en distintos puntos del tiempo; pero esa ciencia nació de la creencia opuesta (la de que en efecto en el mundo real hay semejantes cosas). Lo mismo sucede con las *matemáticas*, que a buen seguro no habrían nacido si desde un principio se hubiese sabido que en la naturaleza no hay ninguna línea exactamente recta, ningún círculo verdadero, ninguna medida de tamaño absoluta.

12

Sueño y cultura. La función cerebral más afectada por el sueño es la memoria: no es que se paralice por completo, pero se ve reducida a un estado de imperfección como el que en tiempos arcaicos de la humanidad puede haber habido en todos de día y en vigilia. Arbitraria y confusa como es, constantemente confunde las cosas en base a las más efímeras analogías; pero con el mismo arbitrio y confusión compusieron los pueblos sus mitologías, y aún ahora suelen los viajeros observar la propensión salvaje al olvido, cómo su espíritu, tras breve tensión de la memoria, empieza a vacilar y, por mera relajación, produce la mentira y el absurdo. Pero todos nosotros nos parecemos en el sueño a este salvaje; el reconocimiento deficiente y la equiparación errónea son la causa del mal razonamiento del que en el sueño nos hacemos culpables: de modo que, cuando un sueño se nos presenta claramente, nos espantamos de nosotros mismos por albergar en nosotros tanto disparate. La perfecta nitidez de todas las representaciones oníricas, que tiene como presupuesto la creencia incondicional en su realidad, nos recuerda a su vez estados de la humanidad primitiva en que la alucinación era extraordinariamente frecuente y a veces hacía presa simultáneamente en comunidades enteras, en pueblos enteros. De modo que al dormir y en el sueño recapitulamos la humanidad anterior¹⁵.

13¹⁶

Lógica del sueño. Cuando dormimos, múltiples estímulos internos mantienen nuestro sistema nervioso en un constante estado de excitación, casi todos los

¹⁵ En *La interpretación de los sueños*, cap. VII, sec. B, adición de 1918 (ed. cast., *Obras completas*, trad. José Luis López-Ballesteros y de Torres, ed. Biblioteca Nueva, II, pág. 679), escribe Freud: «Sospechamos ya cuán acertada es la opinión de Nietzsche de que “el sueño continúa un estado primitivo de la Humanidad, al que apenas podemos llegar por un camino directo”, y esperamos que el análisis de los sueños nos conduzca al conocimiento de la herencia arcaica del hombre y nos permita descubrir en él lo anímicamente innato.» Sigmund Freud (1856-1936): Neurólogo y psiquiatra austriaco, fundador del psicoanálisis.

¹⁶ Cf. 21 [38] y 22 [62].

órganos secretan y se ponen en actividad por separado, la sangre circula impetuosamente, la posición del durmiente comprime ciertos miembros, la ropa de cama influye de diversos modos sobre la sensibilidad, el estómago digiere y agita con sus movimientos otros órganos, los intestinos se retuercen, la postura de la cabeza trae consigo posiciones musculares insólitas, los pies, descalzos, al no pisar el suelo con las plantas, causan la sensación de lo insólito tanto como la distinta indumentaria de todo el cuerpo; todo esto, según su cambio y grado diario, excita por su extraordinariedad todo el sistema, incluida la función cerebral. Y hay casi cien motivos para que el espíritu se asombre y busque *razones* a esta excitación. Pero el sueño es la *búsqueda y representación de las causas* de esas sensaciones suscitadas, es decir, de las presuntas causas. Quien, por ejemplo, se ciña los pies con dos correas acaso sueña que dos serpientes se enroscan en sus pies: esto es primero una hipótesis, luego una creencia acompañada de una representación y una invención figurativas: «Estas serpientes deben de ser la causa de esa sensación que yo, el durmiente, tengo», así juzga el espíritu del durmiente. La fantasía excitada convierte en presente el pasado próximo así elucidado¹⁷. Todo el mundo sabe así por experiencia con qué rapidez el soñador incorpora a su sueño un fuerte sonido que le llegue, por ejemplo, campanadas, cañonazos, es decir, los explica a partir de aquél *bacia atrás*, de modo que *crea* vivenciar primero las circunstancias ocasionales y luego ese sonido¹⁸. Pero, ¿cómo es que el espíritu del soñador siempre yerra así, mientras que el mismo espíritu despierto suele ser tan frugal, cauteloso y, en cuanto a hipótesis, tan escéptico? ¿De modo que la primera hipótesis de explicación de una sensación le basta para creer al punto en su verdad (pues durante el sueño creemos en el sueño como si fuese realidad, es decir, tenemos nuestra hipótesis por completamente demostrada)? Yo creo que actualmente el hombre razona todavía en sueños como hace varios milenios razonaba la humanidad *también durante la vigilia*: la primera causa que se le ocurría al espíritu para explicar algo que hubiera menester explicación, le bastaba y pasaba por verdad¹⁹. (Así proceden aún hoy los salvajes, según los relatos de los viajeros.) En el sueño sigue operando en nosotros esa arcaica porción de humanidad, pues constituye los cimientos sobre los que se desarrolló y en cada hombre todavía se desarrolla la razón superior: el sueño nos devuelve de nuevo a remotos estadios de la cultura humana y pone a nuestra disposición un medio para entenderla mejor. Pensar durante el sueño nos es hoy tan fácil por lo bien que durante inmensos periodos del desarrollo de la humanidad hemos sido adiestrados precisamente en esta forma de explicación fantástica y barata a partir de la primera ocurrencia a discreción. En tal medida es el sueño un desahogo para el cerebro, el cual de día tiene que satisfacer las estrictas exigencias que la cultura superior le impone al pensamiento. Existe un fenómeno análogo, auténtico pórtico y antecámara del sueño, que podemos todavía observar con la mente despierta. Cuando cerramos los ojos,

¹⁷ La fantasía Pr: «Los sueños son *causae post effectum* [causas posteriores al efecto], y ciertamente *causae* erróneamente supuestas.»

¹⁸ Cf. *La interpretación de los sueños*, ed. cit., págs. 361-74.

¹⁹ Yo creo! Fp: «Una hipótesis basta: Dios como verdad. El hombre razona en el sueño como quizá la humanidad ha razonado durante muchos milenios.»

el cerebro produce una gran cantidad de impresiones luminosas y colores, probablemente como una especie de resonancia y eco de todas aquellas luces que le llegan de día. Pero, ahora bien, estos juegos cromáticos en sí informes, el entendimiento (con la cooperación de la fantasía) los elabora al punto en determinadas figuras, formas, paisajes, grupos animados. El proceso que propiamente hablando se produce aquí es a su vez una especie de silogismo del efecto a la causa, pues el espíritu pregunta de dónde proceden estas impresiones lumínicas y colores; supone como causas esas figuras y formas; para él son las ocasionantes de esos colores y luces, pues de día, con los ojos abiertos, está acostumbrado a hallar para cada color, para cada impresión lumínica, una causa ocasionante. También aquí provee constantemente de imágenes la fantasía, pues ésta las adosa en su producción a las impresiones visuales del día, y así precisamente opera la fantasía onírica; esto significa que la presunta causa se deduce del efecto y es representada *después* del efecto, todo ello con extraordinaria rapidez, de modo que aquí, como ante un prestidigitador, puede nacer una confusión del juicio e interpretarse una sucesión como algo simultáneo e incluso como una sucesión inversa. De esos fenómenos podemos inferir cuán *tardíamente* se ha desarrollado el pensamiento lógico más incisivo, el discernimiento riguroso de causa y efecto, cuando *todavía ahora* nuestras funciones racionales e intelectivas recurren involuntariamente a esas formas primitivas de razonamiento y nos pasamos aproximadamente la mitad de nuestra vida en este estado. También el poeta, el artista, *imputa* sus humores y estados a causas que de ningún modo son las verdaderas; en esto recuerda y puede ayudarnos a comprender la humanidad antigua.

14

Resonancia simpática. Todas las vibraciones ²⁰ de cierta intensidad comportan una resonancia de sensaciones y humores ²¹ afines; revuelven, por así decir, la memoria. Hacen que algo en nosotros recuerde y se haga consciente de estos estados similares y de su origen. Fórmense así rápidas asociaciones habituales de sentimientos y pensamientos, las cuales finalmente, cuando se suceden con la rapidez del rayo, ni siquiera son ya percibidas como complejos, sino como *unidades*. En este sentido se habla del sentimiento moral, del sentimiento religioso, como si fuesen unidades sin más, cuando en verdad son ríos con cien manantiales y afluentes. También aquí, como tantas veces ocurre, la unidad de la palabra no garantiza para nada la unidad de la cosa.

15

En el mundo no hay ni dentro ni fuera. Así como Demócrito ²² trasplantó los conceptos de arriba y abajo al espacio infinito, donde no tienen sentido, así los

²⁰ Nietzsche juega aquí con el significado de *Stimmung* en un contexto musical, traducible por «afinación», «templadura».

²¹ *Stimmungen*.

²² Demócrito (ca. 460-ca. 370 a. C.): filósofo griego, uno de los últimos filósofos «presocráticos».

filósofos en general²³ trasplantan el concepto de «dentro y fuera» a la esencia y la apariencia del mundo: creen que con sentimientos profundos se profundiza en lo interno, se aproxima uno al corazón de la naturaleza. Pero estos sentimientos sólo son profundos en la medida en que con ellos, apenas perceptiblemente, se estimulan regularmente ciertos complejos grupos de pensamientos que llamamos profundos: un sentimiento es profundo porque tenemos por profundo el pensamiento acompañante. Pero el pensamiento profundo puede sin embargo estar muy lejos de la verdad, como por ejemplo todo pensamiento metafísico: si del sentimiento profundo se descuentan los elementos de pensamiento mezclados con él, queda el sentimiento *intenso*, y éste no garantiza respecto al conocimiento nada más que a sí mismo, tal como la fe intensa no prueba más que su intensidad, no la verdad de lo creído.

16²⁴

Fenómeno y cosa en sí. Los filósofos suelen situarse ante la vida y la experiencia —lo que llaman el mundo del fenómeno— como ante un cuadro desplegado de una vez por todas y que mostrase invariablemente la misma escena; esta escena, piensan ellos, debe interpretarse correctamente para así inferir la esencia que ha producido el cuadro, es decir, la cosa en sí, que siempre suele considerarse como la razón suficiente del mundo del fenómeno²⁵. En cambio, lógicos más rigurosos²⁶, tras haber definido nítidamente el concepto de lo metafísico como el de lo incondicionado, y por ende incondicionante, han puesto en tela de juicio toda conexión entre lo incondicionado (el mundo metafísico) y el mundo que nos es conocido, de modo que en el fenómeno *no* aparece de ningún modo la cosa en sí y ha de impugnarse toda inferencia de ésta a partir de aquél²⁷. Pero ambos bandos pasan por alto la posibilidad de que ese cuadro —lo que vida y experiencia significan ahora para nosotros hombres— haya *devenido* paulatinamente, más aún, de que todavía esté completamente en el *devenir* y, por tanto, no deba ser considerado como dimensión fija a partir de la cual cupiera hacer o siquiera impugnar una inferencia sobre el autor (la razón suficiente). Porque desde hace milenios hemos mirado el mundo con pretensiones morales, estéticas, religiosas, con ciega inclinación, pasión o temor, y nos hemos abandonado a los vicios del pensamiento ilógico, ha *devenido* poco a poco este mundo tan maravillosamente abigarrado, terrible, profundo en significado, lleno de alma; ha recibido colores, pero nosotros hemos sido los coloristas: el intelecto humano ha

²³ Los filósofos en general]. En *Ma: «Schopenhauer»*.

²¹ Cf. 22 [33] y 23 [125].

²⁵ El principio de razón suficiente es el principio ontológico según el cual todo lo que existe, toda realidad objetiva, tiene una razón de ser, todo acontecimiento una causa (vid. *Crítica de la razón pura*, A201, A786, B246, B811). El mundo metafísico se convierte por tanto en la explicación de la existencia del mundo fenoménico. En su primer ensayo, *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente* (1813), Schopenhauer analizó la historia y justificación de ese principio (ed. cast., trad. Leopoldo-Eulogio Palacios, Gredos 1981).

²⁶ Alusión a Afrikan Spir. Vid. infra nota 30 a par. 18.

²⁷ Alusión a Kant.

213218

hecho que el fenómeno apareciese e introducido sus erróneas concepciones del fundamento en las cosas. Tarde, muy tarde, recapacita; y ahora el mundo de la experiencia y la cosa en sí se le aparecen tan extraordinariamente distintos y separados, que impugna la inferencia de aquél a éste o reclama, de un modo espantosamente misterioso, la *renuncia* de nuestro intelecto, de nuestra voluntad personal, para, *deviniendo esencial*, llegar a lo esencial. Otros en cambio han recogido todos los rasgos característicos de nuestro mundo del fenómeno —es decir, de la representación del mundo urdida a base de errores intelectuales y transmitida a nosotros por herencia— y, *en vez de denunciar al intelecto como culpable*, han inculcado a la esencia de las cosas como causa de este carácter efectivo, muy inquietante, del mundo, y predicado la absolución del Ser²⁸. Con todas estas concepciones se rematará de modo definitivo el proceso continuo y arduo de la ciencia, que un día celebra por fin su triunfo supremo en una *historia de la génesis del pensamiento* cuyo resultado acaso pudiera resumirse en esta tesis: lo que ahora llamamos el mundo es el resultado de una multitud de errores y fantasías que fueron paulatinamente naciendo en la evolución global de los seres orgánicos, concrescieron y ahora heredamos nosotros como tesoro acumulado de todo el pasado; como tesoro, pues en él estriba el *valor* de nuestra humanidad. De este mundo de la representación la ciencia exacta no puede de hecho desligarnos —aunque esto tampoco sea en absoluto deseable— sino en pequeña medida, por cuanto no puede quebrar esencialmente el yugo de hábitos ancestrales de la sensación; pero sí puede, muy paulatinamente y paso a paso, ir aclarando la historia de la génesis de ese mundo como representación, y a nosotros elevarnos, momentáneamente al menos, por encima de todo el proceso. Quizá reconozcamos entonces que la cosa en sí merece una risotada homérica²⁹: que tanto, aun todo, que *parecía*, y, propiamente hablando, está vacía, a saber, vacía de significado.

17

Explicaciones metafísicas. El joven estima las explicaciones metafísicas porque le muestran algo en extremo cargado de significado en cosas que encontraba desagradables o despreciables; y si está descontento consigo, alivia este sentimiento cuando reconoce el más interno enigma o miseria del mundo en lo que tanto desaprueba en sí. Sentirse menos responsable y al mismo tiempo encontrar más interesantes las cosas, esto constituye para él el doble beneficio que debe a la metafísica. Más tarde llega por cierto a desconfiar de toda clase de explicación metafísica, y entonces quizá se da cuenta de que esos efectos pueden alcanzarse no peor y sí más científicamente por otra vía; que las explicaciones físicas e históricas conducen, cuando menos en idéntico grado, a ese sentimiento de irresponsabilidad, y que con ello se inflama más aún ese interés por la vida y sus problemas.

²⁸ Alusión a Schopenhauer.

²⁹ Cf. *Iliada*, I, 599 (ed. cast.: trad. Fernando Gutiérrez, Planeta 1980, pág. 22), u *Odisea*, VII, 326, y XX, 436 (ed. cast.: trad. José Alsina; idem., págs. 112 y 334). Homero (s. IX a. C.): poeta mítico a quien se atribuye la autoría de los primeros monumentos de la literatura griega.

18

Cuestiones fundamentales de la metafísica. Una vez que se haya escrito la historia de la génesis del pensamiento, también se iluminará con una luz nueva la siguiente frase de un distinguido lógico: «La originaria ley general del sujeto cognoscente consiste en la necesidad interna de reconocer todo objeto en sí, en su propia esencia, como un objeto idéntico a sí mismo, por tanto existente por sí mismo y que en el fondo permanece siempre igual e inmutable; en una palabra, como una sustancia»³⁰. También esta ley, aquí llamada «originaria», es devenida: algún día se demostrará cómo, en los organismos inferiores, nace poco a poco esta tendencia, cómo los torpes ojos de topo de estas organizaciones no son al principio nada más que siempre lo mismo, cómo luego, cuando van haciéndose perceptibles los diferentes estímulos de placer y displacer, van paulatinamente distinguiéndose las diferentes sustancias, pero cada una con un solo atributo, es decir, una única relación con tal organismo. El primer peldaño de lo lógico es el juicio, cuya esencia, según la definición de los mejores lógicos, consiste en la creencia. A toda creencia subyace el *sentimiento de lo agradable o doloroso* respecto al sujeto sentiente. En su forma más rudimentaria, el juicio es una tercera sensación nueva en cuanto resultado de dos sensaciones singulares precedentes³¹. En principio, a nosotros seres orgánicos no nos interesa de cada cosa nada más que su relación con nosotros en lo que a placer y dolor se refiere. Entre los momentos en que cobramos consciencia de esta relación, entre los estados de sensación, los hay de reposo, de privación de sensación: entonces el mundo y todas las cosas carecen para nosotros de interés, no percibimos ningún cambio en ellos (tal como ahora todavía uno muy interesado en algo no se percata de alguien que pasa junto a él). Para las plantas todas las cosas están habitualmente quietas, son eternas, cada cosa igual a sí misma. Del período de los organismos inferiores ha heredado el hombre la creencia en que hay *cosas iguales* (sólo la experiencia cultivada en la más elevada ciencia contradice esta tesis). La creencia originaria de todo organismo al principio es quizá incluso que todo el resto del mundo es uno e inmóvil. Lo más alejado de esa fase primitiva de lo lógico es la noción de *causalidad*: es más, en el fondo aun ahora creemos que todos los sentimientos y accio-

³⁰ Cita de Afrikan Spir, *Denken und Wirklichkeit. Erneuerung der kritischen Philosophie* (Leipzig, 1877, 2 vol. II, pág. 177, BN), que Nietzsche leyó en Basilea el mismo año de la publicación de la primera edición (1873). Cf. *La filosofía en la época trágica de los griegos* (ed. cast.: *Obras completas*, trad. Pablo Simón, Prestigio 1970), vol. I, pág. 519. Afrikan Alexandrovitch Spir (1837-1890): lógico ucraniano, residente durante muchos años en Alemania y Suiza, para quien el conocimiento progresa mediante la eliminación de las contradicciones con que aparecen las cosas.

³¹ A toda creencia.] En los llamados «Papeles de Sorrento» (invierno-1876 a otoño-1877) aparece el siguiente texto tachado por Nietzsche: «Ahora bien, ¿cuáles son las formas más rudimentarias? ¿Aquellas por las que se echa de ver que esa creencia proviene de las sensaciones? Un ser inferiormente organizado tiene una sensación; otra la sigue regularmente, p. ej., cuando ve a alguien ejercer una presión, siente un dolor. En el momento de la presión produce reproductivamente la sensación de dolor; ambas sensaciones se funden, de donde resulta un sentimiento de temor, con sus consecuencias de huida, alejamiento.» rudimentaria] *Ibid.* este texto, corregido por Nietzsche, rezaba: «diferente, es precisamente esta creencia en la relación de una cosa con nosotros en el placer o el dolor: la creencia es "presentimiento" en su [formal] más rudimentaria.»

nes son actos del libre albedrío; cuando el individuo sentiente se considera a sí mismo, tiene toda sensación, toda alteración, por algo *aislado*, es decir, incondicionado, inconexo: surge de nosotros desvinculado de lo anterior y posterior. Tenemos hambre, pero originariamente no pensamos que el organismo quiera ser mantenido, sino que esa sensación parece hacerse valer *sin razón ni fin*, se aísla y se tiene por *arbitraria*. Por tanto, la creencia en la libertad del albedrío es un error originario de todo lo orgánico, tan viejo como existen en él las tendencias a lo lógico; la creencia en sustancias incondicionadas y en cosas iguales es asimismo un error originario, no menos antiguo, de todo lo orgánico. Pero, en la medida en que toda metafísica se ha ocupado primordialmente de la sustancia y de la libertad del albedrío, cabe definirla como la ciencia que trata de los errores fundamentales del hombre, pero como si fuesen verdades fundamentales.

19

El número. El descubrimiento de las leyes de los números hízose sobre la base del error originariamente ya dominante de que había muchas cosas iguales (cuando en realidad no hay nada igual), al menos de que había cosas (cuando no hay ninguna «cosa»). La hipótesis de la pluralidad siempre presupone que hay *algo* que ocurre muchas veces; pero aquí precisamente impera ya el error, pues ya fingimos esencias, unidades, que no hay. Nuestras sensaciones de espacio y tiempo son falsas, pues, consecuentemente examinadas, conducen a contradicciones lógicas. En todas las constataciones científicas siempre contamos inevitablemente con algunas dimensiones falsas; pero, dado que estas dimensiones son al menos *constantes*, como por ejemplo nuestra percepción del espacio y el tiempo, los resultados de la ciencia cobran un rigor y una seguridad perfectos en su conexión recíproca; sobre ellos puede seguir construyéndose, hasta ese límite extremo en que las premisas erróneas, esos errores constantes, entran en contradicción con los resultados, por ejemplo en la teoría atómica. Entonces una y otra vez nos sentimos forzados a la admisión de una «cosa» o «sustrato» material puesto en movimiento, mientras que todo el procedimiento científico se ha entregado precisamente a la tarea de resolver todo lo cósmico (material) en movimiento: también aquí escindimos todavía con nuestra sensación lo motor y lo móvil, y no salimos de este círculo, pues la creencia en cosas está ligada a nuestra esencia desde la antigüedad³². Cuando Kant dice: «el entendimiento no extrae sus leyes de la naturaleza, sino que se las prescribe a ésta»³³, esto es completamente verdadero respecto al *concepto de naturaleza* que estamos obligados a conectar con ella (naturaleza = mundo como representación, es decir, como error), pero que es la suma de una multitud de errores del entendimiento. A un mundo que *no* sea nuestra representación le son enteramente inaplicables las leyes de los números: éstas únicamente valen en el mundo del hombre.

³² En conexión con estos problemas, Nietzsche, además de a Demócrito, menciona también a los filósofos presocráticos griegos Empédocles (s. V a. C.) y Anaxágoras (500-428 a. C.) (cf. *La filosofía en la época trágica de los griegos*, loc. cit., pág. 516.)

³³ Cf. *Prolegómenos a toda metafísica del porvenir*, par. 36 in fine (ed. cast.: trad. Julián Besteiro, Porrúa 1973, pág. 68).

20³⁴

Algunos peldaños atrás. Un grado ciertamente muy elevado de cultura se alcanza cuando el hombre supera conceptos y temores supersticiosos y religiosos y deja por ejemplo de creer en los angelitos o en el pecado original, habiéndose también desentendido de la salvación de las almas: si está en esta fase de la liberación, aún tiene también que triunfar de la metafísica con supremo esfuerzo de recapacitación. Pero *entonces* es necesario un *movimiento regresivo*: en tales representaciones debe comprender la justificación histórica y también la psicológica, debe reconocer cómo el mayor avance de la humanidad procede de ahí y cómo sin tal movimiento regresivo nos privaríamos de los mejores frutos de la humanidad hasta la fecha. Por lo que a la metafísica filosófica se refiere, veo que ahora son cada vez más los llegados a la meta negativa (que toda metafísica positiva es un error), pero pocos todavía los que descienden algunos peldaños; debe en efecto mirarse más allá por encima del último peldaño de la escala, pero no querer quedarse en él. Los más esclarecidos no llegan más que a liberarse de la metafísica y a mirarla por encima del hombro con superioridad, cuando también aquí, como en el hipódromo, es preciso virar al final de la recta.

21

Supuesta victoria del escepticismo. Adóptese por una vez el punto de partida escéptico: puesto que no hubiera ningún otro mundo, metafísico, y que todas las explicaciones del único mundo conocido por nosotros extraídas de la metafísica nos fueran inservibles, ¿con qué ojos miraríamos entonces a hombres y cosas? Uno puede imaginarse esto, y es conveniente, incluso si se descarta la pregunta de si Kant y Schopenhauer han demostrado científicamente algo metafísico. Pues históricamente es muy probable que un día los hombres devengan a este respecto, en conjunto y en general, *escépticos*; se plantea entonces la pregunta: ¿cómo se configurará entonces la sociedad humana bajo el influjo de una tal actitud? Quizá la *prueba científica* de un mundo metafísico cualquiera sea ya tan *difícil* que la humanidad no pueda ya dejar de desconfiar en ella. Y cuando se desconfía de la metafísica, las consecuencias son en definitiva las mismas que si fuera directamente refutada y no se *debiera* ya creer en ella. La cuestión histórica en relación con una actitud antimetafísica de la humanidad resulta la misma en ambos casos.

22

Incredulidad en el «monumentum aere perennius»³⁵. Una desventaja esencial que comporta la desaparición de enfoques metafísicos consiste en que el individuo construye demasiado la mirada a su breve tiempo de vida y no recibe impulsos más fuertes para edificar instituciones duraderas, erigidas para siglos; él

³⁴ *Fp.*: 22 [28].

³⁵ «Monumento más duradero que el bronce», de Horacio, *Odas*, III, 30, 1. Quinto Horacio Flaco (65-8 a. C.): poeta latino.

mismo quiere coger el fruto del árbol que planta, y ya no quiere por tanto plantar esos árboles que requieren un cultivo regular a lo largo de siglos y que están destinados a dar sombra a largas series de generaciones. Pues los enfoques metafísicos producen la creencia de que en ellos se halla el definitivo fundamento último sobre el que en adelante está obligado a asentarse y erigirse todo el futuro de la humanidad; el individuo procura su salvación cuando, por ejemplo, funda una iglesia, un monasterio, cosa, cree él, que se le ahona y recompensa en la supervivencia del alma después de la muerte, que es trabajo por la salvación del alma. ¿Puede la ciencia despertar también tal fe en sus resultados? En realidad ha menester la duda y la desconfianza como fidelísimos aliados; no obstante, con el tiempo la suma de las verdades intangibles, es decir, sobrevivientes a todos los asaltos del escepticismo, a todas las descomposiciones, puede llegar a ser tan grande (por ejemplo, en la dietética de la salud), que se decida cimentar sobre ella obras «eternas»³⁶. Mientras tanto, el *contraste* de nuestra efímera y agitada existencia con el reposo de largo aliento de la época metafísica opera aún demasiado fuertemente, dado que ambas épocas están todavía demasiado próximas; el mismo hombre individual pasa hoy en día por demasiadas evoluciones internas y externas como para que ni siquiera ose instalarse duraderamente y de una vez por todas en su propio tiempo de vida³⁷. Un hombre enteramente moderno que, por ejemplo, quiere construirse una casa, tiene una sensación como si fuera a emparedarse vivo en un mausoleo.

23³⁸

Época de la comparación. Cuanto menos atados están los hombres a la tradición, tanto mayor es el movimiento de los motivos, tanto mayor es, correspondientemente, la inquietud externa, el entrecruzamiento de los hombres, la polifonía de los afanes. ¿Para quién hay en general todavía una obligación estricta de encadenarse a sí y a su descendencia a un lugar? ¿Para quién hay en general todavía algo estrictamente vinculante? Así como se reproducen toda clase de estilos artísticos unos junto a otros, así también todos los grados y clases de moralidad, de costumbres, de culturas. Una tal época recibe su significado del hecho de que en ella pueden compararse y vivirse unas junto a otras las distintas concepciones del mundo, costumbres, culturas; lo cual antaño, dado el dominio siempre localizado de cada cultura, no era posible, debido a la vinculación de todos los estilos artísticos a un lugar y a una época. Ahora un incremento del sentimiento estético decidirá definitivamente entre tantas formas como se ofrecen a la comparación: dejará que la mayoría —a saber, las que él rechaza— perezcan. Igualmente se produce ahora una selección en las formas y hábitos de la eticidad superior, cuya meta no puede ser otra que la eliminación de las eticidades inferiores. ¡Es la época de la comparación! Este es su orgullo, pero, para ser

³⁶ *Id* añadía aquí este paréntesis luego tachado por Nietzsche: «(por ejemplo, mediante la profilaxis contra ciertas enfermedades en todo el orbe)».

³⁷ *Id.*: «Esta desconfianza, esta inquietud saltan a la vista en la arquitectura, en la indumentaria.»

³⁸ Cf. 23 [85].

justos, también su desgracia. ¡No temamos esta desgracia! Queramos más bien entender tan generosamente como podamos la tarea que nos fija la época: por ello nos bendecirá la posteridad, una posteridad que se sabe por encima tanto de las cerradas culturas populares originales como de la cultura de la comparación, pero que vuelve agradecida la vista atrás hacia ambas clases de cultura como hacia venerables antigüedades.

24

Posibilidad del progreso. Cuando un erudito en la cultura antigua jura no tratar más con hombres que crean en el progreso, tiene razón. Pues la cultura antigua tiene su grandeza y hondad a sus espaldas, y la formación histórica le obliga a uno a admitir que jamás puede recobrar su frescura; hace falta una estupidez inaguantable o un fanatismo no menos insufrible para negar esto. Pero los hombres pueden decidir conscientemente seguir desarrollándose hacia una nueva cultura, mientras que antes se desarrollaban inconsciente y contingentemente: ahora pueden crear mejores condiciones para el nacimiento de las personas, su alimentación, educación, instrucción, administrar económicamente la tierra en su globalidad, sopesar y engastar entre sí las fuerzas de los hombres en general. Esta nueva cultura consciente mata a la antigua, que, contemplada en su conjunto, ha conducido a una vida inconsciente de animal y planta; mata también la desconfianza hacia el progreso; éste es *posible*. Quiero decir: es precipitado y casi sin sentido creer que el progreso debe tener lugar *necesariamente*; pero ¿cómo podría negarse que es posible? No es en cambio ni siquiera pensable un progreso en el sentido y por el camino de la cultura antigua. Aunque el fantaseo romántico aplica constantemente la palabra «progreso» a sus metas (por ejemplo, cerradas culturas populares originales), en todo caso toma prestada la imagen del pasado: su pensamiento y su representación carecen de toda originalidad en este dominio.

25³⁹

Moral privada y moral universal. Desde que se ha extinguido la creencia en que un dios rige los destinos del mundo a gran escala y, pese a todas las curvas que aparecen en la senda de la humanidad, los conduce con autoridad a feliz término, los hombres deben proponerse a sí mismos fines ecuménicos que abarquen toda la tierra. La vieja moral, sobre todo la de Kant, exige del individuo los actos que se deseen de todos los hombres⁴⁰; hermosa ingenuidad era ésa; como si cada cual supiera sin más qué conducta beneficia al conjunto de la humanidad, qué actos en general son por tanto deseables; es ésta una teoría como la del libre cambio, que presupone que la armonía general debe resultar

³⁹ Cf. 22 [5]; 23 [154]

⁴⁰ Alusión al imperativo categórico formulado por Kant en la *Crítica de la razón práctica* (1788), lib. I, cap. I, par. 7: «Obra de tal modo, que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre, al mismo tiempo, como principio de una legislación universal» (ed. cast.: trad. Francisco Larroyo, Porrúa 1977, pág. 112). Vid. II parte, nota 70.

por sí misma según leyes de perfeccionamiento innatas. Quizá una futura visión panorámica de las necesidades de la humanidad haga que aparezca como no deseable en absoluto que todos los hombres actúen igual; en interés de metas ecuménicas más bien cabría proponer para porciones enteras de la humanidad tareas especiales, quizá, bajo ciertas circunstancias, incluso malas. En todo caso, si la humanidad no debe arruinarse con un tal gobierno consciente de conjunto, debe antes adquirirse, como pauta científica de las metas ecuménicas, un *conocimiento de las condiciones de la cultura* superior a todos los grados hasta aquí alcanzados. En esto consiste la inmensa tarea de los grandes espíritus del siglo que viene.

26⁴¹

La reacción como progreso. Aparecen de vez en cuando espíritus rudos, violentos y arrebatadores, pero no obstante atrasados, que una vez más conjuran una fase pasada de la humanidad: sirven de prueba de que las nuevas orientaciones contra las que operan no son aún lo bastante fuertes, de que les falta algo: si no, harían mejor oposición a esos conjuradores. Así la Reforma de Lutero⁴², por ejemplo, testimonia que en su siglo todos los arranques de la libertad del espíritu eran todavía inseguros, tiernos, juveniles; la ciencia todavía no podía levantar la cabeza. Más aún, todo el Renacimiento aparece como una primavera prematura casi barrida por la nieve. Pero también en nuestro siglo ha demostrado la metafísica de Schopenhauer⁴³ que tampoco ahora es el espíritu científico lo bastante fuerte: así han podido toda la concepción del mundo y todo el sentimiento del hombre propios de la Edad Media cristiana celebrar una vez más en la doctrina de Schopenhauer, pese a la aniquilación lograda ha mucho de todos los dogmas cristianos, una resurrección. En su doctrina resuena mucha ciencia, pero no es ésta lo que domina en ella, sino la antigua, bien conocida «necesidad metafísica»⁴⁴. Una de las mayores y absolutamente inestimables ventajas que de Schopenhauer obtenemos es sin duda que él fuerza a nuestro sentimiento a retroceder por algún tiempo a antiguas, poderosas concepciones del mundo y del hombre, a las que difícilmente nos conduciría otro sendero. La ganancia para la historia y la justicia es muy grande: yo creo que sin la ayuda de Schopenhauer nadie lograría hacer ahora fácilmente justicia al cristianismo y a sus parientes asiáticos, algo particularmente imposible desde la plataforma del cristianismo todavía existente. Sólo tras este gran éxito de la justicia, sólo después de haber corregido en un punto tan esencial la concepción historicista que el Siglo de las Luces trajo consigo, podemos enarbolar de nuevo la bandera de la

⁴¹ Cf. 23 [184].

⁴² Martín Lutero (1483-1546): Religioso alemán en cuya doctrina teológica culminó el movimiento reformista que durante el siglo XVI produjo el cisma del cristianismo y el nacimiento del protestantismo.

⁴³ En *Méise* añadía este paréntesis: «(y tras él Hartmann con su evocación de los espíritus bajo el sol berlinés)». Eduard von Hartmann (1842-1906): filósofo y escritor alemán, autor de *Filosofía del inconsciente* (1867).

⁴⁴ Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, parte II, l. I, cap. 17: «Sobre la necesidad metafísica del hombre».

Ilustración, la bandera con los tres nombres: Petrarca, Erasmo, Voltaire⁴⁵. Hemos hecho de la reacción un progreso.

27⁴⁶

Sustituto de la religión. Se cree predicar algo bueno de una filosofía cuando se la presenta como sustituto de la religión para el pueblo⁴⁷. En la economía espiritual son ocasionalmente menester en efecto ciclos de pensamiento transitorios; así, el paso de la religión a la concepción científica es un salto violento, peligroso, algo desaconsejable. En tal medida es justo este encarecimiento. Pero, en fin, también debería comprenderse que las necesidades que ha satisfecho la religión y ahora debe satisfacer la filosofía no son inmutables; incluso es posible *atenuearlas y erradicarlas*. Piénsese, por ejemplo, en la miseria del alma cristiana, los lamentos por la perversidad interior, la preocupación por la salvación, representaciones todas que no dimanan más que de errores de la razón y que de ningún modo merecen una satisfacción, sino la eliminación. Una filosofía puede ser útil *satisfaciendo* también esas necesidades, o bien *suprimiéndolas*; pues son necesidades adquiridas, temporalmente limitadas, que descansan sobre presupuestos contradictorios con los de la ciencia. Lo que mucho mejor debe aquí emplearse para hacer una transición es el *arte*, a fin de aliviar el ánimo sobrecargado de sentimientos; pues esas representaciones reciben mucho menos apoyo de él que de una filosofía metafísica. Es más fácil pasar luego del arte a una ciencia filosófica efectivamente liberadora⁴⁸.

28

Palabras desacreditadas. ¡Abajo con las palabras, empleadas hasta la saciedad, optimismo y pesimismo!⁴⁹ Pues cada día hay menos pretextos para usarlas: sólo a los charlatanes les son hoy aún tan absolutamente necesarias. Pues ¿para qué diablos querría alguien ser optimista si no tiene que defender a un dios que *debe* haber creado el mejor de los mundos, si es que es él mismo lo bueno y perfecto?; pero, ¿quién que piense tiene todavía necesidad de la hipótesis de un dios? Mas falta también todo pretexto para una profesión de fe pesimista, a no ser que se tenga interés en escandalizar a los abogados de Dios, a los teólogos o

⁴⁵ En este triunvirato, Francesco Petrarca (1304-74), poeta y erudito italiano, representa al Renacimiento; Desiderio Erasmo (1466-1536), polígrafo holandés, al humanismo, y Voltaire, a la Ilustración.

⁴⁶ Cf. 21 [74], 22 [26].

⁴⁷ En *C/ Nietzsche* tachó: «como hace Mainländer con la filosofía de Schopenhauer». Mainländer era el pseudónimo de Philipp Batz (1841-1876), discípulo de Schopenhauer y de cuya obra *Philosophie der Erlösung* (Berlín, 1876), *BN*, disponía Nietzsche en Sorrento.

⁴⁸ En un bosquejo posterior, este aforismo concluía así: «Y en suma, para decirlo con una frase de Goethe un tanto modificada: "Quien tiene ciencia y arte no ha menester religión".» Cf. Goethe, *Xenias pacatas (Zahme Xenien)*, III, 119: «Quien ciencia y arte posee / tiene también religión...». Cf. 22 [54]. Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832): escritor alemán.

⁴⁹ Alusión a Schopenhauer.

a los filósofos teologizantes, y sentar categóricamente la afirmación contraria: que impera el mal, que el displacer es más, o que el placer, que el mundo es una chapuza, la manifestación de una mala voluntad hacia la vida. Pero, ¿quién se ocupa hoy todavía de los teólogos, aparte de los teólogos? Prescindiendo de toda teología y de la lucha contra ella, por descontado que el mundo no es ni bueno ni malo, menos aún el mejor o el peor, y que estos conceptos de «bueno» y «malo» sólo tienen sentido referidos a hombres, y tal vez ni siquiera aquí, tal como habitualmente se los emplea, estén justificados: debemos en todo caso desechar tanto la concepción del mundo denigratoria como la enaltecedora.

29

Embriagado por la fragancia de las flores. Opínase que la nave de la humanidad tiene mayor calado cuanto más se la carga; se cree que cuanto más profundamente piensa el hombre, cuanto más tiernamente siente, cuanto más superior se estima, cuanto más se distancia de los demás animales, tanto más aparece como el genio entre los animales, tanto más se acerca a la esencia real del mundo y al conocimiento del mismo: esto es lo que hace realmente a través de la ciencia, pero *supone* hacerlo todavía más mediante sus religiones y sus artes. Estas son ciertamente una flor del mundo, pero en absoluto están *más cerca de la raíz del mundo* que el tallo: en modo alguno puede a partir de ellas comprenderse mejor la esencia de las cosas, aunque esto crean casi todos. El *error* ha hecho al hombre tan profundo, delicado e inventivo como para lograr de él una flor tal como las religiones y las artes. El conocimiento puro no habría sido capaz de hacerlo. Quien nos desvelase la esencia del mundo nos causaría a todos la más desagradable de las desilusiones. No el mundo como cosa en sí, sino el mundo como representación (como error) es tan rico en significado, profundo, prodigioso, preñado de dicha y de desdicha. Este resultado conduce a una filosofía de la *negación lógica del mundo*; la cual, por lo demás, puede compaginarse con una afirmación práctica del mundo lo mismo que con su contrario.

30

Malos hábitos de razonamiento. Los paralogismos más habituales de los hombres son éstos: una cosa existe, luego tiene un derecho. Aquí de la capacidad de vida se infiere la conformidad a fin, de la conformidad a fin la legitimidad. Otro: una opinión hace feliz, por tanto es verdadera; su efecto es bueno, por tanto ella misma es buena y verdadera. Aquí se le adscribe al efecto el predicado de procurador de felicidad, bueno, en el sentido de útil, y luego se provee a la causa del mismo predicado de bueno, pero aquí en el sentido de lo lógicamente válido. La recíproca de estas tesis reza: una cosa no puede imponerse, mantenerse, por tanto es injusta; una opinión atormenta, irrita, por tanto es falsa. El librepensador, que con harta frecuencia aprende a conocer lo defectuoso de esta manera de razonar y tiene que sufrir sus consecuencias, sucumbe muchas veces a la tentación de hacer las inferencias contrarias, que en general son, como es natural, igualmente erróneas: una cosa no puede imponerse, por tanto es buena; una opinión produce zozobra, inquieta, por tanto es verdadera.

31⁵⁰

Lo ilógico, necesario. Entre las cosas que pueden llevar a un pensador a la desesperación figura el reconocimiento de que lo ilógico es necesario para el hombre y de que de lo ilógico nace mucho de bueno. Está tan firmemente anclado en las pasiones, en el lenguaje, en el arte, en la religión y en general en todo lo que le confiere valor a la vida, que no puede arrancárselo sin con ello dañar fatalmente estas bellas cosas. Sólo los hombres demasiado ingenuos pueden creer que la naturaleza del hombre pueda ser transformada en una puramente lógica⁵¹, pero si hubiese grados de aproximación a esta meta, ¡cuánto se perdería por este camino! Incluso el más racional de los hombres necesita volver de vez en cuando a la naturaleza, es decir, a su *fundamental actitud ilógica hacia todas las cosas*.

32⁵²

Ser injusto, necesario. Todos los juicios sobre el valor de la vida se han desahollado ilógicamente y son por tanto injustos. Lo viciado del juicio reside, en primer lugar, en la manera en que se presenta el material, a saber, muy incompletamente; en segundo lugar, en la manera como se hace la suma, y, en tercer lugar, en el hecho de que cada pieza singular del material es a su vez el resultado de un conocimiento viciado, y esto ciertamente con plena necesidad. Ninguna experiencia, por ejemplo, sobre un hombre, por cercano que éste sea, puede ser completa, de modo que tengamos un derecho lógico a una apreciación del conjunto del mismo; todas las estimaciones son necesariamente precipitadas. Por último, el metro con que medimos, nuestro ser, no es una magnitud constante: tenemos humores y fluctuaciones; y sin embargo deberíamos conocernos a nosotros mismos como un metro fijo, a fin de apreciar justamente la relación con nosotros de cualquier cosa. Quizá de todo ello se siga que no debiera juzgarse en absoluto; pero, ¡si simplemente se pudiera *vivir* sin tener que hacer apreciaciones, sin aversiones ni inclinaciones!; pues toda aversión está ligada a una estimación, lo mismo que toda inclinación. Un impulso a acercarse o a alejarse de algo sin sentimiento de querer lo benéfico y evitar lo nocivo, un impulso sin una especie de apreciación reconocitiva del valor de la meta, no existe en el hombre. Somos por definición seres ilógicos y por consiguiente injustos, y *podemos reconocerlo*; esta es una de las mayores y más insolubles disarmonías de la existencia.

⁵⁰ Cf. 17 [2].

⁵¹ Cf. el ensayo *David Strauss, el confesor y el escritor* (1873), primera de las *Consideraciones intempestivas* (ed. cast., trad. Andrés Sánchez Pascual, Alianza 1988). David Friedrich Strauss (1808-1874): teólogo e historiador del cristianismo, autor de *Der alte und der neue Glaube* (Leipzig, 1872), que se encuentra en *BN* con anotaciones de puño y letra de Nietzsche y contra la que está dirigida la citada *Intempestiva*.

⁵² Este aforismo procede de las anotaciones de Nietzsche a *Der Wert des Lebens im Sinne einer heroische Lebensauffassung* (1865), de Karl Eugen Dühring (1833-1921), filósofo optimista contra quien Friedrich Engels (1820-1895) dirige en 1878 su famoso *Anti-Dühring*.

El error sobre la vida, necesario para la vida. Toda creencia en el valor y la dignidad de la vida estriba en un pensamiento viciado; únicamente es posible porque el sentimiento de participación en la vida y el sufrimiento generales de la humanidad está muy débilmente desarrollado en el individuo. Incluso los escasos hombres que piensan en general más allá de sí mismos no abarcan con su mirada esta vida general, sino partes limitadas de la misma. Si sabe poner la mira sobre todo en las excepciones, quiero decir, en los grandes talentos y las almas puras, si toma la producción de éstos como meta de todo el desarrollo del mundo y disfruta con su actividad, puede uno creer en el valor de la vida, pues *pasa por alto* a los demás hombres: su pensamiento, por tanto, está viciado. E igualmente, si abarca ciertamente a todos los hombres con la mirada pero no admite en ellos más que un género de impulsos, los menos egoístas, y les perdona los demás impulsos, entonces puede uno esperar de nuevo algo de la humanidad en su conjunto y, en tal medida, creer en el valor de la vida; por consiguiente, también en este caso por un vicio del pensamiento. Pero, se comporte como se comporte, con este comportamiento es una *excepción* entre los hombres. Ahora bien, precisamente la mayoría de los hombres soportan la vida sin graves protestas y *creen* por tanto en el valor de la existencia, justamente porque cada cual únicamente se quiere y afirma a sí, y no sale de sí, como aquellas excepciones: todo lo extrapersonal no le es perceptible en absoluto o a lo sumo como una débil sombra. El valor de la vida para el hombre corriente, ordinario, estriba únicamente en el hecho de que se da más importancia a sí que al mundo. La gran falta de fantasía de que adolece hace que no pueda penetrar en otros seres por medio del sentimiento, y que por tanto participe lo menos posible de su suerte y sus sufrimientos. En cambio, *quien* efectivamente pudiera participar no podría por menos de desesperar del valor de la vida; si lograrse captar y sentir en sí la consciencia conjunta de la humanidad, estallarían en maldiciones contra la existencia, pues en su conjunto la humanidad no tiene *ninguna* meta, y consecuentemente el hombre, al considerar la marcha en su totalidad, no puede hallar en ella su consuelo y sostén, sino su desesperación. Si en todo lo que hace tiene en cuenta la ausencia última de meta de los hombres, entonces su propia acción cobra a sus ojos el carácter de desperdicio. Pero sentirse en cuanto humanidad (y no sólo en cuanto individuo) tan *desperdiciado* como vemos desperdiciadas las flores individuales de la naturaleza, es un sentimiento por encima de todos los sentimientos. Pero, ¿quién es susceptible de él? Ciertamente sólo un poeta: y los poetas siempre saben consolarse.

Para tranquilizarse. Pero, ¿no se convierte así nuestra filosofía en tragedia? ¿No se torna enemiga de la vida, de lo mejor? Una pregunta parece venírsenos a los labios y sin embargo no querer ser formulada: *¿puede* uno permanecer conscientemente en la falsedad?, o, si es que *no hay otro remedio*, ¿no es entonces preferible la muerte? Pues ya no hay un deber; la moral, en tanto que era deber, está efectivamente, por nuestro modo de consideración, tan destruida como la

religión. El conocimiento no puede dejar subsistir como motivos más que el placer y el displacer, el provecho y el perjuicio; pero, ¿cómo se las compondrán estos motivos con el sentido de la verdad? Tampoco ellos afectan en efecto a errores (en la medida en que, como se ha dicho, inclinación y aversión y sus muy injustas mediciones determinan esencialmente nuestro placer, y displacer). Toda la vida humana está profundamente sumergida en la falsedad; el individuo no puede sacarla de este pozo sin llegar a sentir antipatía hacia su pasado⁵³ por profundísimas razones, sin encontrar disparatados sus motivos actuales, como el del honor, y oponer ironía y desprecio a las pasiones que empujan hacia el futuro y a una felicidad en el mismo. ¿Es cierto que ya no queda otro modo de pensar que el que acarrea como resultado personal la desesperación, como resultado teórico una filosofía de la destrucción?⁵⁴ Yo creo que la decisión sobre las consecuencias del conocimiento la da el *temperamento* de cada persona: lo mismo que esas consecuencias descritas y posibles en naturalezas singulares, yo podría pensar otras en virtud de las cuales naciera una vida mucho más simple, menos viciada por los afectos que la actual; de modo que al principio los antiguos motivos del deseo vehemente todavía tendrían fuerza debido a un antiguo hábito heredado, pero paulatinamente irían debilitándose bajo el influjo del conocimiento purificador. En definitiva, uno viviría entre los hombres y consigo como en la *naturaleza*, sin elogios, reproches, acaloramiento, disfrutando como de un espectáculo de muchas cosas hacia las cuales hasta entonces sólo tenía que temerse. Se habría uno desembarazado del énfasis y ya no sentiría el aguijón del pensamiento de que no es sólo naturaleza o más que naturaleza. Por supuesto, esto requeriría, como queda dicho, un buen temperamento, un alma afianzada, indulgente y en el fondo contenta, un humor que no precisara estar en guardia contra las perfidias y los súbitos arrebatos, y que en sus manifestaciones no tuviera nada de tono gruñón ni de encarnizamiento, esas molestas propiedades consabidas de perros y hombres viejos desde ha mucho condenados. Un hombre que se ha zafado de las cadenas corrientes de la vida hasta tal punto que sólo vive para conocer cada vez mejor, debe poder renunciar, sin envidia ni despecho, a muchas cosas, a casi todo lo que para los demás hombres tiene valor; le debe *bastar*, como la más deseable situación, con ese libre, intrépido planear sobre hombres, costumbres, leyes y las estimaciones tradicionales de las cosas. De buen grado comparte el gozo de esta situación, y quizá no *tenga* nada más que compartir, lo cual por supuesto implica una privación, una abdicación más. Pero si, a pesar de esto, se quiere más de él, señalará con *benévolo movimiento* de cabeza a su hermano, el hombre de acción libre, y quizá no oculte un poco de ironía, pues de su «libertad» habría mucho que hablar.

⁵³ llegar a sentir. Antes de corregirlo, en *Md* se leía: «destruirla mediante la crítica».

⁵⁴ que el que. Idem: «que el que habría que llamar una preparación a una filosofía trágica de la destrucción».

SEGUNDA PARTE

PARA LA HISTORIA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES

35¹

*Ventajas de la observación psicológica*². Que la reflexión sobre lo humano, demasiado humano —o, como dice la expresión erudita: la observación psicológica—, forma parte de los medios por los que se puede aliviar la carga de la vida; que el ejercicio de este arte procura presencia de ánimo en situaciones difíciles y entretenimiento en ambientes aburridos; más aún, que de los tranques más espinosos y desagradables de la propia vida uno puede extraer sentencias y con ello sentirse un poco mejor: eso se creía, se sabía, en siglos pasados. ¿Por qué lo olvidó este siglo, en el que, al menos en Alemania, por no decir en Europa³, la pobreza de observación psicológica se reconoce en múltiples signos? No precisamente en la novela, el relato y el ensayo filosófico: éstos son obra de hombres excepcionales; más ya en el enjuiciamiento de acontecimientos y personalidades públicos; pero donde sobre todo falta el arte del análisis y la síntesis psicológicos es en la vida social de todos los estados, donde por cierto que se habla mucho de hombres, pero en absoluto *del hombre*. ¿Por qué, no obstante, se deja escapar el más rico e inocuo tema de conversación? ¿Por qué ya no se lee para nada a los grandes maestros de la sentencia psicológica? Pues, dicho sin exageración alguna, en Europa es raro hallar a una persona culta que haya leído a La Rochefoucauld⁴ y a sus parientes espirituales y artísticos⁵, y mucho más raro aún a quien los conozca y no los desdeñe. Pero probablemente incluso este poco corriente lector extraerá

¹ Cf. 22 [15], 23 [132].

² Título original en *Md*: «Derechos de la observación psicológica. Prefacio.» Los aforismos 35-38 iban a constituir en principio un prefacio.

³ en Alemania} *Md*: «en Alemania y en Rusia».

⁴ François, duque de La Rochefoucauld (1613-1680): escritor y aforista francés.

⁵ En anotaciones de la época al texto se detallaban estos parientes: «Vauvenargues, Champfort [sic] y Stendhal». Luc de Clapiers, marqués de Vauvenargues (1715-47): moralista francés; Sébastien Roch Nicolas, Chamfort (1741-94): moralista francés; Henri Beyle, Stendhal (1783-1842): escritor francés.

de ellos mucho menos deleite de lo que la forma de esos artistas debiera reportarle; pues ni siquiera el más refinado cerebro es capaz de valorar debidamente el arte de afilar sentencias si él mismo no ha sido educado en él y competido en él. Sin tal adiestramiento práctico, se toma esta creación y conformación por más fácil de lo que es, no se siente con la suficiente nitidez lo logrado y exquisito. Por eso, los actuales lectores de sentencias⁶ extraen de ellas un goce relativamente insignificante, es más, apenas un buen regusto, de modo que les sucede como a los que están habituados a contemplar camafleos: que elogian porque no saben amar, y están prontos a admirar, pero más pronto aún a huir.

36⁶

Objeción. ¿O bien debiera revisarse esa tesis de que la observación psicológica forma parte de los atractivos, remedios y paliativos de la existencia? ¿Debiera no haberse convencido suficientemente de las desagradables consecuencias de este arte para apartar ahora deliberadamente la mirada de sus cultivadores? En efecto, una cierta fe ciega en la bondad de la naturaleza humana, una arraigada repugnancia hacia la disección de acciones humanas, una especie de pudor respecto a la desnudez de las almas podrían ser efectivamente cosas más deseables para la felicidad de un hombre que esa en ciertos casos útil cualidad de la agudeza psicológica; y quizá la fe en el bien, en hombres y acciones virtuosos, en una plétora de benevolencia impersonal en el mundo, haya mejorado a los hombres en tanto en cuanto los ha hecho menos desconfiados. Si se imita con entusiasmo a los héroes de Plutarco⁷ y sentimos repulsión a rastrear escépticamente los motivos de sus actos, el provecho que de ello se deriva no redundaría ciertamente en la verdad, sino en el bienestar de la sociedad humana: el error psicológico y en general la torpeza en este dominio ayudan a la humanidad a avanzar, mientras que el conocimiento de la verdad gana quizá más con la fuerza estimulante de una hipótesis como la que La Rochefoucauld ha antepuesto a la primera edición de sus *Sentences et maximes morales*: «Ce que le monde nomme vertu n'est d'ordinaire qu'un fantôme formé par nos passions, à qui on donne un nom honnête pour faire impunément ce que'on veut»⁸. La Rochefoucauld y esos otros maestros franceses de la exploración del alma (a los que recientemente se ha agregado también un alemán, el autor de las *Observaciones psicológicas*⁹) semejan tiradores de élite que una y otra vez dan en el blanco, pero en el blanco de la naturaleza humana. Su destreza es pasmosa, pero un espectador al que no guíe el espíritu de la cien-

⁶ *Ip* 23 [41]. Cf. 23 [47].

⁷ Plutarco de Queronea (ca. 46-ca. 127 d. C.): ensayista y biógrafo griego, cuyas *Vidas* contienen caracterizaciones de eminentes personajes griegos y romanos en las que se ejemplifica la virtud privada en las carreras de los grandes hombres.

⁸ «Lo que el mundo llama virtud no es de ordinario más que un fantasma formado por nuestras pasiones, al que se da un nombre honesto para hacer impunemente lo que se quiera.» (ed. cast. de la 5.ª edición francesa: *Máximas. Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad.: Carlos Pujol, Planeta 1984, n.º 1, pág. 5). *BN*.

⁸ 1875. El autor es Paul Rée (1845-1901), del círculo íntimo de Nietzsche. Sobre la lectura de esta obra, cf. la carta de Nietzsche a Rohde del 8 de diciembre de 1875.

⁹ *Psychologischen Beobachtungen* (1875). El autor es Paul Rée (1845-1901), del círculo íntimo de Nietzsche. Sobre la lectura de esta obra, cf. la carta de Nietzsche a Rohde del 8 de diciembre de 1875.

cia, sino la filantropía, acaba finalmente por execrar un arte que parece implantar en las almas humanas el sentido de la detracción y de la sospecha.

37¹⁰

Pese a todo. Sea de ello lo que sea en pro o en contra, en el estado actual de una determinada ciencia particular se ha hecho necesario el despertar de la observación moral, y no puede ahorrársele a la humanidad el cruel espectáculo de la mesa de disección psicológica y de sus escalpelos y pinzas. Pues aquí manda esa ciencia que pregunta por el origen y la historia de los llamados sentimientos morales y que según progresa debe plantear y resolver los complejos problemas sociológicos; la antigua filosofía desconocía por completo estos últimos y siempre eludió con pobres subterfugios la investigación del origen y la historia de los sentimientos morales. Con qué consecuencias puede verse ahora muy claramente tras haberse comprobado con numerosos ejemplos cómo los errores de los más grandes filósofos tienen habitualmente su punto de partida en una explicación falsa de determinados actos y sentimientos humanos, cómo, cimentada sobre un análisis erróneo, por ejemplo, de los llamados actos altruistas, se erige una ética falsa, y luego se recurre a su vez con gusto a la religión y a los disparates mitológicos, hasta que finalmente las sombras de estos lúgubres espíritus acaban por proyectarse también sobre la física y toda la concepción del mundo. Pero si es indiscutible que la superficialidad de la observación psicológica les ha tendido y sigue una y otra vez tendiéndoles al juicio y al razonamiento humanos los lazos más peligrosos, ahora es menester esa perseverancia en el trabajo que no se cansa de acumular piedra sobre piedra, piedrecita sobre piedrecita; es menester una comedida intrepidez para no avergonzarse de tan modesto trabajo y hacer frente a todo desdén hacia el mismo. Es cierto: innumerables observaciones sobre lo humano y demasiado humano han sido descubiertas y formuladas por vez primera en círculos de la sociedad que estaban habituados a sacrificar cualquier cosa de la índole que fuese, no al conocimiento científico, sino a una coquetería del ingenio; y el perfume de esa antigua patria de la sentencia moralista —un perfume muy seductor— ha impregnado todo el género, de modo que, por su culpa, el hombre científico deja ver cierta desconfianza hacia este género y su seriedad. Pero hasta de indicar las consecuencias; pues ahora comienza a mostrarse qué resultados de índole muy seria crecen en el suelo de la observación psicológica. Pero ¿cuál es la tesis principal a que llega uno de los pensadores más audaces y fríos, el autor del libro *Sobre el origen de los sentimientos morales*¹¹, gracias a sus penetrantes e incisivos análisis del obrar humano? «El hombre moral», dice, «no está más cerca de mundo inteligible (metafísico) que el hombre físico». Esta tesis, templada y afilada por los martillazos del conocimiento histórico, quizá pueda servir cualquier día, en un futuro, como el hacha que se aplique a la raíz de la «necesidad metafísica»¹² de los hombres, quién

¹⁰ Cf. 23 [195], 22 [107], 23 [41].

¹¹ El autor es de nuevo Paul Rée. *Der Ursprung der moralischen Empfindungen* (Chemnitz, 1877), su obra más notable y de cuya pág. VIII (BN) extrae Nietzsche su paráfrasis, fue escrita durante 1876-7 en la casa de Sorrento en que Nietzsche estaba al mismo tiempo escribiendo *Humano, demasiado humano*. Sobre Rée vid. también el prólogo a *La genealogía de la moral*, par. 4, (ed. cast.: trad. Andrés Sánchez Pascual, Alianza 1978³, pág. 21), y en *Ecce homo* el par. 6 del capítulo dedicado a *Humano, demasiado humano* (ed. cast.: idem, 1985⁹, pág. 85).

¹² Vid. parte I, nota 44.

sabría decir si *más* como bendición o como maldición del bienestar general, pero en cualquier caso como una tesis de las más graves consecuencias, fecunda y terrible al mismo tiempo, y que contempla el mundo con esa doble faz que presentan todos los grandes conocimientos¹³.

38¹⁴

Hasta qué punto útil. quede, así pues, por siempre en suspenso si la observación psicológica reporta a los hombres más provecho o desventaja; pero es un hecho que es necesaria, pues la ciencia no puede prescindir de ella. Pero la ciencia, lo mismo que la naturaleza, desconoce las referencias a fines últimos; sino que así como la segunda produce a veces cosas de la máxima conformidad a fin sin haberlas querido, así también la auténtica ciencia, *en cuanto la imitación de la naturaleza en conceptos*, a veces, más aún, con mucha frecuencia, favorecerá los intereses y el bienestar de los hombres y logrará lo conforme a fin, pero igualmente *sin haberlo querido*¹⁵. Pero quien bajo el soplo de una tal clase de consideración sienta demasiado frío en el corazón, quizá no sea más que tiene demasiado poco fuego en sí; no obstante, si mira en torno, percibirá enfermedades que requieren compresas de hielo, y hombres tan «amasados» con brasa y espíritu, que apenas en ninguna parte encuentran el aire lo bastante frío y cortante. Además, así como ciertos individuos y pueblos demasiado serios tienen necesidad de frivolidades, así como otros demasiado excitables y volubles han de vez en cuando menester para su salud pesadas cargas agobiadoras, nosotros, los hombres *de más espíritu* de una época que a ojos vista entra cada vez más en combustión, ¿no debiéramos recurrir a todos los medios de extinción y enfriamiento existentes para al menos conservar la solidez, candidez y mesura que aún tenemos, y así quizá servir algún día a esta época de espejo y recapacitación sobre sí misma?

39¹⁶

*La fábula de la libertad inteligible.*¹⁷ La historia de los sentimientos en virtud de los cuales hacemos a alguien responsable, la de los llamados sentimientos morales por tanto, recorre las siguientes fases principales. Primero se llama buenas o malas a acciones aisladas sin tomar para nada en cuenta sus motivos, sino únicamente por las consecuencias útiles o nocivas. Pero no tarda en olvidarse

¹³ Esta tesis] *Fp*: «Esta tesis, acerada y templada por el más vasto conocimiento histórico como sólo nuestro tiempo puede procurar sobre estos temas, esta tesis es el hacha aplicada a la raíz de la «necesidad metafísica». Lo que tras esta liquidación queda aún de la metafísica es una serie de problemas estrictamente científicos, con los que sin embargo nadie saciará ya necesidades anímicas.»

¹⁴ Cf. 23 [114].

¹⁵ Veamos el texto aquí tachado por Nietzsche en *Md*: «Ahora bien, si finalmente, tras estas observaciones preliminares sobre los derechos de la observación psicológica en general, queda una pregunta esencial a propósito precisamente de este libro, no soy yo quien pueda responderla. El autor tiene derecho al prefacio, pero el lector... al postfacio». Recuérdese que la primera intención de Nietzsche era hacer de los pars. 35-38 un prefacio. Cf. 23 [196].

¹⁶ *Fp*: 19 [36], 19 [39].

¹⁷ En la antigua Grecia, el mundo de las ideas —modelo del mundo sensible— era llamado el «mundo inteligible». La «libertad inteligible» es la forma pura de la libertad, la idea de libertad. Schopenhauer se adhiere al concepto de libertad inteligible defendido por Kant; vid. *El fundamento de la moralidad*, cap. 2, sec. 10, y *El mundo como voluntad y representación*, 1. 4, par. 55 (ed. cast.: trad. Eduardo Ovejero y Maury, Porrúa 1983, págs. 226-41).

el origen de esos calificativos y se imagina que la propiedad «bueno» o «malo» es inherente a los actos en sí, sin tener en cuenta sus consecuencias, con lo cual se comete el mismo error por el que el lenguaje califica a la piedra misma de dura, al árbol mismo de verde, tomando por tanto como causa lo que es efecto. Luego se transfiere el ser bueno o malo a los motivos y se consideran los actos en sí como moralmente ambivalentes. Yendo más lejos, el predicado de bueno o malo no se atribuye ya al motivo aislado, sino a todo el ser de un hombre, del cual brota el motivo como del suelo la planta. Se hace así sucesivamente al hombre responsable de sus efectos, luego de sus actos, luego de sus motivos y, por último, de su ser. Descúbrese entonces por último que este ser tampoco puede ser responsable, por ser una consecuencia entera y absolutamente necesaria, y derivar de elementos e influjos de cosas pasadas y presentes; por tanto, que al hombre no puede hacérsele responsable de nada, ni de su ser, ni de sus motivos, ni de sus actos, ni de sus efectos. Se llega con ello al reconocimiento de que la historia de los sentimientos morales es la historia de un error, del error de la responsabilidad, el cual estriba en el error de la libertad del albedrío. Schopenhauer en cambio razonó así: puesto que ciertos actos acarrear *desazón* («consciencia de culpa»), debe de haber una responsabilidad; pues no existiría *ninguna razón* para esta desazón si todos los actos del hombre no se produjesen más que necesariamente —como de hecho, y también según la opinión de este filósofo, se producen—, sino que el hombre mismo accediese a todo su *ser* con la misma necesidad, lo cual niega Schopenhauer. A partir del hecho de esa desazón, cree Schopenhauer poder demostrar una libertad que el hombre debe de haber tenido de algún modo, ciertamente no con respecto a las acciones, pero sí con respecto al ser: libertad por tanto de *ser* así o de otra manera, pero no de *obrar* así o de otra manera. En su opinión del *esse*,¹⁸ de la esfera de la libertad y la responsabilidad, se sigue el *operari*,¹⁹ la esfera de la causalidad, la necesidad y la irresponsabilidad estrictas. Aparentemente, esa desazón se refiere ciertamente al *operari* —en tal medida, es errónea—, pero en verdad al *esse*, que es el acto de un libre albedrío, la causa fundamental de la existencia de un individuo; el hombre deviene lo que él *quiera* devenir, su voluntad es anterior a su existencia. Se trata aquí del sofisma de que del hecho de la desazón se infiere la justificación, la *admisibilidad* racional de esta desazón, y en base a este sofisma llega Schopenhauer a su fantástica consecuencia de la llamada libertad inteligible. Pero la desazón que sigue al acto no tiene en absoluto por qué ser racional, más aún, ciertamente no lo es, pues estriba en el erróneo supuesto de que el acto *no* habría debido producirse necesariamente. Por tanto, porque el hombre se tiene por libre, pero no porque sea libre, siente arrepentimiento y remordimiento de conciencia. Además, esta desazón es algo de lo que uno puede deshabituarse; en muchos hombres no se da en absoluto en relación con acciones respecto a las cuales otros muchos hombres la sienten. Es cosa muy variable, ligada a la evolución de las costumbres y de la cultura, y que quizá sólo se da en un período relativamente breve de la historia universal. Nadie es responsable de sus actos ni de su ser; juzgar es tanto como ser injusto. La tesis es tan clara como la luz del sol y, sin embargo, aquí todo el mundo prefiere volver a la sombra y la falsedad, por temor a las consecuencias²⁰.

¹⁸ «Ser».

¹⁹ «Actuar, conducta, comportamiento».

²⁰ En *Cl* venía a continuación el fragmento 20 [2].

40

El superanimal. La bestia en nosotros quiere que se le mienta; la moral es la mentira necesaria para que no nos destruya. Sin los errores implícitos en las hipótesis de la moral, el hombre seguiría siendo un animal. Pero así se ha tomado por algo superior e impuesto leyes más estrictas. Por eso aborrece los estadios más próximos a la animalidad: por ahí ha de explicarse el menosprecio del esclavo como un no-hombre, como una cosa.

41

*El carácter inmutable.*²¹ Que el carácter sea inmutable no es verdad en sentido estricto; esta bienquista tesis tan sólo significa más bien que durante la breve duración de la vida de un hombre los motivos intervinientes no pueden habitualmente incidir con la suficiente profundidad para destruir los rasgos grabados a lo largo de muchos milenios. Pero si se imaginara a un hombre de ochenta mil años, tendría un carácter absolutamente variable, de modo que poco a poco una multitud de individuos diferentes se desarrollaría a partir de él. La brevedad de la vida humana induce a muchas afirmaciones erróneas sobre las propiedades del hombre.

42

El orden de los bienes y la moral. La en un tiempo aceptada jerarquía de los bienes según un egoísmo inferior, superior o supremo quiera lo uno o lo otro, decide ahora sobre el ser-moral o ser-inmoral. Preferir un fin inferior (por ejemplo, el goce sensual) a uno estimado superior (por ejemplo, la salud), pasa por inmoral, lo mismo que preferir la vida regalada a la libertad. Pero la jerarquía de los bienes no es en todo tiempo estable e igual; si alguien prefiere la venganza a la justicia, es moral según el criterio de una cultura pasada, inmoral según el de la actual. «Inmoral» significa por tanto que uno no siente, o todavía no lo bastante intensamente, los motivos superiores, más sutiles, más espirituales, que ha aportado la respectiva nueva cultura; designa a alguien atrasado, pero siempre según una diferencia de grado. La jerarquía de los bienes misma no se rige y modifica según puntos de vista morales; sino que, una vez establecida, se decide si una acción es moral o inmoral.

43

Los hombres crueles en cuanto atrasados. A los hombres que ahora son crueles debemos considerarlos como fases residuales de *culturas pasadas*: la montaña de la humanidad pone aquí al descubierto las formaciones más profundas que de otro modo permanecen ocultas. Son hombres atrasados, cuyo cerebro, debido a todos

²¹ La opinión de la inalterabilidad del carácter fue insistentemente sostenida por Schopenhauer en su *Ensayo sobre la libertad de la voluntad*, cap. 3.

los posibles azares en el curso de la herencia, no se ha desarrollado tan delicada y multilateralmente. Nos muestran lo que todos *fui*mos, y nos espantan; pero ellos mismos son tan poco responsables como un trozo de granito de ser granito. En nuestro cerebro deben de hallarse también estrías y circunvoluciones correspondientes a esa actitud, tal como en la forma de ciertos órganos humanos parecen hallarse *vestigios* de estados pisciformes.²² Pero estas estrías y circunvoluciones no son ya el lecho por el que ahora discurre el río de nuestro sentimiento.²³

44

Gratitud y venganza. La razón de que el poderoso sea agradecido es la siguiente. Su bienhechor, con su beneficio ha, por así decir, violado la esfera del poderoso y se ha introducido en ella; ahora, como revancha, él viola a su vez la esfera del bienhechor mediante el acto de agradecimiento. Es una forma suavizada de venganza. Sin el desquite del agradecimiento el poderoso se habría mostrado impotente y en el futuro pasaría por tal. Por eso toda sociedad de buenos, es decir, originariamente de poderosos, sitúa la gratitud entre los primeros deberes. Swift²⁴ aventuró la tesis de que el agradecimiento de los hombres es proporcional a su cultivo de la venganza.

45

Doble prehistoria del bien y del mal. El concepto de bueno y malo tiene una doble prehistoria, a saber: *primero* en el alma de los linajes y castas dominantes. A quien tiene el poder de pagar con la misma moneda, el bien con el bien, el mal con el mal, y ejerce efectivamente esa revancha, a quien es por tanto agradecido y vengativo, se le llama bueno; quien es impotente y no puede pagar con la misma moneda, pasa por malvado. En cuanto bueno se pertenece a los «buenos», a una comunidad que tiene un sentimiento común, porque todos los individuos están ligados entre sí por el sentido de la revancha. En cuanto malvado se pertenece a los «malvados», a una multitud de personas sometidas, impotentes, que no tienen un sentimiento común. Los buenos son una casta, los malvados una masa semejante al polvo. Bueno y malvado equivalen durante un tiempo a noble y villano, amo y esclavo. No se considera en cambio al enemigo como malo: puede pagar con la misma moneda. En Homero, el troyano y el griego son ambos buenos. Pasa por malvado, no el que nos inflige un daño, sino el que es despreciable. En la comunidad de los buenos el bien se hereda; es imposible que un malvado brote de tan buen suelo. A pesar de ello, si uno de los buenos hace algo indigno de los buenos, se recurre a subterfugios; se le echa, por ejemplo, la culpa a un dios, diciendo que ha castigado al bueno con

²² Cf. la obra de los biólogos Karl Ernst von Baer (1792-1876) y Ernst Haeckel (1834-1919).

²³ Pero estas estrías] En *Cl* este aforismo terminaba de otro modo: «Pero estos órganos se han desarrollado ulteriormente y ligado a otros que alimentan constantemente emociones contrarias a la crueldad.»

²⁴ En realidad, la observación es debida a Pope (cf. *Das Swift-Büchlein*, Berlín 1847, pág. 17, BN). Jonathan Swift (1667-1745): novelista, libelista y poeta irlandés en lengua inglesa, conocido sobre todo por *Los viajes de Gulliver* y cuyo estilo irónico anuncia la actitud trágica de Nietzsche. Alexander Pope (1688-1744): poeta y ensayista inglés.

la ceguera y la ofuscación. Luego en el alma de los oprimidos, de los impotentes. Aquí cualquier hombre *distinto* pasa por hostil, despiadado, explotador, cruel, astuto, sea noble o plebeyo; malo es la palabra característica del hombre, más aún, de todo ser viviente que se presupone, de un dios por ejemplo; humano, divino equivalen a diabólico, malo. Los signos de bondad, caridad, compasión, son angustiosamente acogidos como perfidia, preludio de un desenlace terrible, aturdimiento y engaño, en una palabra, como maldad refinada. Dada tal actitud del individuo, apenas es posible el nacimiento de una comunidad, a lo sumo de la forma más rudimentaria de la misma; de modo que, donde quiera que prevalezca esta concepción de bueno y malo, está cercana la ruina de los individuos, sus linajes y razas. Nuestra eticidad actual ha brotado en el terreno de los linajes y castas *dominantes*.²⁵

46

*La compasión, más fuerte que el sufrimiento.*²⁶ Hay casos en los que la compasión es más fuerte que el sufrimiento propiamente dicho. Sentimos, por ejemplo, más pesar cuando un amigo nuestro se hace culpable de alguna ignominia que cuando la cometemos nosotros mismos. Es decir, en primer lugar, nosotros creemos en la pureza de su carácter más que él; luego, sin duda precisamente debido a esta creencia, el amor que le profesamos es más fuerte que el amor que él se profesa a sí mismo. Aunque en realidad su egoísmo padece más que nuestro egoísmo en cuanto que tiene que soportar más intensamente las penosas consecuencias de su delito, a nuestra parte altruista —esta fórmula no ha de entenderse nunca estrictamente, sino sólo como una forma de hablar— su culpa le afecta sin embargo más intensamente que a su parte altruista²⁷.

47

Hipocondría. Hay hombres que por simpatía y preocupación por otra persona se vuelven hipocondríacos; la clase de compasión que entonces nace no es nada más que una enfermedad. Hay así también una hipocondría cristiana, que ataca a esas personas solitarias, religiosamente agitadas, que tienen continuamente en mente la pasión y muerte de Cristo.

48

Economía de la bondad. La bondad y el amor, en cuanto las hierbas y fuerzas más saludables en el trato de los hombres, son hallazgos tan preciosos que sería

²⁵ Vid. *La genealogía de la moral* (1887), Tratado primero: "Bueno y malvado", "bueno y malo" (ed. cast., cit., págs. 27-62).

²⁶ *Mitleiden stärker als Leiden.*

²⁷ que el amor] En unas anotaciones manuscritas de septiembre de 1876, este aforismo terminaba como sigue: "... que el amor que él se profesa a sí mismo (es decir, su amor impersonal, altruista). Es muy posible que entonces su egoísmo padezca más que nuestro egoísmo, pues ha de sufrir más que nosotros el perjuicio de su error: el discípulo de un mártir sufre quizá más que el mártir mismo." Cf. HDH 582.

sin duda deseable que en la aplicación de estos medios balsámicos se procediera tan económicamente como fuese posible; pero esto es imposible. La economía de la bondad es el sueño de los más audaces utopistas.

49

Benevolencia. Entre las pequeñeces, sin embargo infinitamente frecuentes y por ello de mucho efecto, a las que la ciencia tiene que prestar más atención que a las grandes rarezas, ha también de contarse la benevolencia; me refiero a esas manifestaciones de actitud amistosa en el trato, esa mirada sonriente, esos apretones de manos, ese contento del que habitualmente están revestidos casi todos los actos humanos. Cualquier profesor, cualquier funcionario añade esto a lo que es su deber; es la ocupación constante de la humanidad, por así decir las olas de su luz en las que todo prospera; particularmente en el círculo más íntimo, en el seno de la familia, la vida no verdea y florece más que por esa benevolencia. La bonhomía, la afabilidad, la cordialidad son desagües siempre manantes del impulso altruista y han prestado una contribución mucho más poderosa a la edificación de la cultura que esas manifestaciones mucho más famosas del mismo que se llaman compasión, misericordia y abnegación. Pero se las suele despreciar, y, en efecto, no hay en ellas mucho de altruista que digamos. La *suma* de estas exiguas dosis es pese a todo enorme, su fuerza global figura entre las fuerzas más poderosas. Igualmente hállase en el mundo mucha más felicidad de la que ven ojos sombríos, a saber: si se cuenta correctamente y no se olvidan todos esos momentos de contento en que es rico cada día en toda vida humana, incluso la más atribulada.

50

*Querer inspirar compasión*²⁸. La Rochefoucauld²⁹ pone ciertamente el dedo en la llaga en el pasaje más notable de su autorretrato (impreso por vez primera en 1658) cuando previene contra la compasión a todos los dotados de razón, cuando aconseja dejársela a las personas del pueblo³⁰, que precisan de las

²⁸ Aforismo sin duda dirigido contra la exaltación schopenhaueriana de la compasión como el sentimiento moral más elevado (cf. *El mundo como voluntad y representación*, I, 4, par. 67 (ed. cast., cit., págs. 289 ss.).

²⁹ El pasaje de La Rochefoucauld a que va a referirse Nietzsche se hallaba en la página 4 de la edición de las *Máximas* que él poseía, BN: «Je suis peu sensible à la pitié et voudrais ne l'y être point du tout... Cependant, il n'est rien que je ne fisse pour le soulagement d'une personne affligée... Mais je tiens aussi qu'il faut se contenter d'en témoigner et se garder soigneusement d'en avoir. C'est une passion qui n'est bonne à rien au dedans d'une âme bien faite, qui ne sert qu'à affaiblir le cœur, et qu'on doit laisser au peuple, qui, n'exécutant jamais rien par raison, a besoin des passions pour le porter à faire les choses.» [Soy poco sensible a la compasión y quisiera no serlo en absoluto... Sin embargo, nada hay que yo no hiciera para aliviar a una persona afligida... Pero también sostengo que hay que contentarse con testimoniarla y guardarse escrupulosamente de tenerla. Se trata de una pasión que en nada beneficia a un alma como es debido, que no sirve sino para debilitar el corazón y que debe dejarse para el pueblo, el cual, como nunca hace nada racionalmente, ha menester pasiones por las que hacer las cosas.]

³⁰ a las personas] *Mt.*: «à la plebe».

pasiones (porque no las determina la razón) para ser llevadas al punto de ayudar a los que sufren e intervenir enérgicamente ante una desgracia; mientras que a su juicio (y al de Platón³¹) la compasión enerva el alma. Por supuesto, uno debe *testimoniar* compasión, pero guardarse de *tenerla*; pues los desdichados son, dicho de una vez, tan *estúpidos*, que para ellos testimoniar compasión constituye el máximo bien del mundo. Quizá pueda prevenirse todavía más categóricamente contra esta muestra de compasión si esa necesidad de los desdichados no se concibe precisamente como estupidez y deficiencia intelectual, como una especie de perturbación espiritual que la desgracia conlleva (y así parece concebirla La Rochefoucauld), sino que se la entiende como algo enteramente distinto y que da más que pensar. Obsérvese más bien a los niños que lloran y gritan *para que* se les compadezca y que por eso esperan el momento más propicio; vívase en trato con enfermos y espiritualmente deprimidos, y pregúntese si su elocuente lamentación y gimoteo, la exhibición de la desgracia, no persiguen en el fondo la meta de *causar dolor* a los presentes; la compasión que éstos entonces manifiestan es un consuelo para los débiles y sufrientes en la medida en que con ello reconocen *tener* todavía, sin embargo, pese a toda su debilidad, al menos un *poder*: el *poder de causar dolor*. Extrae el desdichado una especie de placer de este sentimiento de superioridad de que le hace consciente el testimonio de la compasión; su vanidad se exalta: todavía sigue siendo lo suficientemente importante para infligirle dolor al mundo. Es por tanto la sed de compasión una sed de goce de sí mismo, y ciertamente a costa del prójimo; muestra al hombre en toda la brutalidad de su querido yo más propio, pero no precisamente en su «estupidez», como opina La Rochefoucauld. En los coloquios de sociedad tres de cada cuatro preguntas se formulan y tres de cada cuatro respuestas se dan para causarle un pequeño dolor al interlocutor; por eso están muchas personas tan ávidas de compañía: les procura el sentimiento de su fuerza. En tales incontables pero diminutas dosis en que se hace valer, es la malicia un poderoso estimulante de la vida; así como la benevolencia, difundida de la misma forma en el mundo humano, es el remedio siempre dispuesto. Pero ¿habrá muchas personas sinceras que admitan que produce placer causar dolor, que no es raro divertirse —y divertirse mucho— agraviando, al menos de pensamiento, a los demás hombres y disparándoles la metralla de la malicia menuda? La mayoría son demasiado insinceros y algunos son demasiado buenos como para saber algo de este *prudendum*³²; siempre negarán por tanto éstos que Próspero Merimée tenga razón cuando dice: «Sachez aussi qu'il n'y a rien de plus commun que de faire le mal pour le plaisir de le faire»³³.

³¹ Cf. *La república*, III, 387-88 (ed. cast.: *Obras completas*, trad. José Antonio Míguez, Aguilar 19742, pág. 702). Platón (428-348 a.C.): filósofo griego.

³² «Motivo de vergüenza».

³³ «Sabed también que no hay nada más común que hacer el mal por el placer de hacerlo.» *Lettres à une inconnue... précédées d'une étude sur Merimée par H. Taine*, París 1874, I, 8. Prosper Merimée (1803-70): escritor francés, autor de *Carmen*. Cf. *La genealogía de la moral*, II, 5 (ed. cast., cit., pág. 74).

51

*Cómo la apariencia se convierte en ser*³⁴. El actor no puede en definitiva, ni siquiera en el más profundo dolor, por ejemplo en el entierro de su hijo, dejar de pensar en la impresión de su persona y en el efecto escénico del conjunto³⁵; llorará por su propio dolor y por las exteriorizaciones del mismo, como su propio espectador. El hipócrita que siempre desempeña uno y el mismo papel acaba por dejar de ser hipócrita; por ejemplo, los sacerdotes, que en su juventud son por lo común, consciente o inconscientemente, hipócritas, acaban por adquirir naturalidad y es precisamente entonces cuando son efectivamente, sin la menor afectación, sacerdotes; o bien, si el padre no llega a tanto, quizá el hijo, que se aprovecha de la ventaja del padre, hereda su habituación. Cuando alguien quiere durante mucho tiempo y tenazmente *aparentar* algo, acaba por serle difícil *ser* otra cosa. La vocación de casi todos los hombres, incluido el artista, comienza por una hipocresía, por un remedo de lo exterior, por una copia de lo efectista. El que lleva siempre la máscara de los semblantes afables, acaba inevitablemente por adquirir un dominio sobre los humores benévolos, sin el cual no puede forzarse la expresión de la afabilidad, y al final éstos adquieren dominio sobre él: *es* benévolo.

52

El punto de sinceridad en el embuste. En todos los grandes embusteros merece destacarse un fenómeno al que deben su poder. En el acto propiamente dicho del embuste, entre todos los preparativos, lo aterrador de voz, expresión, gestos, en medio de la efectista puesta en escena, les sobreviene la *fe en sí mismos*: ésta es la que luego les habla tan portentosa y persuasivamente a los circunstantes. Los fundadores de religiones se diferencian de esos grandes embusteros en que no salen de este estado de autoengaño; o bien muy raramente tienen esos momentos de lucidez en que les asalta la duda; pero habitualmente se consuelan atribuyendo estos momentos de lucidez al maligno Antagonista. El autoengaño es necesario para que unos y otros obtengan grandiosos *efectos*. Pues los hombres creen en la verdad de lo a todas luces intensamente creído.

53

Pretendidas fases de la verdad. Uno de los habituales sofismas es éste: puesto que Fulano es sincero y franco con nosotros, dice la verdad. Así es como cree el niño en los juicios de los padres, el cristiano en las afirmaciones del fundador de la Iglesia. Asimismo, no se quiere conceder que todo aquello que los hombres han defendido en siglos pasados con sacrificio de felicidad y vida no eran

³⁴ *Wie der Schein zum Sein wird.*

³⁵ Cf. Diderot, *Paradoja del comediante* (1769) (ed. cast. en *Escritos Filosóficos*, trad. Fernando Savater, Editora Nacional 1975, págs. 139-216). Denis Diderot (1713-1784): escritor y filósofo ilustrado francés, director de la *Enciclopedia* entre 1747 y 1766.

más que errores: quizá se diga que han sido fases de la verdad. Pero en el fondo se piensa que si alguien ha creído sinceramente en algo y luchado y muerto por su fe, sería demasiado *inícuo* que propiamente hablando no le hubiese animado más que un error. Tal fenómeno parece contradecir la justicia eterna; por eso el corazón de los hombres sensibles decreta una y otra vez, contra lo que les dice su cabeza, la tesis de que entre los actos morales y las percepciones intelectuales es de todo punto preciso un vínculo necesario. Desgraciadamente, no es así; pues no hay justicia eterna.

54

La mentira ¿Por qué en la vida cotidiana los hombres dicen la verdad la mayoría de las veces? No por cierto porque un dios haya prohibido la mentira. Sino, en primer lugar, porque es más cómodo; pues la mentira requiere invención, disimulo y memoria. (Por eso dice Swift ³⁶: quien cuenta una mentira rara vez se da cuenta de la pesada carga que se impone; en efecto, para sostener una mentira le hace falta inventar otras veinte.) Luego, porque en circunstancias simples es ventajoso decir directamente: quiero tal, he hecho cual, etcétera; por consiguiente, porque el camino de la coerción y la autoridad es más seguro que el de la astucia. Pero si el niño se ha criado en circunstancias domésticas complicadas, maneja la mentira con la misma naturalidad e involuntariamente dice siempre lo que le conviene; un sentido de la verdad, una repugnancia por la mentira en sí le son enteramente extraños e inaccesibles, y miente por tanto con toda inocencia.

55

Sospechar de la moral por causa de la fe. Ningún poder puede sostenerse si no lo representan más que hipócritas; por más elementos «mundanos» que todavía posea la Iglesia católica, su fuerza estriba en esas naturalezas sacerdotales aún hoy numerosas que hacen de la vida algo gravoso y de profundo significado, y cuya mirada y consumido cuerpo hablan de vigiliias, ayunos, ardientes plegarias, quizá incluso de flagelaciones; éstos son los que estremecen y angustian a los hombres: ¿cómo? ¿sería necesario vivir así?, esta es la espantosa pregunta que al verlos se le viene a uno a la boca. Al difundir esta duda van cimentando cada vez los puntales de su poder; ni siquiera los pensadores liberales osan oponerse con acusado sentido de la verdad al asceta de esta índole y decir: «¡Engañado, no engañes!». No les separa de él más que la diferencia de puntos de vista, en absoluto una diferencia de bondad o maldad; pero de ordinario lo que no gusta suele tratarse también injustamente. Se habla así de la listeza y del execrable arte de los jesuitas, pero se pasa por alto a qué autodisciplina se somete cada uno de los jesuitas y cómo la desahogada praxis de vida que predicán los manuales jesuíticos no debe en absoluto beneficiarles a ellos, sino al estamento laico. Cabe incluso preguntar si nosotros los ilustrados, con táctica y organización muy

³⁶ *Humoristische Werke*, II, 188, Stuttgart 1844, BN.

semejantes, seríamos tan buenos instrumentos como dignos de admiración por autodisciplina, resistencia a la fatiga y abnegación.

56

Victoria del conocimiento sobre el mal radical. A quien quiera ser sabio le es muy conveniente haber albergado durante mucho tiempo la idea del hombre fundamentalmente malo y corrupto: es tan falsa como la opuesta; pero ejerció la hegemonía durante épocas enteras y sus raíces han brotado hasta dentro de nosotros y nuestro mundo. Para comprendernos, debemos comprenderla; pero para ascender luego más alto, debemos elevarnos por encima de ella. Reconocemos entonces que no hay pecados en sentido metafísico; pero, en el mismo sentido, tampoco virtudes; que todo este ámbito de las ideas éticas está en constante fluctuación, que hay conceptos más elevados y más hondos de bueno y malo, ético y no ético. Quien de las cosas no apetece mucho más que conocimiento de las mismas, fácilmente alcanza la paz con su alma, y a lo sumo por ignorancia, pero difícilmente por apetencia, errará (o pecará, como dice la gente). Ya no querrá estigmatizar y extirpar los apetitos; pero su única meta, que le domina completamente, *conocer* siempre tan bien como sea posible, lo volverá frío y amansará toda la fiera de su disposición. Además, se ha deshecho de una multitud de ideas atormentadoras; nada siente ya ante palabras como penas del infierno, pecaminosidad, incapacidad para el bien: en ellas no reconoce más que las sombras evanescentes de falsas concepciones del mundo y de la vida.

57

La moral como autodivisión del hombre. Un buen autor, que ponga efectivamente el corazón en su asunto, desea que venga alguien y le anonade mediante una exposición más clara del mismo asunto y la respuesta definitiva a todas las preguntas contenidas en él. La joven enamorada desea poder comprobar con la infidelidad del amado la abnegada fidelidad de su amor. El soldado desea caer en el campo de batalla por su patria victoriosa: pues con la victoria de su patria triunfa su deseo supremo. La madre le da al hijo aquello de que ella misma se priva: sueño, la mejor comida, en ciertas circunstancias su salud y sus bienes. ¿Son todas éstas situaciones altruistas? ¿Son estos actos de moralidad *milagros*, puesto que, según la expresión de Schopenhauer, son «imposibles y, sin embargo, reales»? ¿No está claro que en todos estos casos el hombre antepone *algo de sí*, un pensamiento, un anhelo, un producto, a *algo distinto de sí*, que por consiguiente *divide* su ser y sacrifica una parte a las demás? ¿Es algo *sencillamente* diferente cuando un testarudo dice: «prefiero caer a cederle a este hombre el paso»? En todos los casos mencionados se da la *inclinación hacia algo* (deseo, impulso, anhelo); ceder a ella, con todas sus consecuencias, no es en cualquier caso «altruista». En la moral el hombre no se trata como *individuum*, sino como *dividuum*³⁷.

³⁷ Términos de la filosofía escolástica: *Individuum*, lo que no puede dividirse sin destruir su esencia; *dividuum*, lo compuesto y por tanto carente de esencia individual.

58

Lo que se puede prometer. Se pueden prometer acciones, pero no sentimientos, pues éstos son involuntarios³⁸. Quien promete a alguien amarle siempre u odiarlo siempre o serle siempre fiel, promete algo que no está en su poder; en cambio, puede sin duda prometer acciones, las cuales son por cierto habitualmente las consecuencias del amor, del odio, de la fidelidad, pero pueden también derivar de otros motivos. Por consiguiente, prometer a alguien amarle siempre significa: mientras te ame, te dispensaré las acciones del amor; si dejo de amarte, seguirás recibiendo de mí, aunque por otros motivos, las mismas acciones, de modo que en la mente de los demás persista la apariencia de que el amor es inmutable y siempre el mismo. Por tanto, cuando sin autoofuscación se le promete a alguien amor perpetuo, se promete la perduración de la apariencia del amor.

59

Intelecto y moral. Hay que tener una buena memoria para poder cumplir promesas dadas. Hay que tener una gran fuerza de imaginación para poder comprenderse. Tan estrechamente ligada está la moral a la bondad del intelecto.

60

Quererse vengar y vengarse. Tener un pensamiento de venganza y llevarlo a cabo significa sufrir un acceso de fiebre violento, pero pasajero; en cambio, tener un pensamiento de venganza sin fuerza ni coraje para llevarlo a cabo significa soportar una dolencia crónica, un envenenamiento del cuerpo y del alma. La moral, que sólo contempla las intenciones, evalúa por igual ambos casos; habitualmente se evalúa el primer caso como el peor (por las malas consecuencias que quizá acarree el hecho de vengarse). Ambas apreciaciones son miopes.

61

Saber esperar. Saber esperar es tan difícil que los más grandes poetas no han desdenado hacer del no saber esperar el motivo de sus poemas. Así Shakespeare en *Otelo*, Sófocles en *Ajax*³⁹: el suicidio de éste ya no le habría parecido necesario sólo con que hubiese dejado que su sentimiento se enfriase un día más, como sugiere el oráculo; probablemente se habría burlado de las terribles insinuaciones de la vanidad herida y se habría dicho: ¿quién en mi caso no ha tomado una

³⁸ Como preparación para una nueva *Consideración intempestiva*, Nietzsche había escrito: «Se puede prometer una acción, pero no sentimientos. Pues a cada acción conducen diferentes motivos.»

³⁹ En *Otelo*, del poeta dramático inglés William Shakespeare (1564-1616), el protagonista, vencido por el malvado Yago de la infidelidad de su virtuosa esposa Desdémona, estrangula a ésta y luego, al comprender la verdad, se suicida. También Ajax, en la obra epónima del poeta trágico griego Sófocles (496-406 a. C.), acabará arrojándose sobre su espada al darse cuenta de que ha atacado a un rebaño de ovejas, a las que tomaba por un ejército de soldados, despedido porque Agamenón ha recompensado a Ulises y no a él con la armadura de Aquiles.

oveja por un héroe? ¿Es, pues, algo tan monstruoso? Por el contrario, no es más que algo universalmente humano: Ayax podría haberse consolado así. La pasión no quiere esperar; con frecuencia, en la vida de los grandes hombres lo trágico no reside en su conflicto con la época y la bajeza de sus contemporáneos, sino en su incapacidad para aplazar su obra uno o dos años: no saben esperar. En todos los duelos, de lo único que los amigos que prestan su consejo tienen que asegurarse es de si las personas participantes pueden todavía esperar: si no es este el caso, entonces un duelo es razonable en la medida en que ambos se digan a sí mismos: «o sigo con vida, y entonces ése debe morir al punto, o a la inversa». En tal caso esperar significaría seguir sufriendo ese terrible martirio del honor ofendido a la vista de su ofensor; y esto puede ser un sufrimiento mayor de lo que en definitiva vale la vida.

62

Embriaguez de venganza. Los hombres groseros que se sienten agraviados suelen elevar tanto como es posible el grado de agravio y relatan la causa en términos muy exagerados, nada más que para poder embriagarse con el sentimiento de odio y venganza una vez suscitado.

63⁴⁰

Valor de la detracción. No pocas personas, quizá la mayoría, para mantener en pie en ellas su autoestima y una cierta virtualidad al obrar, tienen absoluta necesidad de rebajar y detraer en su representación a todas las personas que conocen. Pero como las naturalezas mezquinas están en mayoría e importa mucho si tienen o pierden esa virtualidad, resulta que...

64

El arrebatado. Ante alguien que se arrebatara contra nosotros debe uno ponerse en guardia como ante alguien que en una ocasión haya atentado contra nuestra vida; pues *que* todavía vivamos se debe a la falta de poder para matar; si bastaran miradas, ha mucho que ya no viviríamos. Es parte de una cultura tosca reducir a alguien al silencio dando muestras de ferocidad física, infundiendo miedo. Asimismo, esa fría mirada que los aristócratas tienen para sus sirvientes es un resto de aquellos deslindes entre los hombres según las castas, una muestra de tosca antigüedad; las mujeres, las conservadoras de lo antiguo, han conservado también más fielmente este vestigio⁴¹.

⁴⁰ Cf. 26 [1].

⁴¹ *Cf* concluía con este pasaje: «Contra tales personas retrógradas cabe la defensa propia, es decir, un modo de defenderse que no se ha desarrollado más que en las culturas primitivas; pero nos vemos llevados a ella cuando alguien es demasiado grosero y retrógrado para comprender el espíritu refinado. La mejor forma de defensa propia es el desprecio claramente expresado: una fría palabra desdeñosa contra el arrebatado, una sonrisa y un gesto con la mano frente a la mirada fría y perversa».

65

*Adónde puede conducir la sinceridad*⁴². Alguien tenía la mala costumbre de a veces expresarse con entera sinceridad sobre los motivos por los cuales actuaba y que eran tan buenos o tan malos como los motivos de todas las personas. Primero suscitó escándalo, luego recelo, poco a poco fue proscrito y desterrado de la sociedad, hasta que finalmente la justicia se acordó de un ser tan depravado en una ocasión en que de ordinario no solía tener ojos o bien los cerraba. La falta de discreción sobre el secreto general y la propensión irresponsable a ver lo que nadie quiere ver —a sí mismo— le llevaron a prisión y a una muerte prematura.

66⁴³

Punible, nunca castigado. Nuestro crimen contra los criminales consiste en que los tratamos como canallas.

67

*Sancta simplicitas*⁴⁴ de la virtud. Toda virtud tiene privilegios; por ejemplo, el de contribuir con su propio pequeño haz de leña a la hoguera de un condenado.

68

Moralidad y éxito. Con frecuencia no sólo los espectadores de un acto miden lo moral o inmoral del mismo por el éxito: no, el autor mismo hace esto. Pues los motivos e intenciones rara vez son suficientemente claros y simples, y a veces incluso la memoria aparece perturbada por el éxito del acto, de modo que uno adscribe motivos falsos a su propio acto o trata como esenciales los motivos inesenciales. El éxito le da a menudo a un acto el brillo pleno y sincero de la buena conciencia; un fracaso proyecta la sombra del remordimiento de conciencia sobre la acción más respetable. De ahí resulta la conocida práctica del político, que piensa: «no me deis más que el éxito: con él tendré a mi lado a todas las almas honradas, y yo mismo me convertiré en honrado ante mí mismo». De modo análogo debe el éxito reemplazar a la mejor motivación. Muchas personas cultas creen aún ahora que la victoria del cristianismo sobre la filosofía griega es una prueba de la mayor verdad del primero, aunque en este caso no haya vencido sino lo más grosero y violento sobre lo más espiritual y lo delicado. Lo que hay de mayor verdad ha de deducirse del hecho de que las ciencias que van despertando han incorporado punto por punto la filosofía de Epicuro y refutado punto por punto el cristianismo⁴⁵.

⁴² En *Md* este título era: «La sinceridad conduce a la horca.»

⁴³ Cf. 17 [101], 18 [51].

⁴⁴ «Santa simplicidad».

⁴⁵ Epicuro (241-270 a. C.): filósofo griego, fundador de la filosofía a que presta su nombre y que junto con el estoicismo mantuvo vivo el espíritu del mundo grecorromano hasta la implantación del cristianismo.

69⁴⁶

Amor y justicia. ¿Por qué se sobreestima el amor en detrimento de la justicia y se dicen de él las cosas más bellas, como si fuese una esencia muy superior a esa otra? ¿No es, pues, a todas luces más estúpido que ella? Sin duda, pero precisamente por esto tanto *más agradable* para todos. Es estúpido y parece una rica cornucopia de dones que reparte entre todos, incluidos quienes no los merecen y ni siquiera los agradecen. Es imparcial como la lluvia, que, según la Biblia⁴⁷ y la experiencia, cala hasta los huesos, no sólo al injusto, sino a veces también al justo.

70

Ajusticiamiento. ¿Cómo es que todo ajusticiamiento agravia más que un asesinato? Se debe a la frialdad del juez, los penosos preparativos, la percepción de que aquí se está utilizando a un hombre como medio para intimidar a otros. Pues la culpa no se castiga, aunque la hubiera: ésta la tienen los educadores, los padres, el ambiente, nosotros, no el asesino; me refiero a las circunstancias determinantes.

71

La esperanza. Pandora trajo el tonel de los males y lo abrió⁴⁸. Era el regalo de los dioses a los hombres, por fuera un bello y seductor regalo, etiquetado como «tonel de la dicha». De allí salieron volando todos los males, seres vivientes alados: desde entonces andan vagando y causando daño a los hombres día y noche. Cuando Pandora cerró la tapa por voluntad de Zeus, un único mal no había aún escapado y quedó dentro del tonel. Tiene ahora el hombre para siempre el tonel de la dicha en casa y piensa maravillas del tesoro que en él tiene; está a su disposición y se sirve de él cuando le place; pues no sabe que ese tonel que Pandora trajo era el de los males, y considera el mal que quedó dentro como el bien supremo: es la esperanza. En efecto, Zeus quería que el hombre, por atormentado que estuviese por los otros males, no se quitase la vida, sino que continuara dejándose atormentar siempre de nuevo. Para ello le da al hombre la esperanza: ésta es en verdad el peor de los males, pues prolonga el tormento de los hombres⁴⁹.

⁴⁶ Cf. 22 [43].

⁴⁷ Cf. *Mateo*, 5:45: «... para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos.»

⁴⁸ Según Hesíodo, Pandora aporta como dote a su matrimonio con Epimeteo un *πίθος* (*dolium* en latín), una gran tinaja de barro (no una caja). Nietzsche emplea la palabra *Fass*, más próxima a barril, cuba, barrica. Cf. Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 90 ss. (ed. cast., *La Grecia clásica*, trad. Juan B. Bergua, Ediciones Ibéricas 1969, pág. 103). Hesíodo (s. VIII a. C.): poeta épico, moralista y didáctico griego, autor conocido, además de por *Los trabajos y los días*, por la *Teogonía* y *El escudo de Hércules* (dudoso).

⁴⁹ *Fp* añade: «Así entendía Hesíodo la esperanza; pero los filólogos no han comprendido a este antiguo beocio. Ahora bien, ¿quién es beocio?» Cf. *Aurora*, par. 38 (ed. cast.: *Obras completas*, cit., vol. II, págs. 702 s.).

72

El grado de inflamabilidad moral, desconocido. Del hecho de haber experimentado ciertos entremecedores espectáculos e impresiones, por ejemplo, de un padre injustamente juzgado, muerto y martirizado, de una esposa infiel, de un cruel asalto del enemigo, depende que nuestras pasiones alcancen la incandescencia y guíen toda nuestra vida o no. Nadie sabe a qué pueden empujarle las circunstancias, la compasión, la indignación, no conoce su grado de inflamabilidad. Pequeñas circunstancias miserables hacen miserable; no es habitualmente de la calidad de las vivencias, sino de su cantidad, de lo que depende la bajeza o elevación del hombre, en el bien y en el mal.

73⁵⁰

El mártir a la fuerza. Había en un partido un hombre demasiado medroso y cobarde para contradecir jamás a sus camaradas: se le utilizaba para cualquier servicio, de él se conseguía todo, pues temía la mala opinión de sus compañeros más que la muerte; se trataba de una miserable alma débil. Ellos conocían esto y, apoyándose en las propiedades mencionadas, hicieron de él un héroe y por fin hasta un mártir. Aunque el cobarde interiormente siempre decía no, sus labios siempre decían sí, incluso en el cadalso, cuando murió por los ideales de su partido; junto a él estaba, en efecto, uno de sus viejos correligionarios, que mediante la palabra y la mirada lo tiranizó de tal modo que efectivamente afrontó la muerte del modo más decoroso y es desde entonces celebrado como mártir y gran carácter.

74

Criterio para todos los días. Rara vez se errará si se reducen las acciones extremas a la vanidad, las mediocres a la habituación⁵¹ y las mezquinas al miedo.

75

Malentendido sobre la virtud. Quien ha conocido el vicio en conexión con el placer, así como el que deja tras de sí una juventud ávida de goces, se imagina que la virtud debe estar ligada al displacer. A quien por el contrario han agobiado mucho sus pasiones y vicios, anhela en la virtud la calma y la dicha del alma. Por eso es posible que dos virtuosos no se entiendan entre sí en absoluto.

76⁵²

El asceta. El asceta hace de la virtud necesidad.

⁵⁰ Cf. 19 [106].

⁵¹ habituación] En una redacción previa del pasaje: -imitación-.

⁵² Cf. 16 [14].

77

El honor, transferido de la persona a la causa. Se honran generalmente los actos de amor y de sacrificio en favor del prójimo, donde quiera que se muestren. Aumenta así la *estimación de las cosas* que son amadas de esa manera o por las cuales uno se sacrifica, aunque quizá no sean en sí de mucho valor. Un ejército valiente convence de la causa por la que lucha.

78⁵³

La ambición, un sucedáneo del sentimiento moral. En naturalezas carentes de ambición no puede faltar el sentimiento moral. Los ambiciosos se las arreglan sin él, con casi el mismo éxito. Por eso los hijos de familias modestas, ajenas a toda ambición, si alguna vez pierden el sentimiento moral, suelen convertirse rápidamente en perfectos canallas.⁵⁴

79

La vanidad enriquece. ¡Qué pobre sería el espíritu humano sin la vanidad! Pero con ella se asemeja a un bazar bien surtido y nunca desabastecido, que atrae a compradores de todas las clases: pueden encontrar casi de todo, tenerlo todo, siempre que lleven consigo la moneda en curso (la admiración).

80

El viejo y la muerte. Dejando aparte las exigencias que plantea la religión, cabe sin duda preguntar: ¿por qué habría de ser más honroso para un hombre llegado a viejo, que siente la mengua de sus fuerzas, esperar su lento agotamiento y derrumbe que fijarse un plazo con plena consciencia? El suicidio es en este caso una sencillísima acción del todo natural, que, como victoria de la razón, a justo título debiera suscitar respeto; y lo suscitaba en aquellos tiempos en que los adalides de la filosofía griega y los más esforzados patriotas romanos solían apelar al suicidio en la hora de la muerte. En cambio, el afán por prolongar la vida de día en día en ansiosa consulta a los médicos y con el más penoso régimen de vida, sin fuerzas para acercarse a la meta propiamente dicha de la vida, es mucho menos respetable. Las religiones son ricas en subterfugios ante el reto del suicidio: con ello engatusan a los enamorados de la vida.⁵⁵

⁵³ Cf. 22 [101].

⁵⁴ Por eso! Variante de este final apuntada en 1877: «Pero los que no tienen sentimiento moral ni ambición, esos son los canallas.»

⁵⁵ En cambio! *Sp*: «Esto debería caer por su propio peso. Pero el cristianismo ha falseado el sentimiento de los hombres: nos es menester aprender a sentir naturalmente.»

81

Errores del autor y de la víctima. Cuando el rico le arrebató al pobre una propiedad (por ejemplo, un príncipe la amada al plebeyo), nace en el pobre un error: cree que para quitarle lo poco que él tiene, aquél debe de ser un hombre enteramente perverso. Pero aquél no siente tan profundamente el valor de una sola propiedad, pues está habituado a tener mucho; de modo que no puede trasplantarse al alma del pobre y no le hace tanta injusticia como éste cree. Cada uno tiene una falsa idea del otro. La injusticia del poderoso que más subleva en la historia no es ni con mucho tan grande como parece. Ya la sensación hereditaria de ser un ser superior con aspiraciones superiores enfría bastante y calma la conciencia: cuando la diferencia entre nosotros y otro ser es muy grande, todos dejamos incluso de sentir en absoluto la injusticia, y matamos por ejemplo una mosca sin ningún remordimiento de conciencia. No es así ningún signo de maldad en Jerjes⁵⁶ (a quien incluso todos los griegos describen como eminentemente noble) que le quite su hijo al padre y lo haga descuartizar por haber manifestado una medrosa, execrable desconfianza hacia toda la expedición militar: en este caso el individuo es eliminado como un insecto molesto, es demasiado inferior para poder suscitar prolongados sentimientos atormentadores en un amo del mundo. Más aún, todo cruel no es cruel en la medida en que el maltratado cree; la representación del dolor no es lo mismo que su padecimiento. Otro tanto sucede con los jueces injustos, con el periodista que con pequeños fraudes extravía a la opinión pública. Causa y efecto están en todos estos casos rodeados por grupos de sentimientos y pensamientos enteramente diferentes; mientras que involuntariamente se presupone que el autor y la víctima piensan y sienten igual, y, conforme a este presupuesto, se mide la culpa del uno por el dolor del otro.

82

La piel del alma. Así como los huesos, carnes, intestinos y vasos sanguíneos están encerrados en una piel que hace soportable el aspecto del hombre, así envuelve la vanidad las emociones y pasiones del alma: es la piel del alma.

83⁵⁷

Sueño de la virtud. La virtud se levantará más fresca después de haber dormido.

⁵⁶ Jerjes: rey de Persia (486-465 a. C.). Cf. Herodoto: *Historias*, VII, 38-9 (ed. cast., trad. P. Bartolomé Pou, S. Y., Iberia 1976, vol. II, págs. 151-2): Pittio, quien ha visto un signo de mal agüero, suplica para su primogénito la exención del combate en la campaña de Jerjes. Este ordena que se parta en dos al hijo.

⁵⁷ Cf. 18 [18].

84

Refinamiento de la vergüenza. Los hombres no se avergüenzan de pensar algo sórdido, pero sí cuando se imaginan que se les considera capaces de estos pensamientos sórdidos.

85

La maldad es rara. Los hombres están en su mayoría demasiado ocupados consigo para ser malvados.

86

El fiel de la balanza. Se elogia o censura según lo uno o lo otro reporte mayor ocasión de lucir nuestro juicio.

87⁵⁸

Lucas 18, 14, corregido. El que se humilla quiere ser ensalzado.⁵⁹

88

Prohibición del suicidio. Hay un derecho según el cual le quitamos la vida a un hombre, pero no uno según el cual le quitemos la muerte: esto no es sino crueldad.⁶⁰

89⁶¹

Vanidad. Nos interesa la buena opinión de los hombres, primero porque nos es útil, luego porque queremos complacerles (los hijos a los padres, los discípulos a los profesores y en general los hombres benévolos a todos los demás hombres). Sólo cuando a alguien le importa la buena opinión de los hombres, al margen de la ventaja o de su deseo de complacer, hablamos de vanidad. En este caso, el hombre quiere complacerse a sí mismo, pero a expensas de sus semejantes, bien induciéndoles a una falsa opinión sobre sí, o bien alcanzando un grado de «buena opinión» que inevitablemente fastidie a todos los demás (suscitando envidia). El individuo habitualmente quiere, mediante la opinión de otros, acreditar y fortalecer ante sí la opinión que de sí tiene; pero la poderosa habituación a la autoridad —una habituación tan vieja como el hombre— lleva también a muchos a apoyar en la autoridad su propia fe en sí, a no aceptarla por tanto sino

⁵⁸ Cf. 21 [52].

⁵⁹ *Lucas 18:14*: «El que se humilla será ensalzado».

⁶⁰ Primera versión (1874): «No hay un derecho en virtud del cual podamos impedirle a un hombre que se quite la vida. Poner al criminal en esta situación de estar obligado a vivir es crueldad».

⁶¹ Cf. 20 [6].

de la mano de otros; fían más en el juicio de los demás que en el propio. El interés por sí mismo, el deseo de darse gusto, alcanza en el vanidoso tal altura, que induce a los demás a una estima de él mismo falsa, demasiado elevada, y luego se atiende, no obstante, a la autoridad de los demás: provoca por tanto el error y sin embargo le da crédito. Debe por consiguiente concederse que los hombres vanidosos no quieren tanto agradar a otros como a sí mismos, y que llegan al extremo de desdeñar así su propio provecho; pues a menudo se empeñan en disponer a sus semejantes desfavorable, hostil, envidiosa, perjudicialmente por tanto, contra sí, sólo para tener el disfrute de sí mismos, el autogoce.

90

Límites de la filantropía. Todo aquel que ha declarado que el otro es un imbécil, un tipo malvado, se enfada si éste demuestra finalmente que no lo es.

91⁶²

*Moralité larmoyante.*⁶³ ¡Cuánto placer proporciona la moralidad! ¡Piénsese nada más en el mar de agradables lágrimas que ha corrido ya a propósito de relatos de acciones nobles, magnánimas! Este encanto de la vida desaparecería si aumentase la creencia en la irresponsabilidad total.

92

Origen de la justicia. La justicia (equidad) se origina entre personas más o menos *igualmente poderosas*, como acertadamente lo comprendió Tucídides (en el terrible diálogo entre los emisarios atenienses y melios⁶⁴); allí donde no hay poder dominante claramente reconocible y una lucha revertiría en un inútil perjuicio recíproco, brota la idea de entenderse y ponerse de acuerdo sobre las pretensiones de ambos bandos: el carácter inicial de la justicia es el carácter de *trueque*. Cada cual da satisfacción al otro, en tanto que cada cual recibe lo que valora más que el otro. Se le da a cada uno lo que en adelante quiere tener como suyo, y se recibe a cambio lo deseado. La justicia es por tanto retribución y trueque bajo el supuesto de un poderío más o menos igual: de modo que originariamente la venganza pertenece al ámbito de la justicia, es un trueque. Lo mismo que la gratitud. La justicia se reduce naturalmente al punto de vista de una autoconservación sagaz, por tanto al egoísmo de aquella reflexión: «¿para qué perjudicarme inútilmente y quizá no alcanzar sin embargo mi meta?». Esto por lo que al *origen* de la

⁶² Cf. 22 [87].

⁶³ «Moralidad lacrimosa». Nietzsche está aquí jugando con la expresión *comédie larmoyante*, un popular género teatral del siglo XVIII, introducido por Destouches (1680-1754) y desarrollado posteriormente por Diderot (*Les fils naturel*, 1757; *Le père de famille*, 1758).

⁶⁴ Cf. *Historia de la Guerra del Peloponeso*, V, 85-113: negociaciones entre las partes antes del asedio y asalto de Melos por los atenienses en el 416 a. C. (ed. cast.: trad. Vicente López Soto, Juventud 1975, págs. 423-32). Tucídides (ca. 460-396 a. C.): historiador griego.

justicia se refiere. Del hecho de que los hombres, conforme a su hábito intelectual, hayan *olvidado* el fin originario de actos llamados justos, equitativos, y sobre todo dado que durante milenios se les ha enseñado a los niños a admirar e imitar tales actos, ha ido naciendo paulatinamente la apariencia de que un acto justo es un acto altruista; pero en esta apariencia estriba la alta estimación del mismo, la cual además, como todas las estimaciones, va en incremento constante: pues algo altamente estimado es perseguido, imitado, multiplicado con sacrificio, y se agranda por el hecho de que cada individuo le añade al valor de la cosa estimada el valor del esfuerzo y el celo aplicados. ¡Qué aspecto más poco moral tendría el mundo sin el olvido! Un poeta podría decir que Dios ha apostado el olvido como cancerbero en el umbral del templo de la dignidad humana.

93

Del derecho del más débil. Cuando alguien, por ejemplo una ciudad asediada, se somete bajo condiciones a alguien más poderoso, la alternativa es la de que uno puede destruirse, incendiar la ciudad y causarle por tanto una gran mengua al poderoso. Surge aquí por tanto una especie de *equiparación* sobre cuyos cimientos pueden establecerse derechos. Al enemigo la conservación le resulta ventajosa. En tal medida hay también derechos entre esclavos y amos, es decir, exactamente en la medida en que la posesión del esclavo le es útil e importante al amo. Originariamente el *derecho es proporcional al grado* en que uno se le *aparece* al otro valioso, esencial, imprescindible, invencible, etc. En este sentido el más débil tiene también derechos, pero menores. De ahí el famoso *unusquisque tantum juris habet, quantum potentia valet*⁶⁵ (o, más exactamente: *quantum potentia valere creditur*).⁶⁶

94⁶⁷

Las tres fases de la moralidad hasta la fecha. El primer signo de que el animal se ha convertido en hombre se produce cuando sus actos ya no se refieren al bienestar del momento, sino al duradero, cuando el hombre por tanto deviene *útil, conforme a fin*: entonces irrumpe el libre dominio de la razón. Una etapa aún más elevada se alcanza cuando actúa según el principio del *honor*; en virtud de éste se alinea, se somete a sentimientos colectivos, y esto le eleva muy por encima de la fase en que sólo le guiaba la utilidad personalmente entendida: respeta y quiere ser respetado; es decir: concibe el provecho como dependiente de lo que él opina de los demás y éstos de él. Por último, en la etapa más elevada de la moralidad *hasta la fecha*, actúa según *su* criterio sobre las cosas y los hombres, él mismo determina, para sí y para los demás, lo que es honorable, lo que es útil; se ha con-

⁶⁵ «El derecho de cada cual es proporcional al poder que tiene.» Spinoza: *Tractatus Politicus*, II, 8 (vid. ib. 4). Citado por Schopenhauer en *Parerga y paralipomena*. *Baruch Spinoza* (1632-1677): filósofo racionalista holandés.

⁶⁶ «Al poder que se cree tener».

⁶⁷ Cf. 21 [36].

vertido en el legislador de las opiniones, conforme al concepto cada vez más desarrollado de lo útil y honorable. El conocimiento le capacita para anteponer lo más útil, es decir, el provecho general duradero, al personal, el reconocimiento de validez general duradera al momentáneo; vive y actúa como individuo colectivo.

95

Moral del individuo maduro. Hasta ahora se ha considerado como el signo distintivo propiamente dicho de la acción moral lo impersonal; y está demostrado que en un principio aquello por lo que se elogiaba y se distinguía todas las acciones impersonales era la atención al provecho general. ¿No debiera ser inminente una significativa transformación de estos enfoques, ahora que cada vez se percibe mejor que es precisamente en la mayor atención posible a lo *personal* donde mayor es también el provecho para lo general, de modo que precisamente los actos estrictamente personales corresponden al concepto actual de moralidad (en cuanto utilidad general)? Hacer de sí una *persona* cabal y en todo lo que se hace tener en cuenta el *beneficio supremo*, no lleva más lejos que estas emociones y acciones en favor de otros. Por supuesto, todos nosotros aún adolecemos siempre del demasiado escaso respeto a lo personal en nosotros; esto está precariamente desarrollado, admitámoslo: nuestro sentido más bien se ha retraído violentamente de ello y se lo ha ofrecido como sacrificio al Estado, a la ciencia, al desamparado, como si fuera lo malo que debiera ser sacrificado. También ahora queremos trabajar por nuestros semejantes, pero sólo en tanto en cuanto en este trabajo hallemos nuestra máxima ventaja propia, ni más ni menos. Todo depende de qué entiende uno por *su ventaja*; precisamente el individuo inmaduro, rudimentario, tosco, será quien lo entenderá también más toscamente.

96⁶⁸

*Costumbre y decente*⁶⁹. Ser moral, decente, ético, significa prestar obediencia a una ley o tradición de antiguo fundada. Es indiferente si uno se somete a ella de buen o mal grado, basta con que lo haga. Se llama «bueno» al que por naturaleza, siguiendo una larga herencia, por tanto fácil y prestamente, obra lo decente, sea esto cada vez lo que sea (por ejemplo, tomando venganza cuando tomar venganza forma parte, como entre los antiguos griegos, de las buenas costumbres). Se le llama bueno porque es bueno «para algo»; pero puesto que, pese a los cambios de costumbres, la benevolencia, la compasión y otras cosas por el estilo son siempre sentidas como «buenas para algo», como útiles, ahora se llama primordialmente «bueno» al benevolente, al servicial. Malo es ser «no decente» (indecente), practicar la indecencia, contravenir la tradición, sea ésta racional o estúpida; pero en todas las leyes de decencia de las diferentes épocas se ha sentido primordialmente como pernicioso lo pernicioso para el prójimo, de modo

⁶⁸ Cf. 22 [87].

⁶⁹ En este aforismo, en el que Nietzsche emplea en una ocasión *etbisch*, traduciremos *sittlich* por «decente», pero *Sitte* por «costumbre». Vid. notas 70 y 71 a 19 [114], 15 a 23 [14] y 75 a 23 [96].

que ahora con la palabra «malo» pensamos sobre todo en el perjuicio voluntario al prójimo. Lo «egoísta» y lo «altruista» no es la oposición fundamental que ha llevado a los hombres a la distinción entre decente e indecente, bueno y malo, sino: acatamiento de una tradición, de una ley, y emancipación de la misma. A este respecto da igual cómo haya *nacido* la tradición: en cualquier caso, sin atender a bueno y malo o a cualquier imperativo categórico⁷⁰ inmanente, sino ante todo con el fin de la conservación de una *comunidad*, de un pueblo; todo uso supersticioso nacido sobre la base de un azar falsamente interpretado impone una tradición que es decente seguir; emanciparse de ella es, en efecto, peligroso, más pernicioso todavía para la *comunidad* que para el individuo (pues la deidad castiga la blasfemia y toda violación de sus privilegios en la comunidad, y sólo en tal medida también en el individuo). Ahora bien, toda tradición se hace cada vez más respetable cuanto más remoto se hace su origen, cuanto más se olvida éste; la veneración que se le tributa va acumulándose de generación en generación, la tradición acaba por sacralizarse y suscitar respeto; y así la moral de la piedad es en todo caso mucho más antigua que la que exige actos altruistas.

97

El placer en la costumbre. Un género importante de placer, y por tanto fuente de la moralidad, tiene su origen en el hábito. Lo habitual se hace más fácilmente, mejor, por tanto más a gusto, se siente un placer al hacerlo, y se sabe por experiencia que lo habitual no ha defraudado, por tanto es útil; una costumbre con la que se puede vivir está demostrada como sana, provechosa, en contraste con todos los nuevos ensayos todavía no acrisolados. La costumbre es, por consiguiente, la unión de lo agradable y lo útil, y además no hace menester ninguna reflexión. Tan pronto el hombre puede ejercer coacción, la ejerce, a fin de imponer e introducir sus *costumbres*, pues éstas son para él la sabiduría acrisolada de la vida. Asimismo, una comunidad de individuos obliga a cada uno de ellos a la misma costumbre. Aquí el sofisma es: dado que uno se siente bien con una costumbre, o dado al menos que por medio de ella uno conserva su existencia, esta costumbre es necesaria, pues vale como la *única* posibilidad de que uno se sienta bien; el bienestar de la vida parece provenir únicamente de ella. Esta concepción de lo habitual como una condición de la existencia se lleva hasta los menores detalles de la costumbre: puesto que en los pueblos y culturas de bajo nivel es muy reducida la comprensión de la causalidad efectivamente real, se cuida con supersticioso temor de que todo siga el mismo curso; incluso allí donde la costumbre es penosa, dura, incómoda, se la conserva en razón de su utilidad aparentemente máxima. No se sabe que con otras costumbres puede darse el mismo grado de bienestar y puede incluso alcanzarse grados superiores. Pero sin duda se percibe que todas las costumbres, aun las más duras, con el

⁷⁰ Para Kant, el imperativo categórico —definido en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* como: «Obra como si la máxima de tu acción debiera tomarse, por tu voluntad, ley universal de la naturaleza» (éd. cast.: trad. Manuel García Morente, Espasa-Calpe 1973, pág. 77)— deriva de la naturaleza de la racionalidad. Vid. nota 40, 1 parte.

tiempo se tornan más agradables y más suaves, y que el modo de vida más estricto puede convertirse en un hábito y por tanto en un placer.

98

Placer e instinto social. De sus relaciones con otros hombres obtiene el hombre un nuevo género de *placer* que se agrega a aquellos sentimientos de placer que extrae de sí mismo; en general extiende con ello significativamente el reino del sentimiento placentero. Quizá muchas cosas de las que entre éstas se cuentan las haya ya heredado de los animales, que sienten a ojos vista placer cuando juegan unos con otros, sobre todo la madre con los cachorros. Piénsese luego en las relaciones sexuales, que hacen que casi todas las hembras les parezcan interesantes a todos los machos en vista del placer, y viceversa. El sentimiento de placer cimentado en relaciones humanas mejora en general a las personas; la alegría compartida, el placer gozado en común los intensifica, le da al individuo seguridad, le hace más cordial, disipa la desconfianza, la envidia: pues uno se siente a sí mismo bien y ve a los demás sentirse bien del mismo modo. Las *manifestaciones de placer de la misma índole* despiertan la fantasía de la simpatía, el sentimiento de ser algo igual: lo mismo hacen también los sufrimientos comunes, los mismos contratiempos, peligros, enemigos. Sobre esto se basa entonces sin duda la asociación más antigua, cuyo sentido es la eliminación y la defensa comunes frente a un *displacer* amenazante en provecho de todos y cada uno de los individuos. Y así es como el instinto social se deriva del placer.

99⁷¹

Lo inocente de las llamadas malas acciones. Todas las «malas» acciones están motivadas por el instinto de conservación o, más precisamente todavía, por el deseo de placer y la evitación del *displacer* del individuo; de tal modo motivadas, no son malas. «Causar dolor en sí» *no existe*, aparte de en el cerebro de los filósofos, lo mismo que «causar placer en sí» (compasión en sentido shopenhaueriano). En la situación *anterior* al Estado, matamos al ser, sea mono u hombre, que quiere coger antes que nosotros el fruto del árbol precisamente cuando tenemos hambre y corremos hacia el árbol; lo mismo que aún haríamos ahora con el animal si viajásemos por comarcas inhóspitas. Las malas acciones que actualmente más nos sublevan estriban en el error de que el otro que nos las inflige tiene libre albedrío, por tanto que queda a su *discreción* no hacernos este mal. Esta creencia en la *discreción* suscita el odio, el afán de venganza, la perfidia, toda la perversión de la fantasía, mientras que nos enfadamos mucho menos con un animal, pues lo consideramos como irresponsable. Hacer el mal, no por instinto de conservación, sino como represalia, es consecuencia de un juicio falso y por eso igualmente inocente. En la situación que antecede al Estado el individuo puede tratar a los demás, para *intimidarlos*, dura y cruelmente, a fin de asegurar su existencia mediante tales pruebas intimidatorias de su fuerza. Así

⁷¹ Cf. 21 [72].

actúa el violento, poderoso, el originario fundador del Estado que somete a los más débiles. Tiene derecho a ello, como aún ahora se lo arroga el Estado; o más bien: no hay ningún derecho que pueda impedir esto. Sólo puede prepararse el terreno para cualquier moralidad cuando un individuo superior o un individuo colectivo, por ejemplo, la sociedad, el Estado, somete a los individuos, por tanto los saca de su aislamiento y los alinea en un ensamble. La *coacción* precede a la moralidad, más aún, ésta misma es todavía durante un tiempo coacción a la que uno se sujeta para evitar el displacer. Más tarde se convierte en costumbre, luego en libre obediencia, finalmente casi en instinto: entonces, como todo lo desde ha mucho habitual y natural, se la asocia con el placer y se la llama *virtud*.

100

Pudor. El pudor existe donde quiera que haya un «misterio»; pero éste es un concepto religioso que en los primeros tiempos de la cultura humana tenía un gran alcance. Por doquier había dominios acotados a los que el derecho divino vedaba el acceso, salvo bajo determinadas condiciones: al principio de modo enteramente espacial, en cuanto que ciertos lugares no habían de ser hollados por el pie de los profanos y, al aproximarse a ellos, éstos sentían pavor y angustia. Este sentimiento fue de múltiples maneras transferido a otras situaciones, por ejemplo, a las relaciones sexuales, que, como privilegio y *ádyton*⁷² de la edad madura, debían ser sustraídas, para bien suyo, a las miradas de los jóvenes: relaciones para cuya protección y mantenimiento de la santidad se imaginaban muchos dioses activos y apostados como guardianes en la cámara nupcial. (Por eso en turco esta cámara se llama harén, «santuario», y por consiguiente se la designa con la misma palabra que se usa para los atrios de las mezquitas⁷³.) Así, la realeza, como centro que irradia poder y esplendor, es para el súbdito un misterio lleno de secretismo y de pudor: de lo que muchas secuelas se dejan aún sentir hoy día en pueblos que por lo demás de ningún modo se cuentan entre los pudorosos. Asimismo, para todos los no filósofos sigue todavía siendo un misterio todo el mundo de los estados internos, la llamada «alma», tras haberse creído durante un tiempo infinito que ésta era digna de un origen divino, de un trato con la divinidad; es por tanto un *ádyton* y suscita pudor.

101

No juzguéis⁷⁴. Al considerar períodos pretéritos, debe uno guardarse de caer en una censura injusta. La injusticia de la esclavitud, la crueldad del sojuzgamiento de personas y pueblos no han de medirse con nuestra vara. Pues en aquellos tiempos no estaba tan ampliamente desarrollado el instinto de la justicia. ¿Quién

⁷² En griego *ἄδυτον*: sagrario, la parte más íntima y reservada del templo o santuario, donde se pronunciaban los oráculos; tómese aquí como «sacramento».

⁷³ En efecto, harén o harem (del turco «harim») significa en general lugar vedado y en particular gineceo.

⁷⁴ Cf. *Mateo*, 7:1: «No juzguéis y no seréis juzgados.»

puede reprocharle al ginebrino⁷⁵ Calvino la quema en la hoguera del médico Servet?⁷⁶ Fue esta una acción consecuente derivada de sus convicciones, e igualmente tenía la Inquisición sus buenas razones; sólo que las opiniones dominantes eran falsas y resultaban en una consecuencia que se nos aparece dura, pues esas opiniones se nos han hecho extrañas. ¡Qué es por lo demás quemar en la pira a un individuo en comparación con los eternos suplicios del Infierno para casi todos! Y sin embargo esa idea reinaba entonces en todo el mundo, sin que con su horror mucho mayor perjudicase esencialmente la idea de un Dios⁷⁷. También entre nosotros son los sectarios políticos tratados dura y cruelmente, pero, como se ha aprendido a creer en la necesidad del Estado, no se siente aquí la crueldad tanto como allí donde rechazamos las concepciones. La crueldad de los niños y los italianos para con los animales se reduce a la incomprensión; sobre todo en razón de los intereses de la doctrina clerical, el animal ha sido demasiado relegado con respecto al hombre. También se dulcificarán muchos de los horrores y atrocidades de la historia, apenas creíbles considerando que el que da la orden y el ejecutor son personas distintas: el primero no lo ve y su fantasía no resulta por tanto fuertemente impresionada; el último obedece a un superior y se siente irresponsable. La mayoría de los príncipes y de los jefes militares aparecen fácilmente, por falta de fantasía, crueles y duros, sin serlo. *El egoísmo no es malo*, porque la idea de «prójimo» —la palabra es de origen cristiano⁷⁸ y no corresponde a la verdad— es muy débil en nosotros; y nos sentimos libres e irresponsables para con él, casi como para con las plantas y las piedras. Ha de *aprenderse* que el otro sufre, y nunca puede aprenderse del todo.

102⁷⁹

*«El hombre siempre obra bien.»*⁸⁰ No nos quejamos de la naturaleza por inmoral cuando nos envía una tormenta y nos empapa: ¿por qué llamamos inmoral al hombre pernicioso? Porque aquí suponemos un albedrío que opera arbitrariamente, libre; allí, necesidad. Pero esta distinción es un error. Además: ni siquiera al perjuicio intencionado lo llamamos inmoral en todas las circunstancias; sin ningún escrúpulo se mata, por ejemplo, una mosca meramente porque nos fastidia su zumbido; intencionadamente se castiga al criminal y se le hace sufrir para protegernos a nosotros y a la sociedad. En el primer caso es el individuo quien, a fin de

⁷⁵ ginebrino] *Md.*: «noble».

⁷⁶ Miguel Servet (1511-1553): médico, filósofo y teólogo español, cuya concepción unitarista de la Trinidad y próxima al panteísmo le acarreó la condena a la hoguera en Ginebra por la Inquisición a instancias de Jean Cauvin, Calvino (1509-1564): reformador religioso y escritor francés, fundador del calvinismo.

⁷⁷ sin que con] *Md.*: «aunque se creyese a Dios capaz de enviar a las personas a la hoguera».

⁷⁸ Posible alusión a la parábola del buen samaritano (cf. *Lucas*, 10:25-37).

⁷⁹ Cf. 21 [31], 21 [73].

⁸⁰ Cf. Platón, *Gorgias* 468: «SOCRATES.—... ¿es con vistas al bien como hacen todo esto los que lo hacen? POLO.—Sí, por cierto.» (ed. cast., *Obras completas*, trad. Francisco García Yagüe, Aguilar 1974², pág. 371). Sócrates (470-399 a. C.): filósofo griego maestro de Platón y frecuente protagonista de los diálogos de éste.

conservarse o incluso para evitarse un *displacer*, hace sufrir intencionadamente; en el segundo, el Estado. Toda moral admite el perjuicio intencionado en *legítima defensa*, es decir, ¡cuando se trata de la *autoconservación*! Pero estos dos puntos de vista *bastan* para explicar todas las malas acciones cometidas por hombres contra hombres: uno quiere placer para sí o quiere evitar el *displacer*; de cualquier modo, siempre se trata de *autoconservación*. Tienen razón Sócrates y Platón: haga lo que haga el hombre, siempre hace el bien, es decir, lo que le parece bueno (útil), según su grado de inteligencia, la medida actual de su racionalidad.

103

Lo inocuo de la maldad. La maldad no tiene en sí como meta el sufrimiento de otro, sino nuestro propio goce, por ejemplo, como sentimiento de venganza o de excitación nerviosa más fuerte. Ya toda broma muestra cómo causa contento ejercer nuestro poder sobre otro y llevarlo al placentero sentimiento de la superioridad. Ahora bien, ¿es *immoral* tener *placer basado en el displacer de otros*? ¿Es la alegría del mal ajeno diabólica, como dice Schopenhauer?⁸¹ Pues bien, en la naturaleza nos causa placer quebrar ramas, desprender piedras, luchar con animales salvajes, y ciertamente para con ello devenir conscientes de nuestra fuerza. ¿Hace inmoral la cosa misma respecto a la que nos sentimos irresponsables el hecho de *saber* que otro sufre por causa nuestra? Pero si no supiera uno esto, tampoco tendría en ello el placer de su propia superioridad: éste sólo puede *darse a conocer* precisamente en el sufrimiento del otro, por ejemplo, en la broma. Todo placer en sí mismo no es ni bueno ni malo; ¿de dónde provendría la determinación de que, para tener placer en sí mismo, no debería causarse ningún *displacer* a los demás? Únicamente del punto de vista del provecho, es decir, en atención a las *consecuencias*, al eventual *displacer* cuando del perjudicado o del Estado suplente pueda esperarse sanción y venganza: sólo esto puede haber originariamente constituido la base para abstenerse de tales actos. La compasión está tan lejos de tener como meta el placer de otro, como, según queda dicho, la maldad el dolor en sí de otro. Pues en sí oculta al menos dos (quizá muchos más) elementos de un placer personal y es de este modo autocontento: primero como placer de la emoción, de cuya índole es la compasión en la tragedia, y luego, cuando impulsa a la acción, como placer de la satisfacción en el ejercicio del poder. Además, si una persona sufriende nos es muy allegada, la ejecución de acciones compasivas nos evita a nosotros mismos un sufrimiento. Aparte de algunos filósofos, los hombres siempre han situado bastante baja la compasión en la escala de los sentimientos morales: con razón.

104⁸²

Legítima defensa. Si se admite en general como moral la legítima defensa, deben también admitirse casi todas las manifestaciones del egoísmo llamado

⁸¹ Cf. Schopenhauer, *Elbik*, 200, 225; *Parerga...* 2, 231.

⁸² Cf. 21 [31].

inmoral: se hace sufrir, se roba o se mata para sobrevivir o para protegerse, para prevenir la desgracia personal; se miente cuando la astucia y el fingimiento son el medio adecuado para la autoconservación⁸³. *Causar daño intencionadamente*, cuando se trata de nuestra existencia o seguridad (conservación de nuestro bienestar), se concede como moral; desde este punto de vista causa daño el Estado mismo cuando impone castigos. Naturalmente, causar daño inintencionadamente no es inmoral: aquí rige el azar. ¿Hay, pues, una especie de perjuicio intencionado cuando *no* se trata de nuestra existencia, de la conservación de nuestro bienestar? ¿Hay un perjuicio por pura *maldad*, por ejemplo en el caso de la crueldad? Si no se sabe cuánto dolor produce un acto, éste no es un acto de maldad; así, el niño no es perverso, malo, con el animal: lo investiga y lo destruye como si fuese uno de sus juguetes. Pero, ¿se *sabe* cada vez plenamente cuánto dolor le produce a otro un acto? Eludimos el dolor hasta donde alcanza nuestro sistema nervioso: si llegara más lejos, hasta dentro de nuestros semejantes, no causaríamos ningún sufrimiento a nadie (salvo en los casos en que nos lo causaríamos a nosotros mismos, es decir, cuando nos cortamos por mor de nuestra curación, cuando nos esforzamos y afanamos por mor de nuestra salud). *Concluimos* que algo le produce dolor a otro por analogía, y es posible que a nosotros mismos nos haga daño por el recuerdo y la fuerza de la fantasía. Pero, ¿qué diferencia hay siempre entre el dolor de muelas y el dolor (compasión) que provoca ver a alguien con dolor de muelas! Por consiguiente: al causar daño por así llamada *maldad*, siempre nos es desconocido el *grado* de dolor infligido; pero en la medida en que en el acto se produce un *placer* (sentimiento del propio poder, de la intensa excitación propia), el acto tiene por causa la conservación del bienestar del individuo y cae, por tanto, bajo un punto de vista análogo al de la legítima defensa o la mentira por fuerza mayor. Sin placer no hay vida; la lucha por el placer es la lucha por la vida. Si el individuo libra esta lucha de modo que los hombres le llamen *bueno* o de modo que le llamen *malo*, es algo sobre lo que deciden el nivel y la idiosincrasia de su *inteligencia*.

105

La justicia retributiva. Quien ha comprendido perfectamente la doctrina de la irresponsabilidad plena no puede ya de ninguna manera subsumir la llamada justicia punitiva y retributiva bajo el concepto de justicia, en el caso de que la justicia consista en dar a cada cual lo suyo. Pues el que es castigado no merece el castigo: sólo es usado para en adelante arredrar ante ciertas acciones; tampoco quien es premiado merece este premio: no podía actuar de otra manera que como ha actuado. La recompensa por tanto sólo tiene el sentido de un estímulo para él y para otros, a fin por consiguiente de ofrecer un motivo para acciones posteriores; el aliento se le da al que está corriendo en la pista, no al que ha llegado a la meta. Ni el castigo ni el premio son algo que le corresponda a nadie como lo *suyo*; se le dan por razones utilitarias, sin que él tuviera que elevar con

⁸³ se hace sufrir] *Md.*: «(por ejemplo en la mentira por fuerza mayor, tal como la describe Schopenhauer). Pero ¿dónde está entonces la inmoralidad?»

justicia una reclamación respecto a ellas. Debe decirse: «el sabio no premia porque se haya obrado bien», lo mismo que se ha dicho: «el sabio no castiga porque se haya obrado mal, sino para que no se obre mal». Si premio y castigo desapareciesen, desaparecerían los poderosísimos motivos que apartan de ciertas acciones, que impulsan a ciertas acciones; el provecho de los hombres exige su perpetuación; y en la medida en que premio y castigo, elogio y censura obran del modo más sensible sobre la vanidad, el mismo provecho exige también la perpetuación de la vanidad.⁸⁴

106

Junto a la cascada. Al contemplar una cascada en las innumerables ondulaciones, serpenteos y rompientes de las olas creemos ver libertad del albedrío y capricho; pero todo es necesario, cada movimiento puede calcularse matemáticamente. Lo mismo sucede también con los actos humanos; si se fuese onmisciente, debería poderse calcular de antemano cada acción singular, lo mismo que cada progreso del conocimiento, cada error, cada maldad. El agente mismo está atrapado en la ilusión del arbitrio; si la rueda del mundo se parase por un instante y hubiera un omnisciente entendimiento calculador para aprovechar esta pausa, podría seguir contando el futuro de cada ser hasta los tiempos más remotos y señalar cada una de las huellas por las que esa rueda todavía pasará. La ilusión del agente respecto a sí, la asunción del libre albedrío, forma parte de este mecanismo calculable.⁸⁵

107

Irresponsabilidad e inocencia. La plena irresponsabilidad del hombre respecto a sus actos y a su ser es la píldora más amarga que tiene que tragar quien persigue el conocimiento cuando se ha habituado a ver en la responsabilidad y el deber el título de nobleza de su humanidad. Con ello todas sus estimaciones, distinciones, aversiones se han desvalorizado y devenido falsas: su sentimiento más profundo, que él dispensaba al sufriente, al héroe, obedecía a un error; no le cabe ya elogiar ni censurar, pues es absurdo elogiar y censurar la naturaleza y la necesidad. Así como la obra de arte buena le encanta, pero no la elogia, pues ella no puede nada por sí misma, así como ante la planta, así debe proceder ante las acciones de los hombres, ante las suyas propias. Puede admirar su fuerza, belleza, plenitud, pero no le cabe hallar mérito en ellas: el proceso químico y la pugna de los elementos, el tormento del enfermo que anhela el restablecimiento, no son más meritorios que esas luchas anímicas y esos estados de apremio en

⁸⁴ En *Cf* se añade: «En la relación entre obrero y patrono "retribución" es un concepto falso: trata-se aquí de un intercambio contractual de prestaciones, según la clase de prestaciones de que más necesidad tengan el uno y el otro, el obrero de dinero, casa, manutención, el patrono de fuerzas físicas e intelectuales ajenas.» Cf. 23 [73]. Lohn=premio, retribución, recompensa

⁸⁵ *Cf* añade, tachado: «idea equivocada que actúa de diversos modos como motivo, p. ej., cuando elogiamos, recompensamos, castigamos, nos vengamos, etc.»

que por diversos motivos se debate uno hasta que finalmente se decide por el más poderoso, como se dice (pero en verdad hasta que el motivo más poderoso decide sobre nosotros). Pero todos estos motivos, por altisonantes que sean los nombres que les demos, han brotado de las mismas raíces en que creemos que residen los venenos malignos; entre las buenas y las malas acciones, no hay una diferencia de género, sino a lo sumo de grado. Las buenas son malas acciones sublimadas; las malas son buenas acciones envilecidas, embrutecidas. El único anhelo del hombre de gozar de sí mismo (amén del temor a verse privado de ello) se satisface en todas las circunstancias, obre el hombre como pueda, es decir, como deba: sea mediante actos de vanidad, de venganza, de placer, de utilidad, de maldad, de astucia, sea mediante actos de sacrificio, de compasión, de conocimiento. Los grados de capacidad de juicio deciden a qué se deja cada cual arrastrar por este anhelo; cada sociedad, cada individuo, tienen constantemente presente una jerarquía de los bienes según la cual determinan sus actos y juzgan los de los demás.⁸⁶ Pero este criterio está constantemente modificándose; muchas acciones son llamadas malas y no son más que estúpidas, pues el grado de inteligencia que se decidió por ellas era muy bajo. Es más, aún hoy son todavía en un determinado sentido estúpidas *todas* las acciones, pues el grado supremo de inteligencia humana que ahora puede alcanzarse será también rebasado a buen seguro: y entonces, al echar una mirada retrospectiva, todos *nuestros* actos y juicios aparecerán tan limitados y precipitados como limitados y precipitados se nos antojan ahora los actos y juicios de los pueblos salvajes y atrasados. Percatarse de todo esto puede causar profundos dolores, pero luego hay un consuelo: son dolores de parto. La mariposa quiere romper su envoltura, la estira, la desgarrar; entonces la ciega y confunde la luz desconocida, el reino de la libertad. En los hombres *susceptibles* de esta tristeza —¡qué pocos serán!— es donde se hace el primer ensayo de que la humanidad *pueda transformarse* de *humanidad moral* en *sabia*. El sol de un nuevo Evangelio lanza su primer rayo sobre las cimas más altas del alma de esos individuos: allí las nieblas se espesan más que nunca y se yuxtaponen la más radiante claridad y el más oscuro crepúsculo. Todo es necesidad: así reza el nuevo conocimiento; y este conocimiento mismo es necesidad. Todo es inocencia; y el conocimiento es el camino hacia la com-

⁸⁶ el proceso químico] *Hp.* «el proceso químico no es más [plenamente] un mérito que el penoso conflicto de un padre que tiene que decidir entre sacrificar a su hija y manchar sus propios labios con una mentira (según expone el gran W. Scott en *La prisión de Edimburgo*), o que el sacrificio de ocho hijos que consume el anciano educador del jefe de un clan a la reputación de éste (magníficamente narrado en *La hermosa doncella de Perth*). En primer lugar, estas acciones contienen como motivo un error, allí el de la existencia de un Dios que prohíbe la mentira, aquí el de que la reputación de un jefe importa más que la vida de ocho hijos. Además, nuestro sentimiento está ligado a esa errónea idea mencionada, según la cual las personas en cuestión podrían haber obrado también de otro modo, decidido de otro modo. Cuando uno se da cuenta de que debe acabarse con todos los motivos del honor y del pudor, desde el momento en que uno únicamente puede honrar o censurar el acto «libre», pero no procesos naturales, no sabe para su tristeza según qué principios han de seguir viviendo los hombres si no según motivos de ventaja, que serían a su vez de placer y displacer. Pero en cuanto a la tesis de tasar la verdad como superior a la falsedad [¿por qué? Esto raya ya en la moral.], ¿cómo llegamos a ella? ¿Se basa en el provecho o en la moral?— Walter Scott (1771-1832): poeta y novelista escocés.

prensión de esta inocencia. Si el placer, el egoísmo, la vanidad son *necesarios* para que se produzcan fenómenos morales y su floración suprema, el sentido de la verdad y la justicia del conocimiento, si el error y la confusión de la fantasía fueron el único medio por el que la humanidad pudo elevarse paulatinamente a este grado de autoiluminación, de autoemancipación, ¿quién podría menospreciar ese medio? ¿Quién podría entristecerse al comprobar la meta a que conducen esos caminos? En el ámbito de la moral todo es devenido, mudable, fluctuante, todo está en curso, es verdad; pero *también todo está en la corriente* hacia una sola meta. Por más que nunca deja de operar en nosotros el hábito heredado de la estimación, del amor, del odio erróneos, bajo el influjo del creciente conocimiento se irá debilitando: un nuevo hábito, el de comprender, el de no amar, el de no odiar, el de contemplar desde lo alto, va implantándose paulatinamente en el mismo terreno, y dentro de miles de años será quizá lo suficientemente poderoso para darle a la humanidad la fuerza de producir al hombre sabio, inocente (consciente de su inocencia), tan regularmente como en la actualidad produce al hombre necio, inicu, con consciencia de culpa, *es decir; el antecedente necesario, no lo contrario de aquél.*

TERCERA PARTE

LA VIDA RELIGIOSA

108¹

La doble lucha contra el mal. Cuando un mal nos alcanza, puede ponérsele remedio o bien eliminando su causa o bien modificando el efecto que produce sobre nuestro sentimiento; es decir, reinterpretando el mal como un bien, cuyo provecho quizá sólo más tarde será visible. La religión y el arte (también la filosofía metafísica) se esfuerzan por modificar el sentimiento ora modificando nuestro juicio sobre las vivencias (por ejemplo, con ayuda de la tesis: «Dios castiga a quien ama»²), bien suscitando un placer en el dolor, en la emoción en general (de donde toma su punto de partida el arte de lo trágico). Cuanto más propende uno a reinterpretar y a justificar, tanto menos tendrá en cuenta y eliminará las causas del mal; el alivio y la narcotización momentáneos, tal como son corrientes, por ejemplo, cuando se siente dolor de muelas, le bastan también cuando se trata de sufrimientos más serios. Cuanto más declina el dominio de las religiones y de todo arte de la narcosis, tanto más estrictamente se aplican los hombres a la eliminación real de los males, lo cual por supuesto les sale fatal a los poetas trágicos —pues cada vez se encuentran menos temas para la tragedia, dado que cada vez va estrechándose más el reino del inexorable, inexpugnable destino—, pero peor aún a los sacerdotes, pues éstos han vivido hasta ahora de la narcotización de males humanos.

109

La aflicción es conocimiento. ¿Cómo le gustaría a uno trocar las falsas afirmaciones de los sacerdotes, que hay un Dios que exige de nosotros el bien, que es guardián y testigo de cada acción, de cada instante, de cada pensamiento, que nos ama, que en toda desgracia quiere lo mejor para nosotros, cómo le gustaría a uno trocarlas

¹ Cf. 18 [33].

² Cf. San Pablo, *Epístola a los hebreos*, 12, 6: «... porque el Señor corrige a quien ama, y castiga a aquel que recibe por hijo.»

por verdades que fuesen tan saludables, tranquilizantes y benefactoras como esos errores! Pero no hay tales verdades; a lo sumo la filosofía puede oponerles a su vez apariencias metafísicas (en el fondo, igualmente falsedades). Pero, ahora bien, la tragedia es que esos dogmas de la religión y de la metafísica no se pueden *crear* cuando en el corazón y en la cabeza se tiene el método estricto de la verdad, y por otra parte uno, con la evolución de la humanidad, se ha vuelto tan delicado, excitable y doliente como para haber menester medios de salvación y de consuelo de índole suprema; de donde surge por tanto el peligro de que el hombre se desangre al entrar en contacto con la verdad reconocida. Esto es lo que expresa Byron en versos inmortales:

*Sorrow is knowledge: they who know the most
must mourn the deepest o'er the fatal truth,
the tree of knowledge is not that of life*³.

Contra tales aflicciones no hay mejor remedio que conjurar el solemne desenfado de Horacio, al menos por lo que a las peores horas y eclipses solares del alma se refiere, y decirse con él a uno mismo:

*quid aeternis minorem
consiliis animam fatigas?
cur non sub alta vel platano vel bac
pini jacentes*⁴.

Pero a buen seguro el desenfado o la melancolía de cualquier grado son mejores que un retorno y una deserción románticos, un acercamiento, de cualquier forma que sea, al cristianismo; pues, dado el estado actual del conocimiento, de ningún modo puede uno entrar en tratos con él sin manchar irremediablemente su *conciencia intelectual* y degradarla ante sí y ante los demás. Esos dolores pudieran ser bastante penosos; pero sin dolores no puede llegarse a ser guía y educador de la humanidad; ¡y ay de quien lo intentare y no tuviere esa limpia conciencia!⁵

110⁶

La verdad en la religión. En el período de la Ilustración no se fue justo con la importancia de la religión, no cabe duda; pero también es cierto que en la subsiguiente reacción a la Ilustración se rebasó a su vez ampliamente la justicia, pues se trató a las religiones con amor, incluso con enamoramiento, y se les otorgó, por ejemplo, una comprensión más profunda, y aun la más profunda, del mundo; a la cual la ciencia tenía que despojar del manto dogmático para entonces poseer la «verdad» de forma no mítica. Las religiones deben por consiguiente —esta era la afirmación de todos los adversarios de la Ilustración— expresar *sensu allegorico*⁷, en

³ -El conocimiento es dolor; los que más saben / deben ser los que con mayor profundidad lloren la verdad fatal: / el Arbol de la Ciencia no es el de la Vida.» *Manfred* (1817), Acto I, esc. i, vv. 10-12. George Gordon Noel, VI barón, Lord Byron (1788-1824): poeta romántico inglés.

⁴ «Por qué atormentas con designios eternos / a un alma demasiado pequeña? / ¿Por qué no tenderse bajo el alto plátano / o bajo este pino?» *Odas*, II, 11, 11-14 (También citado por Schopenhauer en *Parerga...*, vol. I.)

⁵ Párrafo particularmente alusivo al *Parsifal* de Wagner y, según Peter Gast (cf. carta de Gast a J. Hoffmiller del 31 de agosto de 1894, en las *Süddeutsche Monatshefte*, noviembre de 1931), añadido por Nietzsche tras la lectura de una carta de H. von Wolzogen a Peter Gast, en la que rechazaba tres artículos («compuestos desde un punto de vista puramente estético») que éste quería enviar a las *Bayreuther Blätter*.

⁶ *Fp*: 19 [100].

⁷ -En sentido alegórico.

atención al entendimiento de la masa, esa prístina sabiduría que es la sabiduría en sí, en la medida en que toda verdadera ciencia de la era moderna ha llevado siempre a ella, en vez de apartar de ella; de modo que entre los más antiguos sabios de la humanidad y todos los que les siguieron reinaba la armonía y aun la igualdad de puntos de vista, y un progreso de los conocimientos —en el caso de que se quisiese hablar de ello— no se refería a la esencia, si no a la comunicación de la misma. Toda esa concepción de la religión y de la ciencia es de todo punto errónea; y ahora nadie osaría profesarla todavía si no la hubiese tomado bajo su protección la elocuencia de Schopenhauer: esa elocuencia altisonante y que sin embargo no llega a sus oyentes más que al cabo de una generación. Si bien de la interpretación religioso-moral de los hombres y del mundo dada por Schopenhauer puede obtenerse mucho para la comprensión del cristianismo y de otras religiones, también es cierto que se equivocó en cuanto al *valor de la religión para el conocimiento*. El mismo no fue en esto más que un discípulo demasiado obsecuente de los maestros científicos de su tiempo, que sin excepción rendían homenaje al romanticismo y abjuraban del espíritu de la Ilustración; si hubiese nacido en nuestra época actual, le habría sido imposible hablar del *sensus allegoricus* de la religión⁸; más bien habría honrado, como solía, a la verdad con estas palabras: *nunca religión alguna, ni mediata ni inmediatamente, ni como dogma ni como parábola, ha contenido verdad alguna*. Pues todas han nacido del miedo y de la necesidad, se han deslizado en la existencia por caminos erróneos de la razón; quizá alguna vez, puesta en situación de peligro por la ciencia, haya introducido subrepticamente en su sistema alguna doctrina filosófica para que luego se la encontrase en ella; pero es una artimaña de teólogos, de la época en que una religión duda ya de sí misma. Estas artimañas de la teología, que por supuesto se practicaron ya muy pronto en el cristianismo en cuanto religión de una era instruida, impregnada de filosofía, han conducido a esa superstición del *sensus allegoricus*, pero más aún el hábito de los filósofos (especialmente los híbridos, los filósofos poéticos y los artistas filosofantes) de tratar en general todos los sentimientos que hallaban en sí como esencia fundamental del hombre, y de atribuir por ende también a sus propios sentimientos religiosos un influjo significativo sobre la armazón de pensamiento de sus sistemas. Como los filósofos muchas veces filosofaban sometidos a la tradición de hábitos religiosos, o al menos bajo el poder de antiguo heredado de aquella «necesidad metafísica»⁹, llegaban a opiniones doctrinales que de hecho se parecían mucho a las opiniones religiosas judías, cristianas o hindúes; es decir, se parecían como los hijos suelen parecerse a las madres, sólo que en este caso los padres no explicaban, al ver esa maternidad, cómo era ello posible, sino que, en la inocencia de su asombro, fabulaban sobre el parecido de familia entre toda religión y toda ciencia. En realidad, entre la religión y la auténtica ciencia no hay ni parentesco, ni amistad, ni siquiera enemistad: viven en planetas diferentes. Toda filosofía en la oscuridad de cuyos enfoques últimos brille una estela de cometa religiosa hace en sí sospechoso todo lo que presenta como ciencia: presumiblemente todo esto es asimismo religión, aunque bajo la máscara de la ciencia. Por lo demás, si todos los pueblos estuviesen de acuerdo sobre ciertas cuestiones religiosas, por ejemplo, la existencia de un Dios (lo que, dicho sea de paso, no es el caso por lo que a este punto se refiere), esto sería más precisamente un *contraargumento* contra esas cosas afirmadas,

⁸ Cf. Schopenhauer, *Parerga...*, II, «Sobre la religión».

⁹ Vid. supra Parte I, par. 26, nota 44.

por ejemplo, la existencia de un dios: el *consensus gentium* y en general *hominum*¹⁰ no puede justamente garantizar más que una chifladura. En absoluto hay por contra un *consensus omnium sapientium*¹¹ respecto a una sola cuestión, con esa excepción de que habla el verso de Goethe:

*Todos los más sabios de todos los tiempos
sonrien y hacen guiños y están de acuerdo:
¡Es locura esperar la mejoría de los locos!
¡Hijos de la prudencia, tened a los tontos
justamente por tontos, como debe ser!*¹².

Dicho sin verso ni rima y aplicado a nuestro caso: el *consensus sapientium* consiste en que el *consensus gentium* garantiza una chifladura.

111

Origen del culto religioso. Si nos remontamos a los tiempos en que la vida religiosa florecía con mayor fuerza, hallamos una convicción fundamental de la que ahora ya no participamos y debido a la cual nos vemos cerradas de una vez para siempre las puertas de la vida religiosa: se refiere a la naturaleza y al trato con ella. En esos tiempos nada se sabe todavía de leyes naturales; ni para la tierra ni para el cielo hay una necesidad; una estación del año, la salida del sol, la lluvia pueden darse o no. Falta en general todo concepto de *causalidad* natural. Cuando se rema no es el remar lo que mueve la nave, sino que remar no es más que una ceremonia mágica por la que se obliga a un demonio a mover la nave. Todas las enfermedades, la muerte misma, son resultado de influencias mágicas. A la enfermedad y la muerte nunca se llega naturalmente; falta por completo la idea de «proceso natural»; ésta no despunta sino entre los antiguos griegos, es decir, en una fase muy tardía de la humanidad, en la concepción de la *Moirá*¹³ entronizada por encima de los dioses. Cuando alguien tira con arco, hay siempre en ello una mano y una fuerza irracionales; si las fuentes se secan de pronto, piénsase ante todo en demonios subterráneos y sus perfidias; cuando un hombre se desploma, debe de ser efecto invisible de la flecha de un dios. En la India (según Lubbock)¹⁴ un carpintero suele ofrecer sacrificios a su martillo, a su hacha y a las restantes herramientas; del mismo modo tratan un brahmán el estilo con que escribe, un soldado las armas que emplea en campaña, un albañil su trulla, un labriego su arado. Los hombres religiosos se representan toda la naturaleza como una suma de actos de seres conscientes y dotados de voluntad, un inmenso complejo de *arbitrariedades*. Respecto a todo lo que está fuera de nosotros no se permite la inferencia de que tal cosa *será* así y así, *debe* advenir

¹⁰ «Consenso de los pueblos y de los hombres».

¹¹ «Consenso de todos los sabios.»

¹² *Canción copia (Kopftisches Lied)*, en Goethe, *Sämtliche Werke in vierzig Bänden* (Stuttgart-Augsburg, 1855-1858, Cotta), vol. I, pág. 103, *BN*. Muy poco parecido guarda sin embargo este texto con el poema que bajo ese título aparece en vol. I, pág. 829 de la ed. cast. de las *Obras completas* de Goethe (trad. Rafael Cansinos-Asséns, Aguilar 1974).

¹³ «El destino».

¹⁴ Cf. John Lubbock, *Die Entstehung der Civilisation und der Urzustand des Menschengeschlechtes, erläutert durch das innere und äussere Leben der Wilden*, trad. al. de A. Passow, con prólogo introductorio de R. Virchow, Jena 1875, pág. 239, *BN* (adquirido el 28 de julio de 1875). Sir John Lubbock, 1 barón de Avebury (1834-1913): político, naturalista y prehistoriador inglés.

así y así; lo más o menos seguro, calculable, somos nosotros: el hombre es la *regla*, la naturaleza la *ausencia de regla*; esta tesis entraña la convicción fundamental dominante en toscas culturas primitivas, religiosamente creativas. Nosotros los hombres actuales no sentimos ni más ni menos que completamente al revés; cuanto más rico se siente ahora interiormente el hombre, cuanto más polifónico es su sujeto, más poderosamente le impresiona la proporción de la naturaleza; todos nosotros reconocemos con Goethe en la naturaleza el gran medio de aplacamiento de las almas modernas¹⁵, oímos la oscitación pendular del más grande de los relojes con un anhelo de sosiego, de recogimiento y de apaciguamiento, como si pudiésemos embebernos de esa proporción y sólo así llegar al goce de nosotros mismos. Antaño era a la inversa: si recordamos los estados toscos y primitivos de los pueblos u observamos a los salvajes actuales, los hallamos determinados de la manera más intensa por la *ley*, por la *tradición*: el individuo está ligado a ésta casi automáticamente y se mueve con la uniformidad de un péndulo. La naturaleza —la inconcebible, terrible, misteriosa naturaleza— debe de aparecérsese como el *reino de la libertad*, del arbitrio, del poder superior, aun, por así decir, como un grado suprahumano de la existencia, como Dios. Pero, ahora bien, cada uno de los individuos de tales épocas y circunstancias siente que su existencia, su felicidad, la de su familia, la del Estado, el éxito de todas las empresas dependen de esas arbitrariedades de la naturaleza: algunos fenómenos naturales deben producirse en tiempo oportuno, otros cesar en tiempo oportuno. ¿Cómo se puede ejercer un influjo sobre estas espantosas incógnitas, cómo se puede llegar al reino de la libertad?, se pregunta, indaga angustiado; ¿no hay, pues, ningún medio para, mediante una tradición y una ley, hacer esas potencias tan regulares como regular eres tú mismo? La reflexión de los hombres que creen en la magia y en los milagros llega a *imponerle una ley a la naturaleza*; y, dicho brevemente: el culto religioso es el resultado de esta reflexión. El problema que esos hombres se plantean está de lo más estrechamente emparentado con este otro: ¿cómo puede la estirpe *más débil* dictar sin embargo leyes a la *más fuerte*, determinarla, guiar sus actos (respecto a la más débil)? Se recordará primeramente la forma más inocua de coacción, aquella coacción que se ejerce cuando se ha ganado la *simpatía* de alguien. Mediante súplicas y ruegos, mediante la sumisión, mediante la obligación a donaciones y obsequios regulares, mediante celebraciones halagadoras, es por consiguiente también posible ejercer una coacción sobre las potencias de la naturaleza, en la medida en que se conquista su simpatía: el amor ata y es atado. Pueden entonces concluirse *pactos*, en los cuales las partes se obligan recíprocamente a determinada conducta, se intercambian prendas y se cruzan juramentos. Pero mucho más importante es una clase de coacción más violenta: mediante la magia y el encantamiento. Así como con ayuda del hechicero el hombre puede hacerle daño a un enemigo más fuerte y mantenerle temeroso de él, así como el hechizo amoroso obra a distancia, así cree el hombre más débil poder también determinar a espíritus más poderosos de la naturaleza. El principal medio de todo encantamiento es apoderarse de algo perteneciente a otro, cabellos, uñas, algo de comida de su mesa, e incluso su efigie, su nombre. Con tal aparato se puede hechizar; pues el presupuesto fundamental reza: a todo lo espiritual le es propio algo corporal; con la ayuda de esto último se puede atar, perjudicar, destruir el

¹⁵ Vid., por ejemplo, su poema «Adler und Taube» («El águila y la paloma»): «Allgegenwärtiger Balsam / Allheilender Natur» («omnipresente bálsamo / de la naturaleza que todo lo cura») (ed. cast., cit., pág. 1004).

espíritu; lo corpóreo ofrece el asidero con que puede atraparse lo espiritual. Así como el hombre determina al hombre, así determina también a cualquier espíritu natural; pues también éste tiene su elemento corpóreo por el que se le puede atrapar. El árbol y, comparado con él, la semilla de la que ha brotado: esta enigmática yuxtaposición parece demostrar que en ambas formas se ha incorporado uno y el mismo espíritu, ora pequeño, ora grande. Una piedra que de repente echa a rodar es el cuerpo en que opera un espíritu; en una pradera solitaria hay una roca, parece imposible pensar que una fuerza humana la haya traído hasta aquí, de modo por tanto que la piedra debe de haberse movido a sí misma, es decir: debe de albergar un espíritu. Todo lo que tiene un cuerpo es susceptible de encantamiento, por ende también los espíritus de la naturaleza. Si un dios está directamente ligado a una imagen, puede también ejercerse contra él una coacción por entero directa (mediante la negación del alimento del sacrificio, flagelándola, encadenándola y cosas por el estilo). En China, el pueblo bajo, para arrancarle a su dios el favor que precisa, cubre de cuerdas su imagen, la derriba, la arrastra por las calles atravesando lodazales y estercoleros; «tú, perro espíritu», dicen, «te hemos dejado vivir en un fastuoso templo, te hemos dorado bonitamente, te hemos alimentado bien, te hemos ofrecido sacrificios y, sin embargo, así de desagradecido eres». Similares medidas violentas se han tomado aun durante este siglo en países católicos contra imágenes de santos y de la Virgen cuando no han cumplido con su obligación en caso de pestes y sequías. Todas estas relaciones mágicas con la naturaleza han dado lugar a innumerables ceremonias; y, por último, cuando el embrollo de las mismas se ha hecho demasiado grande, se hacen esfuerzos por ordenarlas, por sistematizarlas, de modo que se cree garantizar la marcha propicia de todo el curso de la naturaleza, especialmente del gran ciclo anual, mediante una marcha correspondiente de un sistema de procedimientos. El sentido del culto religioso es determinar y comprometer a la naturaleza en beneficio del hombre, por tanto *imprimirle una legalidad que de antemano no tiene*; mientras que en la época actual lo que se quiere *conocer*, para atenerse a ella, es la legalidad de la naturaleza. Dicho brevemente: el culto religioso se basa en las ideas de encantamiento entre hombre y hombre; y el hechicero es más antiguo que el sacerdote. Pero *igualmente* se basa en otras y más nobles ideas: presupone la relación de simpatía de hombre a hombre, la existencia de la benevolencia, de la gratitud, de la audiencia a los suplicantes, de los pactos entre enemigos, del préstamo de garantías, del derecho a la protección de la propiedad. Ni siquiera en niveles de cultura muy bajos se enfrenta el hombre a la naturaleza como esclavo impotente, *no* es necesariamente el siervo sin voluntad de la misma: en la fase griega de la religión, particularmente en la relación con los dioses olímpicos, ha incluso de pensarse en una convivencia de dos castas, una más aristocrática, más poderosa, y una menos aristocrática; pero por su origen se copertenece de algún modo y son de una misma índole, no tienen por qué avergonzarse una de otra. Esto es lo aristocrático de la religiosidad griega ¹⁶.

¹⁶ Este aforismo enlaza con el seminario del invierno de 1875-1876, consagrado por Nietzsche a la liturgia y al culto griegos.

112

A propósito de ciertos enseres de sacrificio antiguos. Cuántos sentimientos se nos han perdido puede verse, por ejemplo, en la unión de lo picaresco, incluso de lo obsceno, con el sentimiento religioso: desaparece el sentimiento de la posibilidad de esta mezcla, ya no concebimos más que históricamente que ésta haya existido, en las fiestas de Deméter y de Dioniso, en los juegos de Pascua y en los misterios cristianos; pero también nosotros conocemos todavía lo sublime en alianza con lo burlesco y cosas análogas, lo conmovedor amalgamado con lo ridículo, lo cual quizá una época posterior tampoco comprenderá ya.

113

El cristianismo como antigualla. Cuando un domingo por la mañana oímos repicar las viejas campanas, nos preguntamos: ¿será posible? Esto se hace por un judío crucificado hace dos mil años, que dijo ser hijo de Dios¹⁷. Falta la prueba de semejante afirmación. No cabe duda de que en nuestros tiempos la religión es una antigualla subsistente desde época muy remota, y el hecho de que se crea esa afirmación —mientras tan estricto se es en el examen de las aserciones— es tal vez la parte más antigua de esta herencia. Un dios que engendra hijos con una mujer mortal; un sabio que incita a no trabajar más, a no juzgar más, sino a atender a los signos del inminente fin del mundo; una justicia que acepta al inocente como víctima propiciatoria; alguien que ordena a sus discípulos beber su sangre; oraciones por intercesiones milagrosas; pecados cometidos contra un Dios, expiados por un Dios; temor de un más allá cuya puerta es la muerte; la figura de la cruz como símbolo en una época que ya no conoce la condena y la vergüenza de la cruz; ¡qué hálito estremecedor nos lanza todo esto, como procedente del sepulcro de un remotísimo pasado! ¿Cómo creer que algo así sea todavía creído?

114

Lo no griego en el cristianismo. Los griegos no creían por encima de sí a los dioses homéricos como señores ni a sí por debajo como siervos, tal como hacían los judíos. Por así decir, no veían más que la imagen especular de los ejemplares más logrados de su propia casta, por tanto un ideal, no una antítesis de la propia esencia. Se sienten parientes entre sí, existe un interés recíproco, una especie de *simmaquia*¹⁸. El hombre piensa de sí aristocráticamente cuando se da tales dioses y se sitúa en una relación análoga a la que se da entre la baja y la alta nobleza; mientras que los pueblos itálicos¹⁹ tienen una auténtica religión de campesinos, con constante angustia ante poderes y espíritus atormentadores malignos y caprichosos. Allí donde los dioses olímpicos retrocedían, allí era la vida griega más sombría y angus-

¹⁷ Cuando un domingo *Ip*: Las campanas de las iglesias por la mañana en los Alpes de Berna, en honor de un judío crucificado que dijo ser hijo de Dios.

¹⁸ «Alianza».

¹⁹ Los pueblos itálicos *Md*: «los romanos».

tiosa. El cristianismo por el contrario aplastaba y quebraba al hombre por completo y lo sumía como en profundo fango: dejaba luego que de pronto el resplandor de una misericordia divina iluminase el sentimiento de plana reprobación, de modo que el sorprendido, aturdido por la gracia, profería un grito de arrobamiento y por un momento creía llevar en sí el cielo entero. A este enfermizo exceso del sentimiento, a la profunda corrupción de mente y de corazón necesaria para ello, impulsan todas las invenciones²⁰ psicológicas del cristianismo; quiere éste aniquilar, quebrar, aturdir, embriagar; lo único que no quiere es la *mesura*, y por eso es, en el sentido más profundo, bárbaro, asiático, no aristocrático, no griego.

115

Ser religioso con provecho. Hay personas frugales y buenos comerciantes que llevan prendida la religión como una orla de humanidad superior: hacen éstos muy bien en ser religiosos, les embellece. Todos los hombres no entendidos en el manejo de algún arma –la lengua y la pluma se cuentan como armas– se vuelven serviles: para ellos es muy útil la religión cristiana, pues el servilismo adopta en ellos la apariencia de una virtud cristiana y resulta asombrosamente embellecido. Las personas a las que su vida cotidiana se les antoja demasiado vacía y monótona se vuelven fácilmente religiosas: esto es comprensible y perdonable; sólo que no tienen derecho a exigir religiosidad de aquellos para los que la vida cotidiana no transcurre ni vacía ni monótona.

116

El cristiano corriente. Si el cristianismo estuviese en lo cierto con sus tesis del Dios vengador, de la pecaminosidad universal, de la predestinación y del peligro de una condena eterna, sería un signo de imbecilidad y de falta de carácter no hacerse sacerdote, apóstol o anacoreta, y trabajar con temor y sobrecogimiento únicamente por la propia salvación; sería absurdo perder así de vista el provecho eterno por la comodidad temporal. Presupuesto que en general se *crea*, el cristiano corriente es una figura deplorable, un hombre que no sabe realmente contar hasta tres y que por lo demás, debido precisamente a su incompetencia espiritual²¹, no merecería ser tan duramente castigado como el cristianismo le promete.

117

De la sagacidad del cristianismo. Es una artimaña del cristianismo pregonar tan alto la total indignidad, pecaminosidad y despreciabilidad del hombre en general, que con ello ya no es posible el desprecio del prójimo²². «Peque cuanto

²⁰ *Erfindungen*. En algunas ediciones, *Empfindungen* (sentimientos).

²¹ *geistige Unzurechnungsfähigkeit*. Otras traducciones que se han dado: «imbecilidad espiritual», «irresponsabilidad», «incapacidad mental de calcular», «debilidad intelectual», «irresponsabilidad de sus acciones».

²² Es una artimaña! En *Fp* este aforismo comenzaba así: «Nada hace que el hombre sienta la carga de la vida tan pesada como el desprecio, y es ciertamente más sensible aún al desprecio de los demás que al suyo propio.» Vid. *HDH*, 549.

quiera, sin embargo no se diferencia esencialmente de mí: yo soy el indigno y despreciable en grado sumo», se dice el cristiano. Pero también este sentimiento ha perdido su aguijón más afilado, pues el cristiano no cree en su despreciabilidad individual: es malo como hombre en general, y se tranquiliza un poco con el axioma: todos somos de la misma especie.

118²³

Cambio de personas. Tan pronto como una religión se hace dominante, tiene por adversarios a todos los que habrían sido sus primeros adeptos.

119²⁴

Destino del cristianismo. El cristianismo nació para aliviar el corazón; pero ahora debiera primero apesadumbrar el corazón para luego poderlo aliviar. Consiguientemente, se extinguirá.

120

La prueba del placer. La opinión grata se acepta como verdadera: esta es la prueba del placer (o, como dice la Iglesia, la prueba de la fuerza), de la que todas las religiones están tan orgullosas, cuando debieran avergonzarse. Si la fe no hiciese feliz, no sería creída: ¡qué poco valdrá entonces!

121

Juego peligroso. Quien ahora albergue en sí de nuevo el sentimiento religioso debe también dejarlo crecer, no hay otro remedio. Su ser va entonces modificándose paulatinamente, se prefiere lo dependiente, adyacente del elemento religioso, todo el perímetro del juicio y del sentimiento se nubla, se cubre de sombras religiosas. El sentimiento no puede estar quieto; téngase, pues, cuidado.

122

Los discípulos ciegos. Mientras uno conozca muy bien la fuerza y la endeblez de su doctrina, de su género artístico, de su religión, su fuerza es aún pequeña. El discípulo y apóstol que no tiene ojos para la endeblez de la doctrina, de la religión, etc., cegado por la consideración hacia su maestro y por su piedad hacia él, tiene habitualmente por ello más poder que el maestro. Nunca ha llegado a ser grande la influencia de un hombre y de su obra sin los discípulos ciegos. Contribuir a la victoria de un conocimiento no significa con frecuencia más que hermanarlo de tal modo con la estupidez, que la pesantez de ésta impone también la victoria de aquél.

²³ *Fp.*: «Las religiones no deberían llegar nunca a ser dominantes, sino quedarse por siempre en su período de génesis.»

²⁴ *Fp.*: 19 [56].

123²⁵

Demolición de las iglesias. No hay en el mundo suficiente religión para siquiera acabar con las religiones.

124

Ausencia de pecado en el hombre. Si se ha comprendido «cómo ha venido el pecado al mundo», a saber, debido a errores de la razón en virtud de los cuales los hombres se toman unos a otros, incluso el hombre singular a sí mismo, por mucho más perversos y malvados de lo que de hecho es el caso, de tal modo resulta todo el sentimiento muy aliviado y hombres y mundo aparecen a veces con una aureola de inocencia, que uno se siente con ello radicalmente bien. En medio de la naturaleza el hombre es siempre el niño en sí. Sin duda, este niño tiene alguna vez una pesadilla angustiosa, pero cuando abre los ojos siempre se ve de nuevo en el paraíso.

125

Irreligiosidad de los artistas. Homero se siente entre sus dioses tan a gusto y como poeta se huelga tanto en ellos, que es de todo punto necesario que haya sido profundamente irreligioso; lo que la creencia popular le ofrecía —una superstición pobre, grosera y en parte espantosa— lo trataba tan libremente como el escultor su arcilla, es decir, con el mismo desempacho de que hacían gala Esquilo y Aristófanes²⁶ y por el que en tiempos más recientes se distinguieron los grandes artistas del Renacimiento, así como Shakespeare y Goethe.

126

Arte y fuerza de la falsa interpretación. Todas las visiones, terrores, desfallecimientos, transportes del santo son conocidos estados morbosos, sólo que él, debido a inveterados errores religiosos y psicológicos, los *interpreta* de modo enteramente distinto, a saber, no como enfermedades. Así, también el demonio de Sócrates²⁷ tal vez sea una afección auditiva que él, conforme a la dominante tendencia moral de su pensamiento, sólo se *explica* de manera diferente a como se haría hoy en día. No otra cosa sucede con la enajenación y el delirio de los profetas y de los sacerdotes de los oráculos; siempre es el grado de saber, de fantasía, de empeño, de moralidad en la mente y en el corazón de los *intérpretes* el que de esto ha *hecho* tanto. Entre los mayores efectos de los hombres a los que se llama genios y santos se halla el de que fuerzan intérpretes que los *entienden mal* para la salvación de la humanidad.

²⁵ *Fp*: 19 [63].

²⁶ Esquilo (ca. 525-456 a. C.): poeta trágico griego; Aristófanes (450-386 a. C.): autor cómico griego.

²⁷ La divina voz admonitoria que Sócrates afirmaba oír en su interior. Para una valoración anterior —y diferente—, vid. *El nacimiento de la tragedia*, par. 13 (ed. cast: trad. Andrés Sánchez Pascual, Alianza 1977², págs. 115-118).

127

Veneración de la demencia. Al advertirse que a menudo una emoción volvía más clara la mente y evocaba afortunadas ocurrencias, se creyó que mediante las emociones más intensas se participaba de las ocurrencias e inspiraciones más afortunadas; y así se veneraba a los dementes como a los sabios y adivinos. A la base de esto hay un razonamiento falso.

128

Promesas de la ciencia. La ciencia moderna tiene como meta el menor dolor posible, vivir tanto como sea posible; por tanto, una especie de felicidad eterna, ciertamente muy modesta en comparación con las promesas de las religiones.

129

Generosidad prohibida. No hay en el mundo amor y bondad suficientes como para que quepa ir prodigándoselas a seres imaginarios.

130

Pervivencia del culto religioso en el ánimo. La Iglesia católica, y antes que ella todo culto antiguo, dominaba toda la gama de medios por los que el hombre es transportado a disposiciones insólitas y arrancado al frío cálculo de la ventaja o al puro pensamiento racional. Una iglesia estremecida por sonos profundos, invocaciones sordas, regulares, contenidas, de una cohorte de sacerdotes que involuntariamente transmite su tensión a la comunidad y la hace escuchar casi angustiada, como si se preparase un milagro, el soplo de la arquitectura que como morada de una deidad se extiende a lo indeterminado y en todos los espacios sombríos hace temer el despertar de la misma: ¿quién querría retrotraer al hombre a semejantes fenómenos, si ya no se cree en los presupuestos de los mismos? Pero los resultados de todo ello, sin embargo, no se han perdido: el mundo interno de las disposiciones sublimes, conmovidas, llenas de presentimientos, profundamente contritas, dichosamente esperanzadas, se lo ha hecho ingénito al hombre primordialmente el culto; lo que de ello existe ahora en el alma fue cultivado en grande cuando aquél germinaba, crecía y florecía.

131²⁸

Secuelas religiosas. Por muy deshabitado de la religión que uno se crea, no lo está sin embargo hasta el grado de no complacerse con sentimientos y cadencias religiosos, sin contenido conceptual, por ejemplo, en la música; y cuando una filosofía nos expone la justificación de esperanzas metafísicas, de la profun-

²⁸ Cf. 21 [55].

da paz del alma alcanzable por ese lado, y habla, por ejemplo, de «todo el seguro Evangelio en la mirada de las Madonnas de Rafael»²⁹, acogemos tales aseveraciones y explicaciones con disposición particularmente cordial: el filósofo tiene aquí más fácil la demostración; con lo que quiere dar corresponde a un corazón que quiere tomar de buen grado. Se echa de ver en esto cómo los librepensadores menos circunspectos sólo repudian propiamente hablando los dogmas, pues conocen muy bien el encanto del sentimiento religioso; les duele perder éste a causa de aquéllos. La filosofía científica debe estar muy avizor para no introducir, en base a esa necesidad —una necesidad devenida y consecuentemente también pasajera— errores de contrabando: incluso los lógicos³⁰ hablan de «barruntos» de la verdad en moral y en arte (por ejemplo, del barrunto de «que la esencia de las cosas es una»); lo cual debiera sin embargo estarles prohibido. Entre las verdades cuidadosamente desentrañadas y tales cosas «barruntadas» media el abismo infranqueable de que aquéllas son debidas al intelecto, éstas a la necesidad. El hambre no prueba que *haya* un alimento para saciarla, pero se desea el alimento. «Barruntar» no significa conocer en cualquier grado que sea la existencia de una cosa, sino tenerla por posible en cuanto se la desea o teme; el «barrunto» no supone ningún progreso hacia el terreno de la certeza. Créese involuntariamente que las partes de una filosofía religiosamente coloreadas están mejor probadas que las demás; pero en el fondo es al revés, sólo se tiene el íntimo deseo de que *pueda* ser así, por tanto de que lo que hace feliz sea también lo verdadero. Este deseo nos induce a tomar por buenos fundamentos malos.

132³¹

De la necesidad cristiana de redención. Un examen atento debe hacer posible hallar para el fenómeno en el alma de un cristiano que se llama necesidad de redención una explicación exenta de mitología; por tanto, puramente psicológica. Hasta ahora ciertamente las explicaciones psicológicas de estados y fenómenos religiosos no han merecido mucho crédito en la medida en que una teología que se llamaba libre llevaba en este dominio una existencia estéril, pues había en ella de antemano, como puede presumirse a partir del espíritu de su fundador, Schleiermacher³², un interés en la conservación de la religión cristiana y en la perpetuación de los teólogos cristianos³³; los cuales debían hallar en el análisis psicológico de los «hechos» religiosos un nuevo ancladero y, ante todo, una nueva ocupación. Sin dejarnos extraviar por tales antecedentes, arriesgamos la siguiente explicación del mencionado fenómeno. El hombre es consciente de ciertas acciones que ocupan el nivel inferior en la jerarquía usual de las acciones; es más, descubre en sí una propensión a semejantes acciones que le parece tan

²⁹ Cf. Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, Parte I, l. iv (ed. cast., cit., págs. 314-5), y *Parerga y paralipomena*, I, 478.

³⁰ los lógicos] Cf. «lógicos como Spi»: loc. cit., I, pág. 312, nota. Vid. Parte I, nota 30.

³¹ Cf. 23 [114].

³² Friedrich Schleiermacher (1768-1830): filósofo y teólogo protestante alemán romántico.

³³ de los teólogos cristianos] En algunas ediciones: «de la teología cristiana».

inmutable como todo su ser. ¡Cómo le gustaría intentar ese otro género de acciones que se reconocen en la estimación general como las más eminentes y supremas! ¡Cómo le gustaría sentirse lleno de la buena consciencia que debe seguirse de un modo de pensar desinteresado! Pero desgraciadamente se queda en este deseo: el descontento por no poder satisfacerlo se agrega a todas las restantes clases de descontento que en él han suscitado la suerte de su vida en general o las consecuencias de esas acciones llamadas malas; de modo que se origina un profundo malestar que hace buscar un médico capaz de acabar con él y todas sus causas. Este estado no se sentiría tan amargamente sólo con que el hombre se comparase imparcialmente con otros hombres: pues entonces no tendría motivo para estar particularmente descontento de sí, no haría sino llevar su parte de la carga general de insatisfacción e imperfección humanas. Pero se compara con el único ser capaz de esas acciones llamadas altruistas y que vive en la constante consciencia de un modo de pensar desinteresado: con Dios; por mirarse en este claro espejo le parece su ser tan deslucido, tan insólitamente distorsionado. Además, le angustia pensar en el mismo ser, en cuanto que éste flota ante su fantasía como justicia punitiva: en todas las posibles vivencias, grandes o pequeñas, cree reconocer su cólera, su amenaza, incluso sentir por anticipado los latigazos de sus jueces y verdugos. ¿Quién le socorre en este peligro, que por la perspectiva de una duración incommensurable rebasa en atrocidad a todos los demás horrores que quepa imaginar?

133

Antes de abordar este estado en sus consecuencias ulteriores, admitamos sin embargo que el hombre no ha caído en este estado por su «culpa» y «pecado», sino por una serie de errores de la razón, que era defecto del espejo si su ser se le aparecía hasta ese grado sombrío y odioso, y que ese espejo era obra *suya*, la obra muy imperfecta de la fantasía y del juicio humanos. En primer lugar, un ser que únicamente fuese capaz de acciones puramente altruistas sería todavía más fabuloso que el Ave Fénix; ni siquiera puede ser imaginado claramente por el hecho mismo de que todo el concepto de «acción altruista», sometido a un examen minucioso, se desvanece en el aire. Nunca ha hecho hombre alguno nada únicamente en pro de los demás o sin algún móvil personal; más aún, ¿cómo *podría* hacer algo sin relación a él, es decir, sin motivación interna (la cual debería, sin embargo, tener su fundamento en una necesidad personal)? ¿Cómo podría el *ego* obrar sin *ego*? Un dios que es por el contrario *todo* amor, tal como a veces se supone, no sería capaz ni de una sola acción altruista; a este respecto debería recordarse un pensamiento de Lichtenberg, tomado ciertamente de una esfera inferior: «Es imposible que *sintamos* por otros, como suele decirse; sólo sentimos por nosotros. La frase suena dura, pero no lo es si se la entiende correctamente. No se ama ni al padre, ni a la madre, ni a la esposa, ni al hijo, sino los sentimientos agradables que nos procuran»³⁴, o, como dice la Rochefoucauld: «si

³⁴ Cf. *Vermischte Schriften*, Göttingen 1867, I, pág. 83, BN. Georg Christoph Lichtenberg (1742-1799): sabio y escritor alemán. Vid infra, parte V, nota 73.

on croit aimer sa maîtresse pour l'amour d'elle, on est bien trompé»³⁵. Respecto a por qué los actos de amor se *aprecian* más que los otros, a saber, no por su esencia, sino por su utilidad, compárese con las investigaciones más arriba citadas «sobre el origen de los sentimientos morales»³⁶. Pero si un hombre deseara ser, como ese dios, todo amor, quererlo y hacerlo todo por otros, nada por sí, esto es ya imposible por el hecho de que debe hacer *mucho* por sí para poder en general hacer algo por amor a otro. Además, esto presupone que el otro es lo bastante egoísta para aceptar una y otra vez ese sacrificio, 'ese vivir para él; de modo que los hombres de amor y abnegación tienen un interés en la persistencia de los egoístas carentes de amor e incapaces de abnegación, y la moralidad suprema, para poder subsistir, debería por así decir *forzar* la existencia de la inmoralidad (a través de la cual se superaría por cierto a sí misma). Además; la idea de un dios inquieta y humilla en tanto es creída, pero sobre cómo *nació* no puede haber ya ninguna duda en el estado actual de la etnología comparada; y con la comprensión de ese nacimiento se desmorona esa creencia. Al cristiano que compara su ser con Dios le pasa como a Don Quijote, el cual subestima su propia valentía porque tiene en mente las portentosas hazañas de los héroes de las novelas de caballería: el metro con que en ambos casos se mide pertenece al reino de la fábula. Pero si la idea de Dios falta, falta también el sentimiento del «pecado» como un delito contra preceptos divinos, como una mancha en una criatura consagrada a Dios. Entonces queda probablemente todavía esa desazón muy próxima y afín al temor a los castigos de la justicia mundana o al menosprecio de los hombres; la desazón del remordimiento de conciencia, el agujón más agudo en el sentimiento de culpa, queda para siempre despuntada cuando uno se percata de que con sus actos ha delinquido sin duda contra la tradición humana, los cánones y ordenamientos humanos, pero sin haber con ello puesto en peligro la «eterna salvación del alma» y su relación con la divinidad. Si el hombre consigue, por último, adquirir la convicción filosófica de la absoluta necesidad de todas las acciones y de su plena irresponsabilidad y asimilarla en su carne y su sangre, desaparece también ese resto de remordimiento de conciencia.

134³⁷

Ahora bien, si el cristiano, como se ha dicho, ha incurrido en el sentimiento de autodesprecio a causa de algunos errores, es decir, a causa de una interpretación falsa y anticientífica de sus acciones y sentimientos, debe advertir con extremado estupor cómo ese estado de desprecio, de remordimiento de conciencia, de displacer en suma, no perdura, cómo de vez en cuando llegan horas en que todo esto queda borrado del alma y él se siente nuevo, libre y animoso. En verdad ha triunfado el goce de sí mismo, el deleite en la propia fuerza, unido con el necesario debilitamiento de toda excitación profunda; el hombre se ama de nuevo, lo

³⁵ «Quien cree amar a una mujer por amor a ella, se equivoca de medio a medio» (ed. cast., cit., pág. 73).

³⁶ Vid. supra par. 37, nota 11.

³⁷ Cf. 22 [20].

siente; pero precisamente este amor, esta nueva autoestima le parecen increíbles, no puede ver en ellos más que el descenso desde lo alto del resplandor de una gracia totalmente inmerecida. Si antes en todos los acontecimientos creía percibir advertencias, amenazas, castigos y toda clase de señales de la cólera divina, ahora en sus experiencias todo lo *atribuye* a la bondad divina: este suceso se le antoja pleno de amor, ese otro como una indicación solícita de Dios, un tercero, y en especial toda su disposición gozosa, como prueba de la gracia divina. Así como antes, en el estado de desazón, interpretaba de modo falso especialmente sus acciones, así hace ahora especialmente con sus vivencias; la disposición confortada la concibe como efecto de un poder dominante fuera de él, el amor con que en el fondo se ama a sí mismo aparece como amor divino; lo que llama gracia y preludio de la redención es en verdad autoagraciamiento, autorredención.

135³⁸

Por consiguiente, una determinada psicología falsa, un cierto fantaseo en la interpretación de los motivos y vivencias, es el presupuesto necesario para que uno se haga cristiano y sienta la necesidad de la redención. Cuando uno se peca del extravío de la razón y la fantasía, deja de ser cristiano.

136

Del ascetismo y la santidad cristianos. Tantos pensadores individuales como se han esforzado por presentar los raros fenómenos de la moralidad que se suelen llamar ascetismo y santidad como una cosa milagrosa cuya explicación a la luz de la razón raya ya con la blasfemia y el sacrilegio, tanto más fuerte es a su vez la tentación de esta blasfemia. Un poderoso impulso de la *naturaleza* ha conducido en todos los tiempos a protestar en general contra esos fenómenos; la ciencia, en la medida en que, como antes se dijo, es una imitación de la naturaleza, se permite al menos elevar objeciones contra la pretendida inexplicabilidad y aun inaccesibilidad de los mismos. Es cierto que hasta ahora no lo ha conseguido: esos fenómenos siguen todavía inexplicados, para gran regocijo de los citados veneradores de lo milagroso-moral. Pues, hablando en general, lo inexplicado debe ser de todo punto inexplicable y lo inexplicable en absoluto natural, sino sobrenatural, milagroso; este es el postulado que resuena en las almas de todos los religiosos y metafísicos (también de los artistas, en el caso de que sean al mismo tiempo pensadores); mientras que el hombre científico ve en este postulado el «principio del mal». La primera verosimilitud general a que se llega mediante la consideración del ascetismo y de la santidad es la de que su naturaleza es *compleja*; pues casi en todas partes, en el seno del mundo físico tanto como en el moral, se ha reducido con fortuna lo presuntamente milagroso a lo complejo y múltiplemente condicionado. Arriesguémonos por tanto a aislar impulsos individuales del alma de los santos y de los ascetas y como conclusión a imaginárnoslos entrelazados.

³⁸ Cf. 22 [20].

137³⁹

Hay una *porfía contra uno mismo*⁴⁰ entre cuyas exteriorizaciones más sublimes se cuentan muchas formas de ascetismo. Ciertas personas tienen, en efecto, tan gran necesidad de ejercitar su poder y su ansia de dominio, que, a falta de otros objetos o por haber fracasado siempre, caen finalmente en la tiranización de ciertas partes de su propio ser, por así decir, secciones o grados de sí mismas. Por eso más de un pensador sostiene puntos de vista que a todas luces no sirven para aumentar o mejorar su reputación; más de uno concita expresamente sobre sí el desprecio de otros, mientras que le sería fácil seguir siendo, mediante el silencio, un hombre respetado; otros revocan opiniones anteriores y no temen ser llamados en lo sucesivo inconsecuentes: por el contrario, se esfuerzan en ello y se comportan como jinetes temerarios a los que como más les gusta el caballo es desbocado, cubierto de sudor, espantado. Así el hombre asciende por peligrosos caminos a las más altas cumbres para burlarse de su medrosidad y de sus rodillas temblorosas; por eso sostiene el filósofo enfoques de ascetismo, de humildad y de santidad, cuyo resplandor deslucen su propia imagen del modo más horrible. Este despedazarse a sí mismo, este escarnio de la propia naturaleza, este *sperneri se sperni*⁴¹ que tanto han exaltado las religiones, es propiamente hablando un grado muy elevado de vanidad. Toda la moral del Sermón de la Montaña cabe aquí: el hombre tiene una verdadera voluptuosidad en ultrajarse mediante exigencias excesivas y en deificar después este algo tiránicamente imperioso en su alma. En toda moral ascética adora el hombre una parte de sí como Dios y tiene para ello necesidad de diabolizar la parte restante.

138⁴²

El hombre no es a todas horas igualmente moral, esto es sabido: si se juzga su moralidad por la capacidad para la resolución y la abnegación altruistas (las cuales, persistentes y convertidas en hábito, son la santidad), es en el *afecto* donde es más moral; la mayor excitación le ofrece motivos enteramente nuevos de los cuales tal vez ni siquiera se sentía capaz sobrio y frío como de ordinario. ¿Cómo sucede esto? Probablemente por la vecindad entre todo lo grande y fuertemente excitante: una vez puesto en una tensión extraordinaria, el hombre puede decirse por una venganza terrible tanto como por una terrible represión de su necesidad de venganza. Bajo el influjo de la emoción violenta, lo que a todo trance quiere es lo grande, violento, monstruoso, y si por azar advierte que el sacrificio de sí mismo le satisface tanto o más que el sacrificio de otro, elige aquél. Propiamente hablando, lo que por tanto le interesa es la descarga de su emoción; entonces, para aliviar su tensión, reúne los dardos de los enemigos y

³⁹ En *Cl* este aforismo llevaba título: «Para la explicación del ascetismo».

⁴⁰ En *Fp* se añade: «(Schopenhauer y ascesis)».

⁴¹ «Despreciar que a uno lo desprecien». Hildebert de Lavardin (1056-1133): arzobispo de Tours y autor de sermones, vidas de santos y poemas: *Carmina Miscellanea*, 124.

⁴² Título en *Cl*: «Grandeza moral que se desprende del afecto».

los sepulta en su pecho. Que en la abnegación y no sólo en la venganza hay algo grande debió inculcársele a la humanidad mediante una larga habituación; una deidad que se sacrifica a sí misma fue el símbolo más fuerte y más eficaz de esta clase de grandeza. Como la derrota del enemigo más difícil de vencer, como el sometimiento fulminante de un afecto: como esto *aparece* esta abnegación; y en tal medida pasa ésta por ser la cima de lo moral. Trátase en verdad del trueque de una representación por otra, mientras que el ánimo mantiene su misma altura, su misma pleamar. Hombres desembriagados, en descanso del afecto, ya no comprenden la moralidad de esos momentos, pero les sostiene la admiración de todos los que han vivido con ellos; el orgullo es su consuelo cuando se debilitan el afecto y la comprensión de lo que han hecho. Así que, en el fondo, tampoco esos actos de abnegación son normales por cuanto no se los ha realizado estrictamente por consideración a otros; más bien el otro no le da al ánimo sometido a alta tensión más que una ocasión para aliviarse mediante esa abnegación.

139

En más de un respecto trata también el asceta de facilitarse la vida, y habitualmente por cierto mediante tal subordinación absoluta a una voluntad extraña o a una ley y un ritual comprensivos, más o menos a la manera como el brahmán no deja absolutamente nada a su propia determinación y se determina en cada instante por un precepto sagrado. Esta subordinación es un poderoso medio para hacerse dueño de sí; uno está ocupado, vale decir sin fastidio, y ello sin excitación de la obstinación ni de la pasión; una vez consumado el acto, falta el sentimiento de responsabilidad y por tanto el tormento del arrepentimiento. Se ha renunciado de una vez por todas a la propia voluntad, y esto es más fácil que renunciar sólo alguna vez ocasionalmente; tal como también es más fácil abstenerse por entero de un apetito que moderarlo. Si pensamos en la posición actual del hombre frente al Estado, también ahí hallamos que la obediencia incondicional es más cómoda que la condicional. De manera que el santo se facilita la vida mediante esa plena abdicación de su personalidad, y se engaña quien admire en ese fenómeno la proeza suprema de la moralidad. Es en todo caso más difícil imponer sin vacilación ni vaguedad la personalidad de uno que desentenderse de ella del modo mencionado; además de que requiere mucho más espíritu y reflexión⁴³.

140⁴⁴

Tras haber hallado, en muchas de las acciones más difícilmente explicables, manifestaciones de ese *placer que produce la emoción en sí*, también por lo que al autodesprecio, el cual forma parte de los distintivos de la santi-

⁴³ De manera que] Variante en *Cf.* «Por tanto, en todos los casos en que la voluntad no es extraordinariamente fuerte y libre, es deseable su completa sumisión. De otro modo se tienen dudas, vaguedad, un semidesligamiento de la costumbre; semejante hombre no se ve acompañado por la dicha de la moralidad. Pero lo superior es la propia ley de uno.»

⁴⁴ *Fp.* 23 [113]. *Cf.* 23 [127].

dad, se refiere, y asimismo en los actos de automortificación (por el ayuno y las flagelaciones, dislocaciones de los miembros, simulación de la locura), podría yo reconocer un medio por el cual esas naturalezas luchan contra el agotamiento general de su voluntad de vivir (de sus nervios); se sirven de los estímulos y atrocidades más dolorosos para emerger, al menos de vez en cuando, de ese embotamiento y tedio en que su gran indolencia espiritual y esa subordinación descrita a una voluntad extraña tan a menudo les hace hundirse.

141⁴⁵

El medio más habitual que emplean el asceta y el santo para hacerse con todo soportable y amena la vida consiste en hacer ocasionalmente la guerra y en la alternancia de victoria y derrota. Precisan para ello de un adversario, y lo encuentran en el llamado «enemigo interior». Es decir, utilizan sobre todo su propensión a la vanidad, a la codicia de honores y de dominio, además de sus apetitos sensuales, para poder considerar su vida como una batalla sin tregua y a sí como un campo de batalla en el que espíritus buenos y malos combaten con éxito alterno. Sabido es que la regularidad del trato sexual modera, y aun casi suprime, la fantasía sensual; y, a la inversa, la continencia o el desorden de ese trato la desencadenan y desarreglan. La fantasía de muchos santos cristianos era extraordinariamente lasciva; gracias a esa teoría de que estos apetitos eran demonios efectivamente reales que hacían estragos en ellos, no se sentían excesivamente responsables de ellos; a este sentimiento debemos la franqueza tan instructiva de sus confesiones. Les interesaba que esta lucha se mantuviera siempre en cierto grado, pues con ello se mantenía, como queda dicho, su tediosa vida. Pero para que la lucha apareciera lo suficientemente importante para suscitar en los privados de la santidad una simpatía y una admiración duraderas, la sensualidad debía ser cada vez más execrada y estigmatizada⁴⁶, más aún, se ligaba tan estrechamente el peligro de condenación a estas cosas, que muy probablemente durante siglos enteros los cristianos engendraron hijos con mala conciencia; con ello se le ha infligido por cierto un gran perjuicio a la humanidad. Y, sin embargo, aquí la verdad está completamente patas arriba; lo cual es particularmente inconveniente para la verdad⁴⁷. El cristianismo había ciertamente dicho: todo hombre es engendrado y nace en pecado, y en el inaguantable cristianismo superlativo de Calderón este pensamiento aún se anudó

⁴⁵ Cf. 23 [148].

⁴⁶ Pero para que la lucha] Variante en *Cf.*: «En vez de estar agradecidos por el hecho de que ciertas funciones físicas exigidas por la santidad vayan acompañadas de placer, se las ha estigmatizado, se le ha dado a la palabra "placer" un sentido peyorativo.»

⁴⁷ En *Cf.* seguía aquí este texto tachado por Nietzsche: «Aquí la humanidad debe volver a la inocua concepción de los griegos, cuyo filósofo más taciturno, Empédocles, ve en Afrodita —dos personas que se gozan mutuamente— el mejor fenómeno, el más feliz y prometedor de esta tierra, sin ninguna muestra de ese semiconcupiscente horror monacal con que Schopenhauer considera estas cosas. Platón, es cierto, declara heréticos todos los sentidos, empezando por la vista y el oído; y en general hay también entre los griegos excepciones contrarias a la razón y a la naturaleza.» Cf. 21 [48].

y enlazó de modo que aventuró la paradoja más absurda que existe en el conocido verso:

*el delito mayor
del hombre es haber nacido*⁴⁸.

En todas las religiones pesimistas el acto de la procreación es sentido como malo en sí, pero de ningún modo es este un sentimiento compartido por todos los hombres; ni siquiera el juicio de todos los pesimistas es unánime en este punto. Empédocles, por ejemplo, no sabe en absoluto de nada vergonzoso, diabólico, pecaminoso en ninguna cosa erótica: ve más bien en el gran prado de la insanía una sola aparición saludable y esperanzadora: Afrodita; ésta le garantiza que la discordia no dominará eternamente, sino que un día le cederá el cetro a un demonio más clemente⁴⁹. Los pesimistas cristianos de la práctica tenían, como he dicho, interés en que prevaleciera otra opinión; para la soledad y el desierto espiritual de su vida precisaban de un enemigo siempre vivo, y de un enemigo universalmente reconocido por cuyo combate y derrota se presentasen siempre de nuevo ante el privado de santidad como seres medio incomprensibles, sobrenaturales. Cuando finalmente este enemigo, como consecuencia de su modo de vida y de su quebrantada salud, se daba a la fuga para siempre, sabían al punto *ver* su interior poblado de nuevos demonios. La oscilación arriba y abajo de los platillos de la balanza del orgullo y la humildad entretenía sus cavilosas cabezas tan bien como la alternancia de apetencia y sosiego anímico. En aquel tiempo la psicología servía no sólo para sospechar de todo lo humano, sino para ultrajarlo, para fustigarlo, para crucificarlo; se *quería* encontrar lo más malo y perverso posible, se buscaba la angustia por la salvación del alma, el desespero de la propia fuerza. Todo lo natural a que el hombre endosa la representación de lo malo, de lo pecaminoso (como todavía actualmente se suele hacer respecto a lo erótico), fastidia, ofusca la fantasía, produce una mirada esquiva, hace que el hombre riña consigo, y le vuelve inseguro y desconfiado; incluso sus sueños adquieren un regusto de conciencia atormentada. Y sin embargo, este sufrimiento por lo natural carece de todo fundamento en la realidad de las cosas: no es más que la consecuencia de opiniones *sobre* las cosas⁵⁰. Fácilmente se reconoce cómo los hombres devienen peores al calificar como malo lo inevitablemente natural y luego sentirlo siempre como de tal condición. La artimaña de la religión y de esos metafísicos que quieren al hombre por naturaleza malo y perverso consiste en *hacerle* sospechar de la naturaleza y así a él mismo peor: pues así aprende a sentirse como malo, ya que no puede quitarse el ropaje de la naturaleza. Poco a poco, con el transcurso de una larga vida en lo natural, va sintiéndose oprimido por una carga tal de pecados, que se hacen necesarios poderes sobrenaturales

⁴⁸ *La vida es sueño*, acto I (ed. cast. de A. Valbuena Briones, Aguilar 1987, vol. II, pág. 502). Citado también por Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, I, págs. 300, 419 (ed. cast., cit., págs. 202, 275). Pedro Calderón de la Barca (1600-1681): dramaturgo español.

⁴⁹ Cf. Empédocles (Diels-Kranz), frgs. 17, 1-8; 26, 1-7; 35, 1-6; 36; 66; 121, 4; 128, 1-3.

⁵⁰ Cf. Epicteto, *Manual*, V, citado también por Schopenhauer en *El mundo como voluntad y representación*, I, pág. 105 (ed. cast., cit., pág. 82), y *Parerga y paralipomena*, I, pág. 344. Epicteto (50-ca. 125): filósofo estoico, cuya obra citada fue profusamente utilizada por los moralistas cristianos, así como por los filósofos.

para poder alzar esta carga; y con esto entra en escena la ya comentada necesidad de redención, que no corresponde a una pecaminosidad real, sino solamente imaginada. Repásense una por una las propuestas morales de los documentos del cristianismo y en todas partes se encontrará que las exigencias son exageradas a fin de que el hombre no *pueda* satisfacerlas; la intención no es que devenga más moral, sino que se sienta *lo más pecador posible*. Si este sentimiento no le hubiese sido *agradable* al hombre, ¿para qué habría producido una tal representación y se habría aferrado a ella durante tanto tiempo? Así como en el mundo antiguo se empleó una inmensa fuerza de espíritu y de inventiva para aumentar la alegría de vivir mediante cultos festivos, así en los tiempos del cristianismo se ha sacrificado una cantidad de espíritu igualmente inmensa a otro empeño: el hombre debía sentirse pecador a todo trance y en general ser excitado, vivificado, animado por ello⁵¹. Excitar, vivificar, animar a toda costa, ¿no es ésta la consigna de una época exhausta, decrepita, sobrecultivada? Cien veces se había recorrido el círculo de todos los sentimientos naturales; el alma se había cansado de ellos: entonces inventaron el santo y el asceta un nuevo género de estímulo vital. Se ofrecieron a los ojos de todos, no propiamente hablando para ser imitados por muchos, sino como espectáculo espantoso y sin embargo fascinante, que se representaba en esos lindes entre el mundo y el ultramundo donde cada cual creía en aquellos tiempos percibir ora rayos de luz celestes, ora siniestras lenguas de fuego que brotaban de las profundidades. Los ojos del santo, dirigidos al significado en todos los sentidos pavoroso de la breve vida terrenal, a la proximidad de la decisión última sobre nuevos lapsos de vida infinitos, estos ojos abrasadores en un cuerpo aniquilado, hacían temblar a los hombres del mundo antiguo hasta lo más profundo; mirar, apartar la vista de espanto, rastrear de nuevo el encanto del espectáculo, ceder a él, saciarse de él hasta que el alma se embebiera de ardor y de escalofríos febriles: este fue el último *placer que la antigüedad inventó* tras haberse embrutecido en la contemplación de las luchas de fieras y hombres.

142

Para resumir lo dicho: ese estado del alma en que se complace el santo o el aspirante a tal se compone de elementos que todos nosotros conocemos muy bien, sólo que bajo el influjo de representaciones diferentes de las religiosas se muestran diferentemente coloreados y suelen entonces recibir la censura de los hombres tan fuertemente cuanto con esa orladura de religión y de significación última de la existencia pueden contar –al menos pudieron contar en tiempos pretéritos– con admiración y aún con adoración. El santo ora practica esa porfía contra sí mismo que es pariente cercano del ansia de dominio y aun al más soli-

⁵¹ Cf. añade aquí: «(El cristianismo es el producto de un período de decrepitud de la cultura: como tal, actuó sobre los jóvenes pueblos bárbaros como un veneno o una corrupción.) Mientras que el espíritu pagano quería un determinado género de emoción, el del gozo en todos los grados, el espíritu cristiano buscaba la emoción del dolor (de donde accesoría y ocasionalmente procedía el deseo de placeres desenfadados).»

tario le da la sensación de poder; ora su sentimiento exacerbado salta del afán de dar rienda suelta a sus pasiones al afán de hacerlas derrumbarse, como corceles salvajes, bajo la poderosa presión de un alma orgullosa; ora quiere que cesen por completo todos los sentimientos perturbadores, torturantes, excitantes, soñar despierto, un reposo duradero en el seno de una indolencia bruta, animalésca, vegetativa; ora busca la lucha y la prende en sí porque el fastidio le muestra su rostro hostezante; fustiga con autodesprecio y crueldad su autodivinización, se complace en el salvaje alboroto de sus apetitos, en el agudo dolor de los pecados, aun en la idea de la perdición, sabe tenderle un lazo a su afecto, por ejemplo al de la extremada ansia de dominio, de modo que pasa a la humillación extrema y su alma instigada es arrancada de todos los goznes por este contraste; y por último, cuando llega a ansiar visiones, conversaciones con muertos, con seres divinos, lo que en el fondo apetece es una especie rara de voluptuosidad, pero tal vez aquella voluptuosidad en que todas las demás están entrelazadas en un nudo. Novalis, por experiencia e instinto una de las autoridades en cuestiones de santidad, en una ocasión desvela con ingenua alegría todo el secreto: «Es bastante asombroso que la asociación de voluptuosidad, religión y crueldad no haya atraído desde ha mucho la atención de los hombres sobre su íntimo parentesco y tendencia común»⁵².

143

No lo que el santo es, sino lo que *significa* a los ojos de los privados de santidad, es lo que le da su valor en la historia universal. Porque se estaba equivocado respecto a él, porque se interpretaba falsamente sus estados anímicos y se lo separaba de uno tan fuertemente como era posible, como algo absolutamente incomparable y extrañamente sobrehumano: por eso adquirió la extraordinaria fuerza con que pudo dominar la fantasía de pueblos enteros, de épocas enteras. El mismo no se conocía; él mismo entendía los jeroglíficos de sus disposiciones, inclinaciones, acciones según un arte de la interpretación que era tan exagerado y artificioso como la interpretación neumática de la Biblia. Lo extravagante y morboso en su naturaleza, con su amalgama de pobreza espiritual, saber perverso, salud deteriorada, nervios exasperados, permanecía tan oculto a su mirada como a la de sus espectadores. No era un hombre particularmente bueno, menos aún un hombre particularmente sabio: pero *significaba* algo que rebasaba la medida humana en bondad y sabiduría. La fe en él sostenía la fe en lo divino y

⁵² Novalis| La conclusión difiere en Cf: «Su destreza consiste en desplegar una serie de estados interiores que todos los demás hombres conocen y vivencian igualmente, pero manteniéndose bajo el efecto de contingencias exteriores, mientras que el primero como consecuencia de motivos puramente interiores, de una conjunción de conocimientos defectuosos, de buenas intenciones y de una salud deteriorada. Este análisis no debe impedirnos reconocer que el asceta y el santo, juzgados por sus resultados y no por los elementos que los constituyen, son las energías más magníficas y fecundas de la humanidad, en ciertas épocas en que la locura religiosa ha sustituido en todas partes el sentido de la verdad.» Cf. Novalis, «Fragmente und Studien», 1799-1800, *Schriften*, Tieck-Schlegel (eds.), 1815³, vol. II, pág. 250. Cf. HDH, 143. Friedrich, barón de Hardenberg, Novalis (1772-1801): poeta romántico alemán.

milagroso, en un sentido religioso de toda la existencia, en un inminente Día del Juicio. En el resplandor vespertino de un sol de ocaso del mundo que brillaba sobre los pueblos cristianos, la sombra del santo creció hasta la enormidad; hasta una tal altura que incluso en nuestro tiempo, que ya no cree en Dios, hay todavía bastantes pensadores que creen en los santos.

144

Se entiende por sí mismo que a este bosquejo del santo, que se ha trazado según el promedio de todo el género, puede contraponérsele más de un retrato susceptible de producir una impresión más agradable. Descuellan excepciones aisladas de ese género, sea por la gran dulzura y filantropía, sea por el encanto de un dinamismo insólito; otros son atrayentes en sumo grado porque determinadas ideas fijas derraman torrentes de luz sobre todo su ser: tal es por ejemplo el caso del famoso fundador del cristianismo, que se tuvo por el hijo unigénito de Dios y se sentía por tanto exento de pecado; de modo que por una quimera —que no puede juzgarse demasiado duramente, pues toda la antigüedad hervía en hijos de dioses— alcanzó la misma meta, el sentimiento de completa exención del pecado, de completa irresponsabilidad, que ahora cualquiera puede procurarse mediante la ciencia. Igualmente he prescindido de los santos hindúes, que ocupan una fase intermedia entre el santo cristiano y el filósofo griego y en tal medida no representan un tipo puro: el conocimiento, la ciencia —en la medida en que había una—, la elevación por encima de los demás hombres mediante el cultivo y el adiestramiento lógicos del pensamiento eran entre los budistas tan exigidos en cuanto un distintivo de la santidad como las mismas propiedades se ven en el mundo cristiano repudiadas y estigmatizadas en cuanto distintivos de la falta de santidad.

OCTAVA PARTE

UNA OJEADA AL ESTADO

438

Pedir la palabra. El carácter demagógico y la intención de influir sobre las masas son actualmente comunes a todos los partidos políticos: a causa de la intención citada, todos ellos están obligados a transformar sus principios en grandes estupideces al fresco y pintarlos así en las paredes. Nada hay que cambiar en ello, y aun es superfluo levantar siquiera un dedo en contra; pues en este campo rige lo que dice Voltaire: *quand la populace se mêle de raisonner, tout est perdu*¹. Una vez ocurrido esto, hay que adaptarse a las nuevas condiciones como se adapta uno cuando un seísmo ha removido los antiguos lindes y contornos de la configuración del terreno y el valor de la propiedad se ha alterado. Además: si de lo que en toda política se trata es de hacer la vida más soportable al mayor número posible, este mayor número posible puede también determinar qué entiende por una vida soportable; si para encontrar también los medios adecuados a este objetivo confían en el intelecto, ¿de qué sirve dudar de ello? *Quieren* ser en adelante los forjadores de su propia fortuna o infortunio²; y si este sentimiento de autodeterminación, el orgullo por los cinco, seis conceptos que su cabeza alberga y saca a relucir, les hacen de hecho la vida tan agradable que soportan de buen grado las fatales consecuencias de su estulticia, poco cabe objetar, supuesto que la estulticia no llegue al extremo de pedir que *todo* debe en este sentido convertirse en política, que *todo el mundo* debe vivir y obrar según tal pauta. Pues, en primer lugar, más que nunca debe permitírseles a algunos abstenerse de la política y caminar un poco al margen: también a éstos les impulsa a tal cosa el placer de la autodeterminación, y a ello puede estar también ligado un pequeño orgullo en callarse cuando hablan demasiados o aunque sean sólo muchos. Luego, a estos pocos debe perdonárseles si no conceden tanta

¹ «Cuando el populacho se pone a razonar, todo está perdido». Carta a Danilaville del 1 de abril de 1766.

² «Jeder ist seines Glückes Schmied» («Cada cual es forjador de su propia fortuna»), refrán alemán.

importancia a la felicidad de la mayoría, entiéndase por ésta pueblos o estratos de población, y aquí y allá se hacen culpables de un semblante irónico; pero su seriedad está en otra parte, su felicidad es un concepto diferente, su meta no se deja medir por palmos de cualquier torpe mano que no tiene más que cinco dedos. Por último —lo que por cierto más difícilmente se les admite pero que igualmente debe admitirse—, llega de vez en cuando un momento en que salen de sus taciturnas soledades y ensayan una vez más la fuerza de sus pulmones: entonces se llaman en efecto unos a otros como extraviados en un bosque, para darse a conocer y animarse recíprocamente; por supuesto, se oyen en tal caso no pocas cosas malsonantes a los oídos a que no están destinadas. Ahora bien, no tarda en restablecerse el silencio en el bosque, un silencio tal que otra vez se perciben claramente el rumor, el zumbido y el revoloteo de los innúmeros insectos que viven en, por encima y por debajo del bosque.

439³

Cultura y casta. Una cultura superior únicamente puede surgir allí donde hay dos castas diferentes en la sociedad: la de los trabajadores y la de los ociosos, capacitados para el verdadero ocio; o en términos más categóricos: la casta del trabajo forzado y la casta del trabajo libre. El punto de vista del reparto de la felicidad no es esencial cuando se trata de la generación de una cultura superior; pero, en todo caso, la casta de los ociosos es la más capaz de sufrimiento, la que más sufre: su disfrute de la existencia es menor, su tarea mayor. Ahora bien, si se da un intercambio entre ambas castas, de modo que las familias e individuos más obtusos, menos espirituales, son degradados de la casta superior a la inferior y a su vez las personas más libres de ésta reclaman el acceso a la superior, se llega entonces a una situación más allá de la cual ya no se ve más que el mar abierto de deseos indeterminados⁴. Así nos habla la voz expirante de los tiempos antiguos; pero, ¿dónde quedan oídos para oírlos?

440

Por la sangre. Lo que por la sangre tienen hombres y mujeres de ventaja sobre los demás y lo que les da un derecho indiscutible a una estimación superior son dos artes cada vez más acrecentadas por herencia: el arte de saber mandar y el arte de la obediencia orgullosa. Ahora bien, allí donde el mando forma parte de la tarea diaria (como en el gran mundo del comercio y la industria), surge algo parecido a esas stirpes «por la sangre», pero les falta el continente noble en la obediencia, que es en aquéllas un legado de circunstancias feudales y que en nuestro clima cultural ya no crecerá.

441

Subordinación. La subordinación, tan altamente estimada en el Estado militar y burocrático, no tardará en hacérsenos tan increíble como ya se ha hecho la hermélica táctica de los jesuitas; y cuando esta subordinación ya no sea posible, dejará de lograrse una gran cantidad de efectos asombrosos y el mundo se empobrecerá. Debe desaparecer, pues desaparece su fundamento: la fe en la

³ Cf. 19 [21].

⁴ Interpolación en *Md*: «En Alemania estamos aún muy lejos de esta situación».

autoridad absoluta, en la verdad definitiva; incluso en los Estados militares para producirla no basta la coacción física, sino que es menester la inveterada adoración de lo principesco como algo sobrehumano. En situaciones de *mayor libertad* uno sólo se somete bajo ciertas condiciones, como consecuencia de un mutuo acuerdo, es decir, con todas las reservas del propio provecho.

442

Ejércitos nacionales. La mayor desventaja de los ejércitos nacionales ahora tan exaltados consiste en el derroche de hombres del máximo nivel de civilización; sólo cuando todas las circunstancias son favorables, hay de éstos: ¡cuán ahorrativa y escrupulosamente deberían gastarse, dados los grandes lapsos de tiempo que son menester para crear las condiciones oportunas para la producción de cerebros tan delicadamente organizados! Pero así como los griegos nadaron en sangre griega, así los europeos nadan ahora en sangre europea; y por cierto que relativamente son siempre los más cultivados, los que garantizan una posteridad abundante y buena, los más sacrificados; pues éstos están en primera línea de combate, como comandantes, y además, debido a su ambición superior, se exponen más a los peligros. El grosero patriotismo romano, ahora que se plantean tareas muy diferentes y mucho más elevadas que *patria y honor*⁵, es o algo deshonesto o un signo de atraso.

443

La esperanza como arrogancia. Nuestro orden social se irá derritiendo lentamente, como han hecho todos los órdenes anteriores, en cuanto los soles de nuevas opiniones luzcan sobre los hombres con renovado ardor. Uno sólo puede *desear* este derretimiento si espera; y sólo le cabe razonablemente esperar si se atribuye a sí y a sus iguales más fuerza de corazón y de mente que a los representantes de lo existente. Es decir, esta esperanza será habitualmente una *arrogancia*, una *sobreestimación*.

444

Guerra. En contra de la guerra puede decirse: embrutece al vencedor, envilece al vencido. En favor de la guerra: barbariza en los dos sentidos citados y hace por tanto más natural; para la cultura es sueño o invernada, de ella sale el hombre más fuerte para el bien y el mal.

445

Al servicio del príncipe. A fin de actuar completamente sin escrúpulos, lo mejor que hará el hombre de Estado será consumir su obra, no para sí, sino para un príncipe. El resplandor de este desinterés general ciega la vista del espectador de tal modo que no ve esas perfidias y durezas que comporta la obra del hombre de Estado.

⁵ En español en el original.

446

Una cuestión de poder, no de derecho. Para los hombres que en todas las cosas ponen la mira en el provecho superior, no hay en el socialismo, en el caso de que éste sea *efectivamente* el levantamiento de los secularmente oprimidos, sojuzgados, contra sus opresores, un problema de *derecho* (con la ridícula, melindrosa pregunta: «¿hasta qué punto se *debe* ceder a sus reivindicaciones?»), sino sólo un problema de poder («¿hasta qué punto se *pueden* aprovechar sus reivindicaciones?»); es por tanto como si se tratase de una fuerza natural, el vapor, por ejemplo, al que el hombre, cual dios de las máquinas, obliga a servirle, o que, en caso de defectos de la máquina, es decir, de defectos de cálculo humano en la construcción de la misma, la destruye a ella y al hombre al mismo tiempo. Para resolver esa cuestión de poder, debe saberse qué fuerza tiene el socialismo, con qué modificación puede todavía aprovecharse como poderoso resorte dentro del actual juego de fuerzas políticas; bajo ciertas circunstancias, debería incluso hacerse todo para fortalecerlo. Ante cualquier gran fuerza –aun la más peligrosa–, la humanidad debe pensar en hacer de ella un instrumento de sus propósitos. El socialismo sólo adquiere un derecho cuando entre los dos poderes, los representantes de lo antiguo y de lo nuevo, parece haber estallado la guerra, pero luego el cálculo prudente de la mayor conservación y conveniencia posible hace nacer en ambos partidos el deseo de un acuerdo. Sin acuerdo, no hay derecho. Hasta ahora no hay en este terreno ni guerra ni acuerdo, y por ende tampoco derechos, ni ningún «deber».

447

Aprovechamiento de la más mínima deshonestidad. El poder de la prensa consiste en que cada uno de los individuos que están a su servicio se siente muy poco obligado y comprometido. Habitualmente dice *su* opinión, pero alguna vez *no* la dice tampoco, en provecho de su partido, o de la política de su país, o, en último término, de sí mismo. Tales pequeños delitos de deshonestidad, o quizá sólo de reticencia deshonesta, no son pesados de llevar por el individuo, pero las consecuencias son extraordinarias, puesto que estos pequeños delitos son cometidos por muchos al mismo tiempo. Cada uno de éstos se dice: «a costa de tan modestos servicios vivo mejor, puedo ganarme bien la vida; si prescindo de tales pequeñas deferencias, me hago imposible». Como escribir o no escribir una línea más, incluso tal vez sin firma, aparece casi moralmente indiferente, alguien que tenga dinero e influencia puede hacer de cualquier opinión la pública. Quien sabe que la mayoría de los hombres son débiles en menudencias y quiere lograr a través de ellos sus propios fines, es un hombre peligroso.

448

Tono demasiado alto de la denuncia. Al exponer muy exageradamente un estado de necesidad (por ejemplo, los fallos de una gestión, la corrupción y el favoritismo en corporaciones políticas o doctas), la exposición pierde su efecto sobre los perspicaces, pero actúa tanto más intensamente sobre los no perspicaces (quienes ante una exposición cuidadosa y mesurada habrían permanecido indiferentes). Pero, como éstos gozan de una mayoría significativa y albergan en sí fuerzas volitivas más poderosas, una afición más vehemente a la acción, esa exageración se convierte en motivo de investigaciones, castigos, promesas, reorganizaciones. En tal medida es provechoso exponer exageradamente estados de necesidad.

449

Los aparentes hacedores del tiempo de la política. Así como el pueblo supone tácitamente en quien entiende el tiempo y lo predice con un día de antelación que él hace el tiempo, hasta cultos y eruditos atribuyen con gran derroche de fe supersticiosa a grandes hombres de Estado todos los cambios y coyunturas que se producen durante un gobierno como su obra más propia sólo con que sea evidente que sabían algo de ello antes que los demás y que hicieron su cálculo en consonancia; se les toma en consecuencia igualmente por hacedores del tiempo; y esta creencia no es el instrumento más fútil de su poder.

450

Nuevo y viejo concepto del gobierno. Distinguir entre gobierno y pueblo como si aquí dos esferas de poder separadas, una más fuerte, superior, y otra más débil, inferior, negociaran y se pusieran de acuerdo, es parte de un sentimiento político heredado que aún hoy día corresponde exactamente al establecimiento histórico de las relaciones de poder en la *mayoría* de los Estados. Cuando, por ejemplo, Bismarck⁶ define la forma constitucional como un compromiso entre gobierno y pueblo, habla conforme a un principio que tiene su razón en la historia (por supuesto que de ahí precisamente el aditamento de sinrazón sin el que nada humano puede existir). Ahora bien, debe en cambio aprenderse —conforme a un principio que ha surgido puramente de la cabeza y que aún tiene que *hacer* historia— que el gobierno no es nada más que un órgano del pueblo, no un providencial, venerable «arriba» con relación a un «abajo» habituado a la modestia. Antes de aceptar esta formulación, hasta aquí antihistórica y arbitraria, aunque más lógica, del concepto de gobierno, sopesense bien las consecuencias: pues la relación entre pueblo y gobierno es la relación ejemplar más fuerte, a cuyo modelo se ajusta involuntariamente el trato entre profesor y alumno, señor de la casa y servidumbre, padre y familia, general y soldado, patrón y aprendiz. Todas estas relaciones se están modificando algo hoy en día bajo el influjo de la dominante forma constitucional de gobierno: se están convirtiendo en compromisos. Pero, ¿cómo se invertirán y desplazarán, cambiarán de nombre y de ser cuando ese concepto completamente nuevo se haya adueñado por doquier de las mentes!, pero para lo cual muy bien puede faltar todavía un siglo. Nada es a este respecto *más* de desear que la precaución y la evolución lenta⁷.

⁶ Otto Eduard Leopold Bismarck-Schönhausen (1815-1898): estadista alemán forjador del Imperio alemán bajo la tutela de Prusia.

⁷ Antes de aceptar] Variante en *Cf.*: «Quien no pueda franquear esta separación, seguirá teniendo en todas las demás situaciones la vieja mentalidad del esclavo en relación con el amo: se trata de una relación ejemplar arbitrariamente traspuesta al matrimonio, a la actitud hacia los criados, los obreros, los camaradas de partido, los alumnos de un maestro.»

451

La justicia como reclamo de los partidos. Representantes nobles (aunque no precisamente muy perspicaces) de la clase⁸ dominante pueden muy bien prometer: «queremos tratar a los hombres como iguales, concederles derechos iguales»; hasta tal punto es posible un modo de pensar socialista, que se basa en la *justicia*, pero, como queda dicho, solamente dentro de la clase dominante, que en este caso *practica* la justicia con sacrificios y renunciaciones. En cambio, *exigir* igualdad de derechos como hacen los socialistas de la casta sometida, no es jamás la emanación de la justicia, sino de la codicia. Si a una bestia se le muestran de cerca y se le retiran pedazos de carne sangrantes hasta que finalmente ruja, ¿creéis que este rugido significa justicia?

452

Posesión y justicia. Cuando los socialistas demuestran que el reparto de la propiedad en la humanidad actual es la consecuencia de innumerables injusticias y atropellos, e *in summa* declinan toda obligación hacia algo tan injustamente cimentado, sólo ven algo aislado. Todo el pasado de la cultura antigua está construido sobre la violencia, la esclavitud, el engaño, el error; pero no podemos abolirlos por decreto a nosotros mismos, los herederos de todas estas circunstancias, más aún, las concreciones de todo ese pasado, ni debemos querer extraer ninguna pieza singular. La actitud injusta está también afincada en las almas de los desposeídos: no son éstos mejores que los propietarios ni tienen un privilegio moral, pues sus antepasados fueron alguna vez propietarios. Hacen falta, no nuevos repartos por la violencia, sino transformaciones paulatinas de la mentalidad; la justicia debe aumentar en todos, el instinto de la violencia debilitarse.

453⁹

El timonel de las pasiones. El estadista suscita pasiones públicas para obtener la ganancia de la contrapasión despertada por ellas. Para poner un ejemplo: un estadista alemán sabe muy bien que la Iglesia católica jamás tendrá planes idénticos a los de Rusia, más aún, que preferiría con mucho aliarse con los turcos antes que con ésta; sabe igualmente que todo peligro de alianza de Francia con Rusia es una amenaza para Alemania. Ahora bien, si es capaz de hacer de Francia el hogar y baluarte de la Iglesia católica, habrá eliminado por largo tiempo este peligro. Tiene por consiguiente interés en mostrar odio hacia los católicos y en transformar, mediante hostilidades de toda índole, a quienes reconocen la autoridad del Papa en una apasionada potencia política que sea hostil a la política alemana y que tenga naturalmente que aliarse con Francia en cuanto la antagonista de Alemania: tan necesariamente es su meta la catoliza-

⁸ *Id.*: «casta».

⁹ Cf. 17 [95].

ción de Francia como vio Mirabeau¹⁰ en la descatalogización la salvación de su patria. Es decir, un Estado quiere el oscurecimiento de millones de cerebros de otro Estado para extraer de este oscurecimiento su ventaja. Es esta la misma actitud que apoya la forma republicana de gobierno del Estado vecino —*le desordre organisé*¹¹, como dice Merimé— por la única razón de que supone que ésta debilita, desune e incapacita al pueblo para la guerra¹².

454

Los peligrosos entre los espíritus subversivos. Divídase a los que piensan en una subversión de la sociedad¹³ en los que quieren lograr algo para sí mismos y los que lo quieren para sus hijos y nietos. Los últimos son los más peligrosos; pues tienen la fe y la buena conciencia del desinterés. A los otros puede contentárseles: para eso es todavía la sociedad imperante lo suficientemente rica y prudente. El peligro comienza tan pronto como las metas se hacen impersonales; los revolucionarios por interés impersonal pueden considerar a los defensores de lo vigente como personalmente interesados y sentirse por tanto superiores a ellos.

455¹⁴

Valor político de la paternidad. Si un hombre no tiene hijos, no tiene pleno derecho a hablar sobre las necesidades de ningún Estado¹⁵. Uno debe haber arriesgado en ello con los demás lo que más quiere; sólo eso liga sólidamente al Estado; uno debe tener a la vista la felicidad de sus descendientes, es decir, tener ante todo descendientes, para tomar en todas las instituciones y el cambio de éstas una parte justa, natural. La evolución de la moral superior depende de que uno tenga hijos; esto le dispone altruistamente, o, más exactamente: ensancha su egoísmo en el tiempo y le hace perseguir con seriedad metas más allá del lapso de su vida individual¹⁶.

456¹⁷

Orgullo del linaje. Cabe legítimamente estar orgulloso de una serie ininterrumpida de *buenos ancestros* hasta el padre, pero no de la serie; pues ésta la tie-

¹⁰ Honoré Gabriel de Riqueti, conde de Mirabeau (1749-1791): político francés.

¹¹ «Desorden organizado». Cf. Merimé, *Letres...*, op. cit., II, 372.

¹² Continuación en *Cl*: «Esta actitud puede ser provechosa para la prosperidad de un Estado; hostil y nefasta es para la prosperidad de la cultura universal. En general, por tanto, la existencia de Estados particulares (los cuales están necesariamente en un ininterrumpido *bellum omnium contra omnes* entre sí) es un obstáculo para la historia». *Bellum omnium contra omnes*: «guerra de todos contra todos». Frase acuñada por el filósofo inglés Thomas Hobbes (1588-1679), autor del *Leviatán*.

¹³ los que piensan] *hp*: «los socialistas».

¹⁴ Cf. 19 [104].

¹⁵ *Cl* añadía: «como dice Pericles en su panegírico». Cf. Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, II, 44 (ed. cast., cit., pág. 148).

¹⁶ Conclusión en *Cl*: «Es ridículo que una sociedad de desposeídos decreta la abolición del derecho de herencia. A los que no tienen hijos no debiera permitírseles el ejercicio de todos los derechos políticos». Cf. *HDH*, 436.

¹⁷ Cf. 16 [30].

nen todos. La descendencia de buenos ancestros no constituye la auténtica nobleza de sangre; una única interrupción en esa cadena, es decir, un solo ancestro malo, anula la nobleza de sangre. A todo el que hable de su nobleza debe preguntársele: ¿no tienes tú entre tus antepasados ningún hombre violento, codicioso, disoluto, perverso, cruel? Si con buena ciencia y conciencia puede responder que no, cortéjese su amistad.

457¹⁸

Esclavos y obreros. Que concedemos más valor a la satisfacción de la vanidad que a cualquier otro bienestar (seguridad, alojamiento, placeres de toda índole) lo muestra en un grado ridículo que cada cual (prescindiendo de razones políticas) desea la abolición de la esclavitud¹⁹ y abomina con horror de que haya personas reducidas a esta situación; mientras que todos reconocerán que los esclavos²⁰ viven en todos los aspectos más seguros y felices que el obrero moderno, que el trabajo de esclavo es muy poco trabajo en comparación con el del «obrero». Se protesta en nombre de la «dignidad humana»; pero expresado más sencillamente, es esa dichosa vanidad la que siente como la suerte más dura no estar en pie de igualdad, ser públicamente estimado inferior. El cínico piensa de otra manera a este respecto, porque desprecia el honor: y por eso fue Diógenes²¹ durante un tiempo esclavo y preceptor privado.

458

Espíritus dirigentes y sus instrumentos. Vemos a grandes estadistas y en general a todos los que tienen que servirse de otros hombres para la ejecución de sus planes conducirse tan pronto de una manera como de otra: o bien eligen muy sutil y cuidadosamente a los hombres que convienen a sus planes y luego les dejan una gran libertad relativa, pues saben que la naturaleza de estos elegidos les impulsa precisamente allá donde ellos mismos quieren tenerlos; o bien eligen mal e incluso toman lo que tienen a mano, pero de toda arcilla forman algo idóneo para sus fines. Esta última especie es la más violenta y exige también instrumentos más sumisos: su conocimiento de los hombres es habitualmente mucho menor, su desprecio de los hombres mayor, que el de los espíritus primeramente citados; pero la máquina que construyen trabaja por lo común mejor que la máquina que sale del taller de aquéllos.

459

El derecho arbitrario, necesario. Los juristas disputan sobre si es el derecho más cabalmente elaborado o el más fácil de entender el que debe triunfar en un

¹⁸ *Fp*: «A esclavos y prostitutas no les va del todo mal: ¿qué nos impulsa a su supresión?».

¹⁹ En *Md* se añadía: «y la supresión de la prostitución».

²⁰ Añadido en *Md*: «y las prostitutas».

²¹ Diógenes de Sínope (412?-323 a. C.): filósofo griego, máximo representante de la escuela cínica.

pueblo. El primero, cuyo modelo supremo es el romano, al profano se le aparece como ininteligible y, por tanto, no como expresión de su sentimiento del derecho. Los derechos nacionales, como, por ejemplo, los germánicos, eran toscos, supersticiosos, ilógicos, en parte absurdos, pero correspondían a costumbres y sentimientos indígenas heredados muy determinados. Pero donde, como entre nosotros, el derecho ya no es tradición, no puede ser más que *impuesto*, coacción; ninguno de nosotros tiene ya un sentimiento tradicional del derecho, por lo que debemos contentarnos con *derechos arbitrarios*, que son la expresión de la necesidad de que *tiene que haber* un derecho. El más lógico es en todo caso el más aceptable, por ser el *más imparcial*: incluso admitiendo que en cualquier caso la unidad mínima de medida en la relación entre delito y castigo está fijada arbitrariamente.

460

El gran hombre de la masa. La receta para lo que la masa llama un gran hombre es fácil de dar. Procúresele a todo trance algo que le sea muy grato o métese-le primero en la cabeza que esto o aquello sería muy agradable, y luego désele. Pero de ningún modo en seguida: por el contrario, conquísteselo con máximo esfuerzo o parézcase conquistarlo. La masa debe tener la impresión de que hay ahí una fuerza de voluntad poderosa y aun incoercible; al menos debe parecer haberla. Todo el mundo admira la voluntad fuerte, porque nadie la tiene y cada cual se dice que, si la tuviese, ya no habría límites para él y su egoísmo. Ahora bien, si se muestra que una tal voluntad fuerte produce algo muy grato a la masa, en vez de escuchar los deseos de su concupiscencia, uno admira doblemente y se felicita a sí mismo. Tenga por lo demás todas las propiedades de la masa: cuanto menos se avergüence ésta ante ella, más popular será. Sea por tanto violenta, envidiosa, explotadora, intrigante, aduladora, rastrera, engreída, todo según las circunstancias.

461

Príncipe y dios. Los hombres tratan muchas veces con su príncipe de modo semejante a como con su Dios, lo mismo que a menudo el príncipe ha sido en efecto también el representante de Dios, al menos su sumo sacerdote. Esta casi inquietante disposición de veneración, miedo y pudor se había y se ha debilitado mucho más, pero a veces se inflama y afecta a personajes poderosos en general. El culto del genio es un eco de esta veneración de los príncipes-dioses. Donde quiera que se afane uno por elevar a los hombres individuales a lo sobrehumano, nace también la inclinación a representarse capas enteras del pueblo más groseras y bajas de lo que en realidad son ²².

²² Donde quiera que el Variante en *Md*: «Que simples personas se vean elevadas tan extraordinariamente por encima de los demás es el resultado del más inicuo abandono del pueblo y de la formación: por estar el nivel tan bajo están aquéllos tan arriba».

462

*Mi utopía*²³. Con un mejor ordenamiento de la sociedad el trabajo pesado y la miseria de la vida serán achacados al que menos sufra por ellos, es decir, al más estúpido, y así en escala ascendente hasta el que sea más sensible a los géneros supremos, más sublimes, del sufrimiento, y que, por tanto, siga sufriendo por más llevadera que se le haga la vida.

463

Una quimera en la doctrina de la subversión. Hay visionarios políticos y sociales que invitan ardiente y elocuentemente a una subversión de todos los órdenes, en la creencia de que entonces se levantará al instante el más soberbio templo de una hermosa humanidad dijérase por sí mismo. En estos peligrosos sueños resuena todavía la superstición de Rousseau, quien cree en una hondad milagrosa, originaria pero por así decir *soterrada*, de la naturaleza humana, e imputa toda la culpa de su soterramiento a las instituciones de la cultura en la sociedad, el Estado, la educación²⁴. Desgraciadamente, por experiencia histórica se sabe que toda subversión de tal índole lleva de nuevo a la resurrección de las energías más salvajes así como de los ha mucho enterrados horrores y excesos de épocas remotísimas; es decir, que la subversión puede ser sin duda una fuente de energía en una humanidad fatigada, pero jamás ordenadora, arquitecto, artista, perfeccionadora de la naturaleza humana. No fue la naturaleza medida, inclinada al ordenar, depurar y reconstruir, de *Voltaire*, sino las apasionadas tonterías y semimentiras de *Rousseau*, lo que despertó el espíritu optimista de la revolución, contra el cual yo exclamo: «*Écrasez l'infâme!*»²⁵. El²⁶ ha ahuyentado por mucho tiempo el *espíritu de la Ilustración y de la evolución progresiva*: ¡veamos –cada cual por su cuenta– si es posible evocarlo de nuevo!

464

Mesura. La plena escisión del pensamiento y de la investigación, es decir, el librepensamiento convertido en cualidad del carácter, hace mesurado en la acción: pues debilita la concupiscencia, atrae a sí mucha de la energía dada, en pro de fines espirituales, y muestra la semiutilidad o inutilidad y peligrosidad de todos los cambios bruscos.

465²⁷

Resurrección del espíritu. En la postración política un pueblo habitualmente rejuvenece y vuelve a encontrar su espíritu, que iba perdiendo paulatinamente

²³ Título diferente en *Md*: «Reparto de la carga».

²⁴ Cf. *Discurso sobre las artes y las ciencias* (1749), y *Discurso sobre el origen de la desigualdad* (1755). Jean-Jacques Rousseau (1712-1778): escritor y filósofo suizo de lengua francesa.

²⁵ «¡Aplastad al infame!». Carta de Voltaire a D'Alembert, del 28-XI-1762. La frase se refería a la superstición. Jean Le Rond d'Alembert (1717-1783): filósofo, escritor y matemático francés.

²⁶ Este *Durch ihn* puede referirse tanto a Rousseau como al espíritu de la subversión.

²⁷ *Fp*: 24 [6].

en la búsqueda y afirmación del poder. A nada debe tanto la cultura como a las épocas políticamente débiles.

466

Opiniones nuevas en casa vieja. A la subversión de las opiniones no sigue de inmediato la subversión de las instituciones; más bien las nuevas opiniones habitan durante mucho tiempo en la casa ahora desolada e incómoda de sus predecesoras, e incluso la conservan por falta de alojamiento.

467

La instrucción pública. En los Estados grandes la instrucción pública siempre será sumamente mediocre, por la misma razón por la que en las cocinas grandes se cocina, en el mejor de los casos, mediocrementemente.

468

Corrupción inocente. En todos los institutos en los que no penetra el soplo de la crítica pública, crece como un hongo una corrupción inocente (es decir, por ejemplo, en corporaciones eruditas y senados).

469

Eruditos como políticos. A los eruditos que se convierten en políticos se les asigna habitualmente el cómico papel de tener que ser la buena conciencia de una política.

470

El lobo oculto detrás de la oveja. Casi todos los políticos tienen en ciertas circunstancias tanta necesidad de un hombre honrado, que irrumpen en un redil como lobos hambrientos: pero no para devorar al carnero robado, sino para ocultarse tras sus lanosos lomos.

471²⁸

Tiempos felices. Una era feliz no es en absoluto posible sólo con que los hombres la quieran desear, pero no tener, y todo individuo, cuando le tocan días buenos, aprende literalmente a pedir inquietud y miseria. El destino de los hombres está proyectado para *momentos felices* —toda vida los tiene—, pero no para épocas felices. Pese a ello, siguen éstas persistiendo en la fantasía del hombre como «el allende las montañas», como legado de los ancestros²⁹; pues, indudablemente

²⁸ Cf. 22 [98].

²⁹ ancestros| En Md y Pt: «tiempos pasados».

te, desde tiempo inmemorial se ha tomado prestado el concepto de la época dichosa de aquel estado en que el hombre, tras violento esfuerzo en la caza y en la guerra, se entrega al reposo, estira los miembros y oye agitarse en su derredor las alas del sueño. Es una deducción falsa del hombre imaginarse, conforme a ese viejo hábito, que, *después de periodos enteros* de penuria y fatigas, puede ahora disfrutar también de este estado de felicidad *con intensidad y duración correspondientes*.

472³⁰

Religión y gobierno. Mientras el Estado o, más claramente, el gobierno se sepa nombrado tutor en beneficio de una multitud de menores y a causa de ésta sope-se la cuestión de si la religión ha de conservarse o eliminarse, siempre será sumamente probable que se decida por la conservación de la religión. Pues la religión apacigua el ánimo del individuo en tiempos de pérdida, de privación, de terror, de desconfianza, es decir, allí donde el gobierno se siente incapaz de hacer nada directamente para la mitigación de los sufrimientos psíquicos del hombre privado: incluso en las calamidades públicas, irremediables y en principio inevitables (hambrunas, crisis financieras, guerras), la religión garantiza una actitud sosegada, expectante y confiada de la multitud. Allí donde los fallos, necesarios o contingentes, del gobierno del Estado o las peligrosas consecuencias de intereses dinásticos se hacen perceptibles al perspicaz y le disponen a la rebelión, los no perspicaces creerán ver el dedo de Dios y se someterán pacientemente a las ordenanzas de *arriba* (concepto en el que habitualmente se mezclan modos de gobierno divinos y humanos): presérvase así la paz civil interior y la continuidad de la evolución. El poder que reside en la unidad del sentimiento popular, en opiniones y metas iguales para todos, es protegido y sancionado por la religión, descontados esos casos raros en que un clero no puede llegar a un acuerdo sobre el precio con el poder estatal y entra en conflicto con éste. De ordinario el Estado sabrá ganarse a los sacerdotes, pues tiene necesidad de su educación oculta, la más privada de todas, la de las almas, y sabe apreciar a servidores que aparente y exteriormente representan un interés por entero diferente. Aún hoy en día ningún poder puede llegar a ser «legítimo» sin el concurso de los sacerdotes, como comprendió Napoleón. Van así necesariamente juntos poder tutelar absoluto y solícita conservación de la religión. Es además de suponer que las personas y clases gobernantes están instruidas³¹ sobre el provecho que la religión les reporta y por ello se sienten superiores a ella en un grado, por cuanto la utilizan como medio: por eso tiene aquí su origen el librepensamiento³². Pero ¿y si empieza a calar esa versión del concepto de gobierno enteramente distinta que se enseña en Estados *democráticos*? ¿Y si no se lo ve nada más que como el instrumento de la voluntad popular, no un arriba en comparación con un abajo, sino exclusivamente una fun-

³⁰ Cf. 22 [12], 22 [16].

³¹ *Aufgeklärt. Aufklärung* = Ilustración.

³² Es además de suponer} *Fp*: «Surgen así los llamados déspotas ilustrados (el déspota en efecto se ilustra necesariamente a sí mismo).»

ción del único soberano, del pueblo? No puede aquí tampoco el gobierno sino adoptar la misma posición que adopta el pueblo respecto a la religión; toda difusión de la Ilustración deberá repercutir hasta en sus representantes, una utilización y explotación de los impulsos y consuelos religiosos para fines estatales no será tan fácilmente posible (a no ser que poderosos líderes de partido ejerzan una influencia análoga a la del despotismo ilustrado). Pero cuando el Estado ya no pueda extraer ningún provecho de la religión o el pueblo piense de modos demasiado diferentes sobre las cosas religiosas para que le quepa al gobierno un proceder idéntico, unitario, en cuanto a medidas religiosas, se hará necesario el recurso de tratar la religión como asunto privado y remitirla a la conciencia y al hábito de cada individuo. La consecuencia es ante todo ésta: que el sentimiento religioso aparece fortificado, en la medida en que ahora irrumpen y se desenfrenan hasta el extremo arrebatos del mismo recónditos y reprimidos, a los que el Estado, involuntaria o intencionadamente, no suministraba aire vital; más tarde se evidencia que la religión está infestada de sectas y que, en el mismo momento en que se hizo de la religión un asunto privado, se sembró una multitud de dientes de dragón. El espectáculo de la controversia, la denuncia hostil de todas las debilidades de las confesiones religiosas, no deja finalmente otra salida que la de que cada uno de los mejores y más dotados haga de la irreligiosidad asunto privado suyo; actitud que entonces llega también a prevalecer en el espíritu de las personas gobernantes y da a sus medidas, casi contra su voluntad, un carácter antirreligioso. Tan pronto como esto sucede, la disposición de los hombres todavía religiosamente movidos, que antes adoraban al Estado como algo semisagrado o sagrado del todo, se transforma en decididamente *hostil al Estado*: acechan las medidas del gobierno, tratan de estorbar, obstruir, desasosegar, tanto como pueden, y arrastran con ello al partido contrario, el irreligioso, por el ardor de su oposición, a un entusiasmo casi fanático *por* el Estado; a lo que contribuye, aún latentemente, que en estos círculos los ánimos sienten un vacío desde el abandono de la religión y tratan de procurarse provisionalmente, mediante la devoción al Estado, una compensación, una especie de relleno. Tras estas luchas de transición, acaso de larga duración, se decide finalmente si los partidos religiosos son todavía lo bastante fuertes para restaurar una antigua situación y dar marcha atrás, en cuyo caso el Estado cae irremisiblemente en manos del despotismo ilustrado (tal vez menos ilustrado y más medroso que antes), o si los partidos irreligiosos se imponen y, quizá a través de la escuela y la educación, minan y finalmente imposibilitan la propagación, durante algunas generaciones, de sus adversarios. Pero entonces también entre ellos remite ese entusiasmo por el Estado: aparece cada vez más claramente que con esa adoración religiosa, para la cual éste es un misterio, una institución supramundana, se ha quebrantado también la relación respetuosa y piadosa con él. En adelante los individuos sólo ven en él el aspecto en que puede serles útil o perjudicial, y tratan por todos los medios de lograr influencia sobre él. Pero esta competencia no tarda en hacerse demasiado grande, los hombres y los partidos cambian demasiado rápidamente, demasiado ferozmente se despeñan montaña abajo unos a otros apenas han alcanzado la cima. A todas las medidas que pueda imponer un gobierno les falta la garantía de su duración; se retrocede ante empresas que deberían tener un crecimiento tranquilo durante décadas, siglos, para rendir frutos maduros. Nadie siente ya ante una ley otra obli-

gación que la de inclinarse momentáneamente ante el poder que promulgó una ley; pero en seguida se procede a minarla mediante un nuevo poder, una nueva mayoría por constituir. Por último —puede decirse con seguridad—, la desconfianza hacia todo lo que gobierna, la comprensión de lo inútil y extenuante de estas luchas de corto aliento, empujan a los hombres a una decisión enteramente nueva: la derogación del concepto de Estado, la abolición de la oposición entre «privado y público». Las sociedades privadas absorben paso a paso los asuntos de Estado: incluso el más pertinaz resto que queda del antiguo trabajo del gobierno (esa actividad, por ejemplo, que debe mantener a los particulares seguros respecto de los particulares)³³, acaba un día por ser encargado a los empresarios privados. El menosprecio, la decadencia y *la muerte del Estado*, la emancipación de la persona privada (me guardo de decir: del individuo) son la consecuencia del concepto democrático del Estado; en esto consiste su misión. Una vez cumplida su tarea —que, como todo lo humano, comporta mucho de razón y de sinrazón—, una vez superadas todas las recaídas de la antigua enfermedad, en el fabulario de la humanidad se abre una nueva página, en la cual se leerán toda suerte de historias extrañas y acaso también algunas cosas buenas. Para resumir brevemente lo dicho: el interés del gobierno tutelar y el interés de la religión van juntos de la mano, de modo que cuando ésta empieza a marchitarse, se resquebrajan también los cimientos del Estado. La creencia en un orden divino de las cosas políticas, en un misterio en la existencia del Estado, es de origen religioso: si la religión desaparece, el Estado perderá irremisiblemente su antiguo velo de Isis³⁴ y ya no infundirá respeto. La soberanía del pueblo, vista de cerca, sirve para ahuyentar hasta el último hechizo y superstición en el ámbito de estos sentimientos: la democracia moderna es la forma histórica de *la decadencia del Estado*. Pero la perspectiva que resulta de esta segura decadencia no es en todos los respectos pesimista: la sagacidad y el egoísmo de los hombres son las más desarrolladas de todas sus cualidades; cuando el Estado deje de corresponder a las exigencias de estas fuerzas, no aparecerá el caos ni mucho menos, sino que una invención más conforme aún a fin de lo que era el Estado triunfará sobre el Estado. Cuántos poderes organizadores ha visto ya la humanidad extinguirse —por ejemplo, el de la comunidad de raza, que durante milenios fue mucho más poderoso que el poder de la familia, más aún, imperaba y ordenaba mucho antes de que ésta existiera—. Nosotros mismos vemos palidecer y debilitarse cada vez más la importante idea del derecho y el poder de la familia, que en un tiempo dominaba hasta donde alcanzaba el mundo romano. Así verá también una raza posterior perder importancia al Estado en algunas regiones de la tierra, una idea de la que muchos hombres del presente apenas pueden pensar sin temor y aversión. *Trabajar* por la propagación y la realización efectiva de esta idea es, por supuesto, cosa diferente: muy arrogantemente debe uno pensar de su razón y apenas entender a medias la historia para poner la mano en el arado ahora mismo, cuando nadie puede todavía enseñar las semillas que han de sembrarse luego en el terreno roturado.

³³ el más pertinaz] Variante en *Cl*: «el resto que queda de los asuntos de gobierno (algo así como la necesaria representación de un pueblo ante los otros)».

³⁴ Isis: diosa egipcia de la fertilidad cuyo culto alcanzó hasta el Imperio Romano.

¡Confiemos por tanto «a la sagacidad y el egoísmo de los hombres» que ahora el Estado subsista *todavía* algún tiempo y sean rechazadas las intenciones destructivas de semisabios celosos en exceso y precipitados!

473

El socialismo con respecto a sus medios. El socialismo es el fantástico hermano menor del casi decrépito despotismo³⁵, cuyo heredero quiere ser; sus afanes son, pues, reaccionarios en el sentido más profundo. Pues apetece una plenitud de poder político como sólo el despotismo ha tenido; más aún, excede de todo lo pasado por aspirar a la aniquilación literal del individuo: se le antoja éste un lujo injustificado de la naturaleza y que él debe corregir en un *órgano de la comunidad* que sea conforme a fin. Debido a su parentela, aparece siempre próximo a todos los despliegues excesivos de poder, como el antiguo socialista típico Platón en la corte del tirano siciliano³⁶; desea (y bajo ciertas circunstancias promueve) el cesáreo Estado dictatorial de este siglo, pues, como queda dicho, quisiera ser su heredero. Pero ni aun esta herencia bastaría para sus fines: ha menester el más rendido sometimiento de todos los ciudadanos al Estado absoluto, como nunca ha existido algo igual; y como ya no puede contar siquiera con la antigua piedad religiosa para con el Estado, sino que más bien tiene sin querer que trabajar constantemente por su eliminación —pues de hecho trabaja por la eliminación de todos los *Estados* existentes—, sólo por breves períodos puede tener aquí y allá esperanzas en la existencia apelando al más extremo terrorismo. Por eso se prepara en silencio para regímenes de terror y les mete a las masas semicultivadas la palabra «justicia» como un clavo en la cabeza, para arrebatarles su entendimiento (después de haber sufrido ya mucho este entendimiento por la cultura a medias) y procurarles una buena conciencia para el villano papel que han de desempeñar. El socialismo puede servir para enseñar muy brutal y persuasivamente el peligro de todas las acumulaciones de poder político y en tal medida infundir desconfianza hacia el Estado mismo. Cuando su bronca voz se suma al grito de guerra: «*tanto Estado como sea posible*», por lo pronto éste deviene más estridente que nunca; pero no tarda en surgir también con fuerza tanto más grande el opuesto: «*tan poco Estado como sea posible*».

474

El desarrollo del espíritu, temido por el Estado. Como todo poder político organizador, la polis griega era exclusivista y desconfiada respecto al incremento de la cultura; su radical instinto violento casi sólo se mostraba paralizador y entorpecedor para con ella. No quería admitir en la cultura historia, devenir; la educación establecida por la ley del Estado debía obligar a todas las generaciones y mantenerlas en un nivel único. No otra cosa quiso tampoco Platón más tarde para su

³⁵ Cf. añadía: «ilustrado».

³⁶ En el 388 a. C. Platón visitó la corte del tirano siciliano Dioniso el Viejo en Siracusa, adonde regresó en el 367 y el 361, con la esperanza de dar allí cumplimiento a sus ideales políticos.

Estado ideal. La cultura se desarrolló por tanto *a despecho* de la polis: indirectamente por cierto y contra su voluntad contribuyó a ello, pues en la polis se excitaba al máximo la ambición del individuo, de modo que éste, una vez extraviado por la senda del cultivo espiritual, avanzó también por ella hasta el último extremo. No debe evocarse en contra el panegírico de Pericles³⁷; pues éste no es más que una gran engañifa optimista sobre la supuestamente necesaria conexión entre polis y cultura ateniense; antes de caer sobre Atenas la noche (la peste y la ruptura de la tradición), Tucídides la³⁸ hace brillar una vez más como un transfigurador arrebol vespertino que debe hacer olvidar el nefasto día que le precedió.

475³⁹

El hombre europeo y la destrucción de las naciones. El comercio y la industria, el tráfico de libros y de cartas, la comunalidad de toda la cultura superior, el rápido cambio de lugar y paisaje, la actual vida nómada de todos los que no poseen tierras, estas circunstancias comportan necesariamente un debilitamiento y, por último, una destrucción de las naciones, al menos de las europeas: de modo que de ellas debe nacer, como consecuencia de los continuos cruces, una raza mixta, la del hombre europeo. Opónese a esta meta hoy en día, consciente o inconscientemente, el aislamiento de las naciones debido al fomento de enemistades *nacionales*, pero lentamente avanza sin embargo el proceso de esa fusión pese a esas ocasionales contracorrientes: este nacionalismo artificioso es por lo demás tan peligroso como lo fue el artificioso catolicismo, pues es en su esencia un violento estado de emergencia y de asedio impuesto por una minoría a la mayoría, y ha menester astucia, mentira y violencia para mantener su prestigio. No es el interés de la mayoría (de los pueblos), como por cierto se dice, sino ante todo el interés de determinadas dinastías reales, y luego el de determinadas clases del comercio y de la sociedad, lo que impulsa a este nacionalismo; una vez reconocido esto, no debe uno temer proclamarse *buen europeo* y trabajar activamente por la fusión de las naciones: a lo cual pueden contribuir los alemanes con su antigua probada cualidad de ser *intérpretes y mediadores de los pueblos*. A propósito: todo el problema de los *judíos* no se da en el seno de los Estados nacionales más que en tanto en cuanto aquí su activo dinamismo y su inteligencia superior, su capital de espíritu y de voluntad durante largo tiempo amasado de generación en generación en la escuela del sufrimiento, tiene que llegar a prevalecer por todas partes en una medida que despierta la envidia y el odio, de modo que en casi todas las naciones actuales —y ciertamente cuanto más vuelven a dárseles de nacionales— va tomando auge la indecencia literaria de llevar a los judíos al matadero como chivos expiatorios de todos los males públicos e internos posibles. En cuanto ya no se trata de la conservación de naciones, sino de la producción de una raza europea mixta lo más fuerte posible, el judío es

³⁷ Cf. Tucídides, *La guerra del Peloponeso*, II, 35-46 (ed. cast., cit., págs. 141-149).

³⁸ El referente de este *sie* no está del todo claro: «Atenas» y «la cultura» serían en principio los candidatos con más posibilidades, pero también cabrían «el panegírico» e incluso «la noche».

³⁹ Cf. 18 [19].

como ingrediente tan útil y deseable como cualquier otro vestigio nacional. Toda nación, todo hombre tiene cualidades desagradables, aun peligrosas; es cruel pretender que el judío pueda constituir una excepción. Esas cualidades pueden incluso ser en él particularmente peligrosas y abominables; y quizá sea en general el joven financiero judío la más repugnante invención de la raza humana. Quisiera pese a todo saber cuánto debe en un balance de conjunto perdonársele a un pueblo que, no sin culpa de todos nosotros, ha tenido la historia más dolorosa entre todos los pueblos y al que se deben el hombre más noble (Cristo), el sabio más íntegro (Spinoza), el libro más influyente y la ley moral más eficaz del mundo. Además: en los tiempos más oscuros de la Edad Media, cuando la capa de nubes asiática se había extendido pesadamente sobre Europa, fueron los librepensadores, eruditos y médicos judíos los que sostuvieron el estandarte de la ilustración y de la independencia espiritual bajo la más dura coacción personal, y defendieron a Europa contra Asia; no es a sus esfuerzos a lo que menos ha de agradecerse que finalmente pudiera volver a alzarse con el triunfo una explicación del mundo más natural, más conforme a la razón y en cualquier caso no mítica, y que no se rompiera el anillo de la cultura que ahora nos liga con la ilustración de la antigüedad grecorromana. Si el cristianismo ha hecho todo por orientalizar Occidente, el judaísmo ha contribuido esencialmente a occidentalizarlo una y otra vez: lo que en determinado sentido significa tanto como hacer de la tarea y la historia de Europa una *continuación de las griegas*.

476

Aparente superioridad de la Edad Media. La Edad Media tiene en la Iglesia una institución con una meta enteramente universal, que comprendía en sí a toda la humanidad y que además valía para los —presuntos— intereses supremos de la misma: comparadas con esto, las metas de los Estados y de las naciones que muestra la más reciente historia producen una impresión sofocante; aparecen mezquinas, bajas, materiales y espacialmente limitadas. Pero esta diferente impresión sobre la fantasía no debe en absoluto determinar nuestro juicio; pues esa institución universal correspondía a necesidades artificiales, basadas en ficciones que ella tuvo que crear allí donde no estaban dadas (necesidad de redención); las nuevas instituciones remedian estados reales de necesidad; y llega el tiempo en que nacen instituciones para servir a las verdaderas necesidades comunes de todos los hombres y a sumir en la sombra y en el olvido el fantástico prototipo, la Iglesia católica.

477⁴⁰

La guerra, indispensable. Es vana quimera y belleza de alma esperar de la humanidad mucho aún (o incluso, sólo mucho sin más), cuando haya aprendido

⁴⁰ Cf. 22 [90]. Pp: «Es optimismo esperar todavía mucho de una humanidad que no está empeñada en ninguna guerra. El egoísmo furibundo, el odio entre las naciones, el *bellum omnium contra omnes*, es necesario para llevar a la humanidad primavera, verano y otoño».

a no guerrear. Por el momento no conocemos otro medio por el que esa ruda energía del campamento, ese profundo odio impersonal, esa sangre fría asesina con buena conciencia, ese común ardor⁴¹ organizador en el exterminio del enemigo, esa orgullosa indiferencia hacia grandes pérdidas, hacia la propia existencia y la de los allegados, ese sordo temblor sísmico de las almas, pudieran serles comunicados a los pueblos enervados tan intensa y seguramente como lo hace la guerra: los arroyos y torrentes que aquí brotan, los cuales por supuesto arrastran consigo piedras e inmundicias de toda índole y asolan los prados de delicados cultivos, bajo circunstancias favorables vuelven luego a accionar con renovada fuerza los engranajes en los talleres del espíritu. La cultura no puede prescindir en absoluto de las pasiones, los vicios y las maldades. Cuando los romanos del Imperio se cansaron un poco de las guerras, trataron de extraer fuerza renovada de las batidas de fieras, de los combates de gladiadores y de las persecuciones de cristianos. Los actuales ingleses, que en conjunto parecen haber renunciado también a la guerra, practican otro medio para regenerar esas fuerzas que desaparecen: esos peligrosos viajes de descubrimiento, navegaciones, ascensiones, emprendidos, según se dice, con fines científicos, pero en verdad para llevarse consigo a casa fuerza suplementaria de aventuras y peligros de toda índole. Se descubrirán todavía muchos de tales sucedáneos de la guerra, pero tal vez con ellos se irá comprendiendo cada vez más que una humanidad tan elevadamente cultivada y por consiguiente necesariamente fatigada como la de los europeos actuales, precisa no sólo de las guerras, sino de las guerras más grandes y terribles⁴² —es decir, de recaídas ocasionales en la barbarie— para no sacrificar a los medios de la cultura su cultura y su existencia mismas.

478

Laboriosidad en el sur y en el norte. La laboriosidad se produce de dos maneras diferentes. Los artesanos del sur llegan a ser laboriosos, no por deseo de lucro, sino por la constante menesterosidad de los demás. El herrero es laborioso porque siempre llega alguien que quiere herrar un caballo, arreglar un carro. Si no viniese nadie, andaría haraganeando por el mercado. En una tierra fértil no es gran apuro alimentarse: para ello no necesita más que una medida muy escasa de trabajo, en ningún caso laboriosidad; en último término, mendigaría y estaría contento. La laboriosidad de los obreros ingleses tiene por el contrario tras de sí el sentido lucrativo: es consciente de sí mismo y de su meta, y quiere con la propiedad el poder, con el poder las máximas libertad y distinción individual posibles.

479

La riqueza como origen de una nobleza de sangre. La riqueza produce necesariamente una aristocracia de la raza, pues permite elegir a las mujeres más bellas, pagar a los mejores maestros; depara al hombre aliño, tiempo para ejercicios fisi-

⁴¹ En *Cf.* se añadía el calificativo de «fraternal».

⁴² En *Md* se añadía: «(las socialistas probablemente)».

cos, y sobre todo dispensa de trabajo físico embrutecedor. Procura en tal medida todas las condiciones para hacer que, en unas cuantas generaciones, los hombres se muevan e incluso actúen elegante y hermosamente: la mayor libertad de ánimo, la ausencia de lo miserable y mezquino, de la degradación ante los que proporcionan el pan, de la tacañería. Precisamente estas cualidades negativas son el máximo lote de ventura para un hombre joven; a uno muy pobre habitualmente lo arruina la nobleza de actitud, no avanza ni obtiene nada, su raza no es viable. Pero ha además de tenerse en cuenta que la riqueza ejerce casi los mismos efectos si puede uno gastar trescientos o treinta mil táleros al año: luego ya no hay ninguna progresión esencial de las circunstancias favorables. Pero tener menos, mendigar y humillarse de niño es terrible: aunque pudiera ser el punto de partida idóneo para quienes buscan su fortuna en el esplendor de las cortes, en la subordinación a poderosos e influyentes, o para quienes quieren llegar a ser príncipes de la Iglesia. (Enseña a introducirse agachado por los pasadizos cavernarios del favor.)

480

Envidia y desidia en diversas direcciones. Los dos partidos antagónicos, el socialista y el nacional⁴³ —o cualesquiera que sean los nombres en los distintos países de Europa— son dignos uno del otro: en ambos son la envidia y la negligencia las fuerzas motrices. En aquel bando se quiere trabajar lo menos posible con las manos, en éste lo menos posible con la cabeza; en el último se odia y envidia a los individuos eminentes, hechos a sí mismos, que no se dejan alinear de buen grado con el fin de una acción de masas, en el primero a la mejor casta de la sociedad, más favorablemente situada exteriormente, cuya tarea propiamente dicha, la producción de los bienes de cultura supremos, hace interiormente tanto más penosa y dolorosa la vida. Por supuesto, si se logra hacer de ese espíritu de la acción de masas el espíritu de las clases superiores de la sociedad, las falanges socialistas están en su pleno derecho al intentar también exteriormente la nivelación entre sí y aquéllas, dado que interiormente, en la mente y en el corazón, están ya niveladas. ¡Si vivís como hombres superiores y seguís llevando a cabo las gestas de la cultura superior, todo cuando vive os reconoce vuestro derecho y el orden de la sociedad cuya cima sois está al abrigo de cualquier mala mirada y ataque!

481⁴⁴

La gran política y sus costes. Así como un pueblo no sufre los mayores costes que comportan la guerra y la preparación a la guerra por los gastos de la guerra, las paralizaciones en el comercio y el tráfico, ni tampoco por el mantenimiento de los ejércitos permanentes —por grandes que estos costes puedan ser hoy en día, cuando ocho Estados de Europa emplean en ellos anualmente la suma de dos a tres mil millones⁴⁵—, sino por el hecho de que año tras año los hombres

⁴³ nacional} Variante en *Md*: «nacional-liberal».

⁴⁴ Cf. 17 [94].

⁴⁵ dos a tres mil millones} Variante en *Md*: «2.184 millones».

más capaces, más vigorosos, más trabajadores, son sustraídos en número extraordinario a sus ocupaciones y profesiones propiamente dichas para ser soldados, así un pueblo que se apreste a hacer gran política y a asegurarse una voz decisiva entre los Estados más poderosos no sufre sus mayores costes allí donde habitualmente se los encuentra. Es verdad que a partir de este instante sacrifica sin cesar una gran cantidad de los talentos más eminentes en el «altar de la patria» o de la ambición nacional, mientras que antes a estos talentos que ahora devora la política les estaban abiertos otros campos de acción. Pero aparte de estas hecatombes públicas, y en el fondo mucho más espantoso que éstas, se desarrolla un drama que simultáneamente se representa sin cesar en cien mil actos: todo hombre capaz, trabajador, espiritual, afanoso, de un tal pueblo ávido de glorias políticas es dominado por esta avidez y ya no pertenece cabalmente, como antes, a su propia causa: las cuestiones y cuidados diariamente renovados del bien público engullen un tributo diario sobre el capital de mente y corazón de cada ciudadano: la suma de estos sacrificios y costes en energía y trabajo individuales es tan enorme, que el florecimiento político de un pueblo acarrea casi necesariamente un empobrecimiento y agotamiento espiritual, una menor capacidad ejecutiva para obras que exijan gran concentración y unilateralidad. Cabe por último preguntarse: *¿compensa*, pues, toda esta floración y fasto del todo (que, a la postre, sólo se manifiesta como temor de los otros Estados ante el nuevo coloso y como favorecimiento arrancado al extranjero de la prosperidad del comercio y el tráfico nacionales), si a esta tosca e irisada flor de la nación deben serle sacrificadas todas las plantas y cosechas más nobles, más delicadas, más espirituales, en que hasta entonces tan rico era su suelo?

482⁴⁶

Y dicho una vez más. Opiniones públicas, negligencias privadas⁴⁷.

⁴⁶ Cf. 19 [64].

⁴⁷ Este aforismo parafrasea el subtítulo, «vicios privados, virtudes públicas», de la *Fábula de las abejas*, del médico y filósofo inglés Bernard de Mandeville (1670-1733). Vid. también, *Schopenhauer como educador*, par. 1 (ed. cast., cit., págs. 701-705).

NOVENA PARTE
EL HOMBRE A SOLAS CONSIGO

483

Enemigos de la verdad. Las convicciones son enemigas de la verdad más peligrosas que las mentiras.

484

El mundo al revés. Se critica más acerbamente a un pensador cuando sostiene una tesis que nos es desagradable; y sin embargo sería más razonable hacerlo cuando su tesis nos es agradable.

485

De carácter. Un hombre parece tener carácter mucho más a menudo por seguir siempre su temperamento que por seguir siempre sus principios.

486

Lo único que es menester. Una cosa debe tenerse: o un sentido por naturaleza ligero o un sentido aligerado por el arte y el saber.

487

La pasión por cosas. Quien dirige su pasión sobre cosas (ciencias, bien del Estado, intereses culturales, artes) sustrae mucho ardor a su pasión por personas (incluso cuando éstas son representantes de esas cosas, tal como los estadistas, los filósofos, los artistas son representantes de sus creaciones).

488¹

La calma en la acción. Así como una cascada al precipitarse se va haciendo más lenta y retardada, así suele el gran hombre de acción obrar con *más* calma de lo que de su impetuoso deseo previo a la acción cabía esperar.

489

No demasiado profundamente. Las personas que abrazan en toda su profundidad una causa rara vez permanecen fieles a ella por siempre. Precisamente han sacado a la luz la profundidad: ahí siempre hay mucho malo que ver.

490

Desvarío de los idealistas. Todos los idealistas se imaginan que las causas a las que sirven son esencialmente mejores que las demás causas del mundo, y no quieren creer que si es que su causa ha de prosperar, ha menester precisamente el mismo estiércol maloliente de que tienen necesidad todas las demás empresas humanas.

491

Autoobservación. El hombre está muy bien defendido contra sí mismo, contra la exploración y el asedio de sí mismo; no puede habitualmente percibir ya más de sí que sus obras externas. La ciudadela propiamente dicha le es inaccesible, incluso invisible, a no ser que amigos y enemigos hagan de traidores y le introduzcan a él mismo por secreto camino.

492

La profesión acertada. Rara vez desempeñan los hombres una profesión de la que no crean o se persuadan que en el fondo es más importante que todas las demás. Lo mismo sucede a las mujeres con sus amantes.

493

Nobleza de actitud. La nobleza de actitud consiste en gran parte en bonhomía y en falta de desconfianza, y por tanto contiene precisamente aquello sobre lo que a los hombres codiciosos y de éxito les gusta pasar con superioridad e ironía.

494

Meta y caminos. Muchos son obstinados respecto al camino una vez tomado, pocos respecto a la meta.

¹ *Fp*: «Cascada cayendo; gran hombre; impulso juvenil impetuoso».

495²

Lo que solivianta en una manera de vivir individual. Todos los regímenes de vida muy individuales sublevan a las personas contra quien los abraza; se sienten rebajadas, como seres ordinarios, por el trato extraordinario que aquél se concede.

496³

Privilegio de la grandeza. Es el privilegio de la grandeza hacer sumamente feliz con obsequios modestos.

497

Involuntariamente aristocrático. El hombre se comporta de manera involuntariamente aristocrática cuando se ha habituado a no querer nada de los hombres y siempre darles.

498⁴

Condición del heroísmo. Si alguien quiere llegar a ser un héroe, la serpiente debe haberse convertido previamente en dragón⁵; de lo contrario, le falta el enemigo adecuado.

499⁶

Amigo. La congratulación, no la compasión, hace al amigo.

500⁷

Aprovechar el flujo y reflujó. Con el fin del conocimiento, debe saberse aprovechar esa corriente interna que nos atrae hacia una cosa y, a su vez, aquella que, tras un tiempo, nos aparta de ella.

501

Goce de sí. «Goce de la cosa», se dice; pero en verdad es goce de sí por mediación de una cosa.

502

El modesto. Quien es modesto con las personas muestra tanto más intensamente su arrogancia con las cosas (la ciudad, el Estado, la sociedad, la época, la humanidad.) Esta es su venganza.

² *Ip*: «Todos los regímenes de vida muy individuales son calificados de poco prácticos por casi todas las demás personas: para éstas también lo serían».

³ *Ip*: 23 [92].

⁴ *Ip*: 24 [8].

⁵ Cf. Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, I, pág. 173 (ed. cast., cit., pág. 123): «serpens, nisi serpentem comederit, non fit draco» [«La serpiente, si no se come a la serpiente, no se convierte en dragón»].

⁶ *Ip*: 19 [9]. Cf.: «La congratulación hace al amigo, la compasión al compañero de penas».

⁷ Cf. 21 [47].

503

Envidia y celos. La envidia y los celos son las partes pudendas del alma humana. La comparación puede quizá llevarse más lejos⁸.

504

El hipócrita más distinguido. No hablar en absoluto de sí es una hipocresía muy distinguida.

505

Fastidio. El fastidio es una enfermedad corporal que de ninguna manera desaparece ya mediante la supresión posterior del motivo del fastidio.

506

Representantes de la verdad. No cuando es peligroso decirla, sino cuando es aburrido, es cuando más raramente encuentra la verdad representantes.

507

Más molestos aún que los enemigos. Las personas de cuya conducta simpática no estamos convencidos a todo trance, mientras que alguna razón (p. ej., la gratitud) nos obliga a mantener por nuestra parte la apariencia de la simpatía incondicional, atormentan nuestra fantasía mucho más que nuestros enemigos.

508

La libre naturaleza. Estamos tan a gusto en la naturaleza libre porque ésta no tiene ninguna opinión sobre nosotros⁹.

509

Cada uno superior en una cosa. En circunstancias civilizadas cada cual se siente superior a los demás al menos en una cosa: en eso estriba la benevolencia general, en cuanto cada uno puede eventualmente ayudar y por tanto dejarse ayudar sin vergüenza.

510

Medios de consuelo. Cuando alguien muere, son casi siempre menester motivos de consuelo, no tanto para mitigar la fuerza del dolor como para disculpar el hecho de que uno se sienta tan fácilmente consolado.

⁸ *Fp* continúa: «Tampoco hay gestos: el cuerpo los silencios».

⁹ Cf. la carta de Nietzsche a Rée de junio de 1877.

511

*Los fieles a sus convicciones*¹⁰. Quien tiene mucho que hacer mantiene casi inalterados sus pareceres y puntos de vista generales. Igualmente todo el que trabaja al servicio de una idea: nunca más examinará la idea misma, ya no tiene tiempo para eso; más aún, va contra su interés tenerla siquiera por discutible.

512

Moralidad y cantidad. La superior moralidad de un hombre en comparación con la de otro no radica con frecuencia más que en el hecho de que las metas son cuantitativamente mayores. Al otro lo rebaja la ocupación con el pormenor, en un círculo estrecho.

513¹¹

La vida como rédito de la vida. Por lejos que se proyecte el hombre con su conocimiento, por objetivo que se antoje a sí mismo, al final no se lleva más que su propia biografía.

514

La férrea necesidad. La férrea necesidad es una cosa de la que en el curso de la historia los hombres comprenden que no es ni férrea ni necesaria.

515

Por experiencia. La sinrazón de una cosa no es un argumento contra su existencia, más bien una condición de la misma.

516

Verdad. Nadie muere hoy en día de verdades mortales: hay demasiados contravenenos.

517

Discernimiento fundamental. No hay una armonía preestablecida¹² entre el fomento de la verdad y el bien de la humanidad¹³.

518

Sino humano. Quien piensa más profundamente sabe que, ya puede actuar y juzgar como quiera, nunca acierta.

¹⁰ Título en *Md*: «Alto en el progreso del conocimiento».

¹¹ Cf. 23 [157].

¹² Armonía preestablecida: concepción del mundo sustentada por el filósofo y erudito alemán Wilhelm Gottfried Leibniz (1646-1716), según la cual la sustancia de aquél estaría compuesta de mónadas, elementos individuales cuya armonía estaría predeterminada por Dios.

¹³ Este aforismo formaba originariamente parte de 23 [82].

519

*La verdad como Circe*¹⁴. El error ha hecho de animales hombres; ¿sería la verdad capaz de volver a hacer del hombre un animal?

520¹⁵

Peligro de nuestra cultura. Pertenece a una época cuya cultura está en peligro de sucumbir a los medios de la cultura.

521

Grandeza significa: señalar la dirección. Ningún río es grande y caudaloso por sí mismo, sino por recibir y conducir adelante tantos afluentes secundarios. Lo mismo pasa con todas las grandezas del espíritu. Lo que importa es que alguien marque el rumbo que luego tantos afluentes deben seguir; no si desde un principio está pobre o ricamente dotado.

522

Conciencia débil. Los hombres que hablan de su importancia para la humanidad¹⁶ tienen una conciencia débil respecto a la honestidad burguesa común en el mantenimiento de compromisos, promesas.

523

Querer ser amado. La exigencia de ser amado es la mayor de las arrogancias.

524

Desdén por los hombres. El indicio más inequívoco del menosprecio de los hombres es que a cada cual uno lo acepta como medio para *su fin* o no lo admite en absoluto.

525

Adeptos por contradicción. Quien ha llevado a los hombres contra sí hasta el furor, siempre se ha ganado también un partido a favor suyo.

¹⁴ Según la mitología griega, el dios Pico habría sido metamorfoseado en pájaro por la hechicera Circe como castigo por haberla rechazado, fiel a la ninfa Canente.

¹⁵ Cf. 18 [2], 19 [65], HDH 477.

¹⁶ los hombres] En una versión de este aforismo de principios de 1874 o tal vez del verano de 1876, este aforismo comenzaba: «Los hombres de ideal», y en otra de septiembre de 1876: «Quienes persiguen una meta superior».

526

Olvidar vivencias. Quien piensa mucho, y por cierto piensa prácticamente, olvida con facilidad sus propias vivencias, pero no los pensamientos que ellas provocaron.

527

Aferrarse a una opinión. El uno se aferra a su opinión porque presume de haber llegado a ella por sí mismo; el otro, porque la ha aprendido con esfuerzo y está orgulloso de haberla comprendido: es decir, ambos por vanidad.

528

*Rehuir la luz*¹⁷. La buena acción rehúye tan medrosamente la luz como la mala acción: ésta teme que la divulgación traiga el dolor (como castigo); aquélla, que con la divulgación se desvanezca el contento (a saber, ese puro contento de sí mismo que cesa en cuanto se agrega una satisfacción de la vanidad).

529

*La duración del día*¹⁸. Si se tiene mucho que meter, un día tiene cien bolsillos.

530

Genio tiránico. Cuando en el alma se despiertan unas ganas incoercibles de imponerse tiránicamente y se mantiene constante el fuego, incluso un talento mediocre (en políticos, artistas) se convierte paulatinamente en una fuerza natural casi irresistible.

531

La vida del enemigo. Quien vive de combatir a un enemigo, tiene interés en que éste siga con vida.

532¹⁹

Más importante. Se considera más importante la cosa oscura no explicada que la clara explicada.

533

Valoración de los servicios dispensados. Las prestaciones de servicios que alguien nos dispensa las estimamos según el valor que él les concede, no según el que tienen para nosotros.

¹⁷ Título diferente en *Md*: «El deseo de permanecer oculto».

¹⁸ Título diferente en *Md*: «Según la cosecha».

¹⁹ *Fp*: 19 [108].

534

Desgracia. La distinción que la desgracia implica (como si sentirse feliz fuese un signo de superficialidad, de simpleza, de ordinariez) es tan grande, que suele protestarse cuando alguien le dice a uno: «¡Pero qué feliz es usted!».

535

Fantasia del miedo. La fantasía del miedo es ese malicioso gnomo simiesco que aún se encarama a los hombros del hombre precisamente cuando éste tiene que llevar lo más pesado.

536

Valor de adversarios insulsos. A veces se permanece fiel a una causa sólo porque sus adversarios no dejan de ser insulsos.

537

Valor de una profesión. Una profesión hace irreflexivo²⁰; en esto radica su máximo beneficio. Pues es un baluarte tras el cual puede uno admisiblemente replegarse cuando le asaltan escrúpulos y preocupaciones de índole general.

538

Talento. El talento de no pocas personas aparece menor de lo que es porque siempre se han planteado tareas demasiado grandes.

539²¹

Juventud. La juventud es desagradable; pues en ella no es posible o no es razonable ser productivo, en ningún sentido.

540

*Metas demasiado grandes*²². Quien se plantea públicamente metas demasiado grandes y luego comprende en privado que es demasiado débil para ellas, tampoco tiene habitualmente fuerza suficiente para renunciar públicamente a esas metas, y entonces se convierte irremisiblemente en un hipócrita.

541

En la corriente. Las corrientes de agua fuerte arrastran consigo muchos guijarros y arbustos; los espíritus fuertes, muchas mentes estúpidas y confusas.

²⁰ *Gedankenlos*. Literalmente, «carente de pensamiento».

²¹ *Ep.*: 18 [42].

²² Título diferente en *Md.*: «Hipócritas por necesidad».

542

Peligro de la liberación espiritual. De la liberación espiritual de un hombre seriamente acometida sus pasiones y deseos esperan en silencio extraer también una ventaja.

543

*Encarnación del espíritu*²³. Cuando alguien piensa mucho y prudentemente, no sólo su rostro, sino también su cuerpo, adquieren un aire prudente²⁴.

544

Ver mal y oír mal. Quien ve poco, ve cada vez menos; quien oye mal, siempre oye algo más.

545²⁵

Modestia en la vanidad. El vanidoso no quiere tanto sobresalir como sentirse sobresaliente, por lo que no desdénia ningún medio de autoengaño y de autoembaucamiento. Lo que le importa no es la opinión de los demás, sino su opinión sobre la opinión de éstos.

546²⁶

Vanidoso por excepción. El de ordinario modesto es por excepción vanidoso y²⁷ receptivo para con la fama y los elogios cuando está físicamente enfermo²⁸. En la medida en que se pierde, tiene que intentar recobrase a partir de la opinión ajena, desde fuera.

547

*Los «ingeniosos»*²⁹. No tiene ingenio el que busca el ingenio³⁰.

²³ Título diferente en *Md*: «Efecto físico de la vivacidad espiritual».

²⁴ En *Fp* se continuaba: «Pero ¿no son los eruditos conocidos por su torpeza y desmaña? La tesis debe por tanto ser falsa.»

²⁵ *Fp*: 20 [6].

²⁶ Cf. 19 [43], 19 [44].

²⁷ modesto] *Fp*: «modesto, cuando deviene vanidoso, lo siente como un acceso morboso. Esto le enfurece, pero no se avergüenza. De hecho, es particularmente».

²⁸ Aquí terminaba este aforismo en *Fp*.

²⁹ «*Geistreichen*». Ante la insuficiencia de «espirituales» y la incorrección de «espiritosos», hemos optado en esta ocasión, dada la polisemia de *Geist* (obsévese que las comillas son debidas a Nietzsche), por «ingeniosos» e «ingenio», respectivamente. Vid. supra Parte V, notas 55 y 56.

³⁰ En *Fp* se añadía: «(del mismo modo que el verdadero músico antes bien huye de la música que corre tras ella)».

548

Advertencia a los jefes de partido. Cuando se puede impulsar a las gentes a declararse públicamente en pro de algo, la mayoría de las veces se las ha llevado también a declararse interiormente en pro de ello; quieren que en lo sucesivo se les tenga por consecuentes.

549³¹

Desprecio. El hombre es más sensible al desprecio de otros que al suyo propio.

550³²

La sogá de la gratitud. Hay almas de esclavo que llevan tan lejos el reconocimiento por favores dispensados, que se estrangulan a sí mismas con la sogá de la gratitud.

551

Ardid de profeta. Para adivinar de antemano el modo de actuar de personas ordinarias, debe suponerse que siempre hacen el mínimo dispendio de espíritu para librarse de una situación desagradable.

552

*El único derecho del hombre*³³. Quien se desvía de lo tradicional es víctima de lo extraordinario; quien permanece en lo tradicional es esclavo de ello. En cualquier caso se encamina al desastre.

553

Por debajo del animal. Cuando el hombre relincha de risa, sobrepasa en vulgaridad a todos los animales.

554

Saber a medias. El que habla poco un idioma extranjero extrae de él más placer que el que lo habla bien³⁴. El goce está con los que saben a medias.

³¹ Cf. 17 [15], HDH 117.

³² Fp: 22 [99].

³³ Título diferente en *Md*: «Vivir según la expresión o la tradición».

³⁴ En Fp se añadía: «pues siente lo mucho que destaca frente a todos los que no lo entienden; el otro en cambio advierte ya cómo no puede compararse con aquellos que lo hablan muy bien. Por lo demás, se cae de su peso».

555³⁵

Solicitud peligrosa. Hay personas que quieren hacer gravosa la vida a los hombres sin otro motivo que ofrecerles luego sus recetas para aliviar la vida, por ejemplo, su cristianismo.

556

Diligencia y escrupulosidad. La diligencia y la escrupulosidad son muchas veces antagónicas por el hecho de que la diligencia quiere coger los frutos del árbol verdes, pero la escrupulosidad los deja colgar demasiado tiempo, hasta que caen y se hacen pedazos.

557

Sospechar. Se intenta sospechar de las personas que no se puede sufrir.

558³⁶

Faltan las circunstancias. Muchas personas se pasan toda su vida esperando la ocasión de ser buenas a *su* manera.

559

Carencia de amigos. La carencia de amigos permite inferir envidia o arrogancia. No pocos deben sus amigos a la feliz circunstancia de no tener ningún motivo para la envidia³⁷.

560

*Peligro de la pluralidad*³⁸. Con un talento de más se está a menudo más inseguro que con uno de menos: lo mismo que la mesa está mejor sobre tres que sobre cuatro patas.

561

De modelo para los demás. Quien quiera dar un buen ejemplo debe agregar a su virtud un grano de insensatez: entonces uno imita y al mismo tiempo se eleva por encima del imitado; lo cual encanta a los hombres.

³⁵ Cf. 16 [7].

³⁶ *Fp*: 19 [37].

³⁷ a la feliz circunstancia] Variante en *Fp*: «al afortunado don de mantener ocultas la envidia y la arrogancia».

³⁸ Título diferente en *Md*: «Ventaja de la limitación».

562

Servir de blanco. La maledicencia de los demás sobre nosotros con frecuencia no va con nosotros propiamente hablando, sino que es la exteriorización de un enojo, de una destemplanza por motivos enteramente distintos.

563

Fácilmente resignado. Se sufre poco de deseos frustrados si uno ha ejercitado su fantasía en afear el pasado.

564

En peligro. Cuando más en peligro se está de ser atropellado es cuando se acaba de esquivar un vehículo.

565

Según la voz, el papel. El que tiene que hablar en voz más alta de lo que está acostumbrado (por ejemplo, con alguien medio sordo o ante un gran auditorio), exagera de ordinario las cosas que tiene que participar. Más de uno se convierte en conspirador, propagador de calumnias, intrigante, meramente porque su voz se presta óptimamente para el cuchicheo.

566³⁹

Amor y odio. El amor y el odio no son ciegos, pero les ciega el fuego que ellos mismos comportan.

567

*Hostilizado con ventaja.*⁴⁰ Las personas incapaces de dejarle al mundo completamente claros sus méritos tratan de despertar una enconada hostilidad. Tienen entonces el consuelo de pensar que ésta se interpone entre sus méritos y el reconocimiento de los mismos, y que muchos otros presumen lo mismo: lo cual es muy ventajoso para su reputación.

568⁴¹

Confesión. Uno olvida su culpa cuando se la ha confesado a otro, pero el otro no suele olvidarla.

³⁹ Cf. 21 [40].

⁴⁰ Título diferente en *Md*: «Hacerse pasar por hereje».

⁴¹ *fp*: 18 [56].

569

Autosuficiencia. El toisón de oro de la autosuficiencia protege contra los estacazos, pero no contra los alfilerazos.

570

*Sombra en la llama*⁴². La llama no se es a sí misma tan brillante como a las demás cosas que ilumina: así también el sabio.

571

Opiniones propias. La primera opinión que se nos ocurre cuando de improviso se nos pregunta sobre una cosa no es habitualmente propia nuestra, sino sólo la corriente, la inherente a nuestra casta, posición, extracción; las opiniones propias rara vez sobrenadan en la superficie.

572

Origen de la valentía. El hombre corriente es valiente e invulnerable como un héroe cuando no ve el peligro, cuando no tiene ojos para él. A la inversa: el héroe tiene en la espalda, es decir, allí donde no tiene ojos, el único sitio invulnerable.

573

Peligro en el médico. Uno tiene que haber nacido para su médico; de lo contrario, sucumbe a su médico.

574

Vanidad prodigiosa. Quien con osadía ha profetizado el tiempo por tres veces y ha tenido éxito, en el fondo de su alma cree un poco en sus dotes proféticas. Admitimos lo prodigioso, irracional, cuando halaga nuestra autoestima.

575

Profesión. Una profesión es la espina dorsal de la vida.

576

Peligro de la influencia personal. Quien siente que ejerce una gran influencia interior sobre otro, debe darle absolutamente rienda suelta, más aún, ver con buenos ojos resistencias ocasionales e incluso provocarlas: de lo contrario se creará irremisiblemente un enemigo.

⁴² Título diferente en Mcl: «Insatisfecho de sí».

577

Aceptar al heredero. Quien con actitud abnegada ha fundado algo grande cuida de educarse herederos. Es⁴³ signo de una naturaleza tiránica e innoble ver adversarios en todos los posibles herederos de la obra de uno y vivir en estado de alerta contra ellos⁴⁴.

578

Saber a medias. El saber a medias tiene más éxito que el saber cabal: conoce las cosas más simplemente de lo que son y hace por consiguiente más asequible y convincente su opinión.

579

No apto para hombre de partido. Quien piensa mucho no es apto para hombre de partido: piensa demasiado pronto más allá del partido.

580

Mala memoria. La ventaja de la mala memoria es que se disfruta por vez primera de las mismas cosas buenas varias veces.

581⁴⁵

Causarse dolores. La falta de escrúpulos del pensamiento es con frecuencia signo de una actitud interna insatisfecha a la que apestece aturdimiento.

582⁴⁶

Mártir: El discípulo de un mártir sufre más que el mártir.

583⁴⁷

Vanidad rezagada. La vanidad de no pocas personas que no tendrían necesidad de ser vanidosas es el hábito residual y ahora adulto de la época en que no tenían aún derecho a creer en sí y no hacían sino mendigar de otros la calderilla de esta creencia.

⁴³ grande] *Fp*: «noble, cuida de tener herederos; es.

⁴⁴ vivió] *Fp*: «hacer el desierto en torno a sí».

⁴⁵ *Fp*: 18 [6].

⁴⁶ Cf. *HDH* 46.

⁴⁷ *Fp*: 19 [45].

584

Punctum saliens⁴⁸ *de la pasión*. Quien está por montar en cólera o entregarse a un violento afecto amoroso, llega a un punto en que el alma está llena como un tonel; pero, sin embargo, debe añadirse una gota de agua: la buena voluntad para la pasión (que habitualmente se llama también la mala). Sólo es necesario este puntito; entonces el tonel se desborda.

585

Pensamiento de despecho. Sucede con los hombres como con las carboneras en el bosque. Sólo cuando han ardido y están carbonizados son los jóvenes, como aquéllas, *útiles*. Mientras vahean y humean son quizá más interesantes, pero inútiles y, con demasiada frecuencia, incómodos. La humanidad emplea implacablemente a todos los individuos como material de combustión de sus grandes máquinas; pero ¿para qué las máquinas, si todos los individuos (es decir, la humanidad) sólo sirven para alimentarlas? Máquinas que son fin para sí mismas: ¿es esto la *humana commedia*⁴⁹?

586

De la aguja horaria de la vida. La vida consiste en raros momentos aislados de suma significación y de incontables intervalos en los que, en el mejor de los casos, nos rodean las sombras de esos momentos. El amor, la primavera, cualquier bella melodía, la montaña, la luna, el mar, todo le habla plenamente al corazón una sola vez, si es que en general toma alguna vez la palabra. Pues muchas personas no tienen en absoluto esos momentos y son ellas mismas intervalos y pausas en la sinfonía de la vida real.

587

Atacar o intervenir. Cometemos a menudo el error de hostilizar vivamente una tendencia, un partido o una época porque casualmente sólo llegamos a ver su aspecto exterior, su marchitez o los «defectos de sus virtudes»⁵⁰ de que necesariamente adolecen, quizá porque nosotros mismos hemos participado especialmente de ellos. Entonces les volvemos la espalda y buscamos una orientación opuesta; pero lo mejor sería buscar los aspectos buenos y fuertes o desarrollarlos en uno mismo. Por supuesto, para promover lo deviniente e imperfecto se requiere una mirada más penetrante y una mejor voluntad que para calarlo en su imperfección y repudiarlo⁵¹.

⁴⁸ «Punto saliente».

⁴⁹ «Comedia humana».

⁵⁰ Cf. George Sand: «Cada cual tiene los defectos de sus virtudes». Aurora Dupin, baronesa Dudevant, llamada George Sand (1804-1876): novelista francesa.

⁵¹ En *CI* se añadía: «Así, tengo todo el derecho a mi crítica del filisteo de la cultura y de la enfermedad histórica; pero mejor sería apoyar al mundo moderno, no dejarlo en la estacada». Nietzsche hace aquí alusión a sus primera (1873) y segunda (1874) *Consideraciones intempestivas*.

588

Modestia. Hay ⁵² modestia verdadera (es decir, el reconocimiento de que no somos nuestras propias obras), y sin duda conviene al gran espíritu, pues precisamente éste puede comprender la idea de la plena irresponsabilidad (también por lo bueno que produce). No se odia la inmodestia del grande porque éste sienta su fuerza, sino porque sólo quiere probar su fuerza hiriendo a los demás, tratándolos despóticamente y comprobando hasta qué punto lo aguantan. De ordinario esto prueba incluso la falta de seguridad en su fuerza y hace dudar a los hombres de su grandeza. En tal medida, la inmodestia es muy desaconsejable desde el punto de vista de la prudencia.

589 ⁵³

El primer pensamiento del día. El mejor medio de comenzar cada día es pensar, al despertar, si en este día no podría dársele al menos a una persona una alegría. Si esto pudiera aceptarse en sustitución de la costumbre religiosa de la oración, los semejantes extraerían una ventaja de este cambio.

590

La arrogancia como último medio de consuelo. Cuando uno interpreta una calamidad, su insuficiencia intelectual, su enfermedad, de tal modo que ve en ello su destino inexorable, su puesta a prueba o el misterioso castigo de faltas anteriores, hace con ello interesante su propio ser y se eleva idealmente por encima de sus semejantes. El pecador orgulloso es una figura conocida en todas las sectas eclesiásticas.

591

Vegetación de la felicidad. Muy cerca del dolor del mundo, y a menudo en el terreno volcánico del mismo, ha plantado el hombre sus pequeños jardines de felicidad ⁵⁴; ya se contemple la vida con los ojos del que no le pide a la existencia más que conocimiento o del que se abandona y resigna, o del que goza con la dificultad vencida, siempre se encuentra un poco de felicidad sembrada junto al infortunio —y por cierto que tanta más felicidad cuanto más volcánico sea el terreno—; pero sería ridículo decir que con esta felicidad está justificado el sufrimiento mismo.

592

La ruta de los antepasados. Es razonable que alguien desarrolle en sí mismo el talento al que su padre o su abuelo dedicaron sus esfuerzos, y no mude a algo

⁵² Hay] En *Cf.* «Quien se humilla quiere ser ensalzado; este es el [curso del mundo] sentido de la modestia habitual. Sin embargo, hay». *Cf. HDH*, 87; 21 [52].

⁵³ *Cf.* 16 [13] y la carta a Malvida con Meysenburg de mediados de marzo de 1875.

⁵⁴ Muy cerca] En *Cf.* «El dolor del mundo ha llevado a los hombres a extraer de él cierta especie de felicidad». *Cf. HDH*, 292.

enteramente nuevo; de lo contrario, se priva de la posibilidad de alcanzar la perfección en cualquier oficio que sea. Por eso dice el proverbio: «¿Por qué ruta debes cabalgar? Por la de tus antepasados».⁵⁵

593

La vanidad y la ambición como educadoras. Mientras uno no se haya convertido en instrumento del bien común humano, puede que la ambición lo torture; pero si alcanza esa meta, si trabaja necesariamente, como una máquina, por lo mejor para todos, entonces puede sobrevenir la vanidad; ésta le humanizará en lo menor, le hará más sociable, más tolerable, más indulgente, una vez la ambición haya acabado el trabajo sucio con él (hacerle útil).

594⁵⁶

Novicios filosóficos. Si uno acaba de recibir la sabiduría de un filósofo, anda por las calles con la sensación como de haberse transmutado y haberse convertido en un gran hombre; puesto que no se encuentra más que gentes que ignoran esta sabiduría, respecto a todo tiene por tanto que proponer un nuevo veredicto desconocido: puesto que conoce un código, se cree uno ahora obligado a dárse las también de juez.

595⁵⁷

Agradar por desagrado. Las personas que prefieren llamar la atención y con ello desagradar, pretenden lo mismo que quienes quieren no llamar la atención y agradar, sólo que en un grado mucho más elevado e indirectamente, mediante un método por el que aparentemente se alejan de su meta. Quieren influencia y poder, y por eso muestran su superioridad incluso de tal manera que desagradan; pues saben que quien ha logrado finalmente el poder agrada en casi todo lo que hace y dice, y que, incluso cuando desagrada, parece no obstante agradar. También el librepensador, y asimismo el creyente, quieren poder, para algún día agradar por él; si a causa de su doctrina les amenaza un destino adverso, persecución, prisión, suplicio, se complacen pensando que de este modo su doctrina queda labrada a fuego y hierro en la humanidad; lo aceptan como un medio doloroso, pero eficaz, aunque de efecto retardado, para llegar pese a todo al poder.

⁵⁵ Por eso dicen. Diferente final en *Cf.*: «¿En eso debieran pensar los jóvenes!»

⁵⁶ *Cf.* 22 [6].

⁵⁷ *Ep.* 16 [25]. Variante de principios de 1874 o tal vez del verano de 1876: «Los hombres prefieren llamar la atención desagradando, más bien que agradar y pasar desapercibidos: de donde resulta claramente que les importa menos la felicidad que el poder. El sentimiento de sorprender desagradablemente cuenta para ellos menos que el sentimiento de su independencia y por tanto de dominio; dicho de otro modo: la felicidad que el poder puede procurarles les atrae más que la felicidad más fácil de la complacencia; además, el poderoso está en condiciones de exigir que se le complazca en muchas cosas.»

596⁵⁸

*Casus belli*⁵⁹ y análogos. El príncipe que, una vez tomada la decisión de declararle la guerra al vecino, discurre un *casus belli*, se parece al padre que le da a su hijo una madre suplente que en adelante debe pasar por auténtica. ¿Y no son tales madres suplentes casi todos los motivos de nuestras acciones dados a conocer públicamente?

597

Pasión y derecho. Nadie habla más apasionadamente de sus derechos que quien en el fondo de su alma tiene una duda sobre los mismos. Poniendo la pasión de su parte, quiere anestesiar el entendimiento y la duda de éste: así obtiene la buena conciencia y con ello el éxito entre sus semejantes.

598⁶⁰

Ardid de abstigente. Quien protesta contra el matrimonio a la manera de los sacerdotes católicos, tratará de entenderlo en su acepción más vil, más vulgar. Igualmente, quien rehúsa la reverencia de sus contemporáneos, tendrá por vil el concepto de la misma: así se facilita la renuncia y la lucha contra ella. Por lo demás, quien se niega mucho en lo grande, se concederá fácilmente indulgencia en lo pequeño. Sería posible que quien se ha elevado por encima del aplauso de sus contemporáneos no quisiera, sin embargo, negarse la satisfacción de pequeñas vanidades.

599⁶¹

Edad de la arrogancia. Entre los veintiséis y los treinta años se da entre los hombres de talento el período de la arrogancia propiamente dicho; es la época de la primera madurez, con un fuerte residuo de acidez. Mediante esa mirada, ese gesto de arrogancia, ese tono de voz que un oído y una vista aguzados reconocen en todas las producciones de esa edad, sean poemas, filosofías o cuadros y música, se exige, en razón de lo que uno siente en sí, reverencia y humillación de personas que nada o poco saben de ello. Los hombres experimentados de más edad se sonríen ante ello y recuerdan con emoción esta hermosa edad en que uno se enoja por el sino de *ser tanto y parecer tan poco*. Después uno *parece* realmente más, pero ha perdido la buena fe en *ser* mucho: a menos que se sea toda la vida un incorregible chiflado de la vanidad.

⁵⁸ *Fp.* 19 [54].

⁵⁹ «Motivo de guerra».

⁶⁰ Cf. 19 [11].

⁶¹ Cf. 22 [47]. *Fp.* «Entre los veintiséis y los treinta años la primera madurez se exterioriza mediante la arrogancia. No pocos conservan la expresión de la arrogancia. Siempre se la reconoce, se la sonríe, pertenece a la juventud (también al genio). ¡Con nada son las personas ancianas tan delicadas!».

600⁶²

Engañoso y sin embargo sólido. Así como para pasar junto a un precipicio o cruzar un profundo arroyo sobre un tronco se precisa una barandilla, no para asirse a ella —pues en seguida se rompería—, sino para darle a la vista la sensación de seguridad, así de joven ha uno menester personas que inconscientemente nos presten el servicio de esa barandilla; verdad es que no nos ayudarían si en un gran peligro quisiéramos realmente apoyarnos en ellas, pero dan la tranquilizadora sensación de una protección cercana (por ejemplo, padres, maestros, amigos, tal como son de ordinario todos ellos).

601⁶³

Aprender a amar. Uno debe aprender a amar, aprender a ser bondadoso, y esto desde joven; si la educación y el azar no nos dan ninguna ocasión de ejercitar estos sentimientos, nuestra alma se seca y ya no es capaz de comprender siquiera esas tiernas invenciones de las personas afectuosas. Igualmente debe aprenderse y alimentarse el odio si quiere uno llegar a ser un buen odiador: de lo contrario, también el germen para ello irá muriéndose poco a poco.

602

Las ruinas como adorno. Quienes pasan por muchas mutaciones espirituales conservan algunos pareceres y hábitos de estados anteriores, que luego afloran en su nuevo pensar y actuar como un pedazo de inexplicable antigüedad y vetusta muralla: a menudo para ornamento de todo el paraje.

603

*Amor y honor*⁶⁴. El amor desea⁶⁵, el temor⁶⁶ evita. Por eso no puede uno ser simultáneamente amado y honrado⁶⁷ por la misma persona, al menos durante el mismo lapso de tiempo. Pues quien honra reconoce el poder, esto es, lo teme⁶⁸; su estado es de respeto⁶⁹. Pero el amor no reconoce ningún poder, nada que separe, establezca diferencias, anteponga y subordine. Porque no honra es por lo que las personas ambiciosas⁷⁰ son recalitrantes, secreta o abiertamente, a ser amados.

⁶² *Fp.* «Padres y maestros funcionan como barandillas (aunque no sostienen, dan seguridad a la mirada)».

⁶³ *Fp.* «A amar debe aprenderse de joven. El odio puede extirparse cuando no se lo ejercita».

⁶⁴ *Ehre.*

⁶⁵ *begehrt.*

⁶⁶ *Furcht.*

⁶⁷ *geehrt.*

⁶⁸ *fürchtet.*

⁶⁹ *Ehr-furcht.*

⁷⁰ *ehrsüchtige.*

604

Prejuicio en favor de las personas frías. Las personas que se enardecen rápidamente también se enfrían enseguida y no son por ello, en general, muy formales. De ahí el prejuicio favorable de que los que son siempre fríos o se fingen tales son personas dignas de confianza y formales: se les confunde con los que se enardecen lentamente, pero conservan el ardor por mucho tiempo.

605

Lo peligroso de las opiniones libres. El fácil ocuparse de opiniones libres produce una excitación, como una especie de prurito; si se cede a él, uno empieza a rascarse la zona; hasta que finalmente se da origen a una dolorosa herida abierta, es decir, hasta que la opinión libre comienza a turbarnos, a atormentarnos en nuestra situación vital, en nuestras relaciones humanas.

606

Ansia de dolor profundo. Una vez ha pasado, la pasión deja un anhelo de sí misma y al desaparecer aún lanza una mirada seductora. Debe de haber producido una especie de placer haber sido azotado con su látigo. Los sentimientos más moderados aparecen por contra insípidos; al parecer, siempre se prefiere el dis-placer más violento al placer insulso.

607

Enfado con los demás y con el mundo. Cuando, como tan a menudo sucede, descargamos nuestro enfado sobre los demás, mientras propiamente hablando lo sentimos contra nosotros mismos, en el fondo nos afanamos por ofuscar y engañar nuestro juicio: queremos motivar *a posteriori* este enfado en descuidos, defectos de los demás, y así nos perdemos de vista a nosotros mismos. Las personas religiosamente estrictas, que son jueces implacables para consigo mismas, son al mismo tiempo las que peores cosas han dicho de la humanidad en general: nunca ha habido un santo que se reservara para sí los pecados y para los demás las virtudes; ni tampoco que, según el precepto de Buda⁷¹, ocultase a las gentes lo bueno de sí y únicamente les dejase ver lo malo⁷².

608

Causa y efecto, confundidos. Buscamos inconscientemente los principios y dogmas adecuados a nuestro temperamento, de modo que acaba por parecer

⁷¹ Siddhartha Gautama, llamado Buda (ca. 556-ca. 480 a. C.): fundador de la religión que lleva su nombre.

⁷² En *Cf* se añadía: «Cristo dice en cambio (*Mat.*): que las gentes vean vuestras buenas acciones». Cf. Mateo, 5:16: «Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».

como si los principios y dogmas hubieran creado nuestro carácter, le hubieran dado firmeza y seguridad, cuando precisamente ha sido al revés. A toro pasado, parece como si debiera hacerse de nuestro pensamiento y nuestro juicio la causa de nuestro modo de ser; pero, en realidad, es nuestro modo de ser la causa de que pensemos y juzguemos como lo hacemos. ¿Y qué nos determina a esta comedia casi inconsciente? La indolencia y la comodidad, y no lo que menos el deseo de la vanidad de que se nos halle totalmente consistentes, de una pieza en el modo de ser y en el pensar: pues esto procura respeto, da confianza y poder.

609

Edad y verdad. A los jóvenes les encanta lo interesante y raro, no importa que sea verdadero o falso. A espíritus más maduros les encanta lo que de interesante y raro hay en la verdad. A cerebros completamente maduros, por último, les encanta la verdad incluso allí donde aparece simple y sencilla y aburre al hombre ordinario, porque se han percatado de que la verdad suele decir lo que posee de más espiritual con el aire de la sencillez⁷³.

610

Los hombres como malos poetas. Así como los malos poetas buscan en la segunda parte del verso la idea para la rima, así es en la segunda mitad de la vida cuando los hombres, más angustiados, suelen buscar las acciones, actitudes, relaciones que convienen a las de su vida anterior, de modo que todo armonice bien exteriormente; pero su vida ya no está regida ni sigue determinada por un pensamiento poderoso, sino que a éste le reemplaza el propósito de encontrar una rima.

611⁷⁴

Aburrimiento y juego. La necesidad nos obliga al trabajo, con cuyo producto se aquieta la necesidad; el despertar siempre renovado de la necesidad nos habitúa al trabajo. Pero en los intervalos en que las necesidades están aquietadas, y por así decir, dormidas, nos asalta el aburrimiento. ¿Qué es éste? Es la habituación al trabajo en general, el cual ahora se plantea con una necesidad nueva, adicional; tanto más fuerte será cuanto más habituados estemos a trabajar, y quizá incluso cuanto más fuertemente se hayan padecido necesidades. Para eludir el aburrimiento el hombre trabaja más allá de la medida de sus necesidades normales o inventa el juego, es decir, el trabajo en general. A quien se ha hastiado del juego y no tiene ninguna razón, por nuevas necesidades, para el trabajo, le asalta a veces el deseo de un tercer estado, que es al juego lo que volar a bailar, bailar a caminar, una agitación dichosa, apacible: esta es la visión de la felicidad de los artistas y filósofos.

⁷³ porque se han percatado] *Ip*: «Mucho espíritu es menester para amar la verdad sencilla; pero por eso, porque las personas anhelan esto, es por lo que fingen tan a menudo ese amor por las obras de los griegos».

⁷⁴ Cf. 17 [103].

612

Enseñanza a partir de retratos. Al contemplar una serie de retratos de sí mismo⁷⁵, desde los tiempos de la última infancia hasta los de la madurez viril, se encuentra uno con la agradable sorpresa de que el adulto se parece más al niño que al adolescente: por tanto, de que, probablemente en correspondencia con este fenómeno, se ha producido entretanto una alienación pasajera del carácter fundamental, dominada a su vez por la fuerza acumulada, concentrada, del adulto. Con esta percepción se corresponde la otra de que todas las influencias fuertes de pasiones, maestros, sucesos políticos, que nos arrastran de acá para allá durante la adolescencia, aparecen más tarde reducidas de nuevo a una medida fija: ciertamente, siguen viviendo y operando en nosotros, pero, sin embargo, el sentimiento y el pensamiento fundamentales prevalecen y se sirven sin duda de ellas como fuentes de energía, pero ya no como reguladores, como sí ocurre entre los veinte y los treinta. Así, también el pensar y el sentir del adulto aparecen más conformes a su vez a los de su edad infantil; y este hecho interno se expresa en el externo mencionado.

613⁷⁶

Timbre de voz de las edades. El tono en que hablan, elogian, censuran, poe-
tizan los jóvenes desagrada a la persona de más edad, pues es demasiado alto y ciertamente al mismo tiempo sordo e indistinto como el sonido en una bóveda, que adquiere tal volumen debido al vacío, pues la mayor parte de lo que los jóvenes piensan no ha manado de la opulencia de su propia naturaleza, sino que es asonancia, eco de lo que se ha pensado, dicho, elogiado, censurado en su cercanía. Pero, puesto que los sentimientos (de simpatía y antipatía) resuenan en ellos mucho más intensamente que las razones de los mismos, cuando dan rienda suelta a su sentimiento se origina ese tono sordo, retumbante, que delata la ausencia o escasez de razones. El tono de la edad más madura es astringente, abrupto, moderadamente alto, pero, como todo lo articulado claramente, llega lejos. La vejez, por último, le aporta con frecuencia al tono una cierta indulgencia y tolerancia, y, por así decir, lo edulcora; por supuesto, en no pocos casos también lo agría.

614

Hombres atrasados y avanzados. El carácter desagradable que está lleno de desconfianza, que siente envidia de todo logro feliz de los rivales y allegados, que es violento y colérico ante opiniones disidentes, muestra que pertenece a una etapa anterior de la cultura, que es por tanto un residuo: pues la manera en que trata con los hombres era la justa y atinada para las circunstancias de una

⁷⁵ Al contemplar [En *Ep*: fotogr<afías> de la infancia y del adulto parecidas. Así entra también nuestro pensamiento en una fase que circunscribe el ser de nuestra infancia, las influencias fuertes son reducidas a una medida].

⁷⁶ Cf. 19 [30].

época en que regía la ley del más fuerte; es un hombre *atrasado*. Otro carácter que comparte desprendidamente las venturas ajenas, que por doquier hace amistades, que acoge con afecto todo lo que crece y está en gestación, que se regocija con todos los honores y éxitos de los demás y no pretende el privilegio de ser el único que conoce la verdad, sino que está lleno de una modesta desconfianza⁷⁷, es un hombre avanzado que sale al encuentro de una cultura superior de los hombres. El carácter desagradable data de los tiempos en que estaban todavía por construir los toscos fundamentos del trato humano; el otro vive en los pisos más altos, lo más alejado posible de la bestia salvaje que, encerrada en los sótanos, bajo los cimientos de la cultura, ruge y aúlla.

615

Consuelo de hipocondríacos. Cuando un gran pensador se ve periódicamente sometido a autotorturas hipocondríacas, puede decirse como consuelo: «de lo que este parásito se nutre y cría es de tu propia gran fuerza; si ésta fuese menor, menos tendrías que sufrir». Lo mismo puede decir el estadista cuando los celos y el sentimiento de venganza, en general la disposición de *bellum omnium contra omnes* para la que como representante de la nación debe necesariamente tener un don acusado, propiamente hablando se entromete también en sus relaciones personales y le amarga la vida.

616

Enajenado del presente. Tiene grandes ventajas enajenarse por una vez en amplia medida de la época de uno y, por así decir, ser de nuevo empujado de la orilla de ésta al océano de las consideraciones del mundo pasadas. Al mirar desde allí la costa, uno abarca sin duda por vez primera su configuración de conjunto y, cuando de nuevo se aproxima a ella, tiene la ventaja de comprenderla en su totalidad mejor que los que nunca la han abandonado.

617⁷⁸

Sembrar y cosechar en defectos personales. Hombres como Rousseau saben aprovechar sus debilidades, lagunas, vicios, por así decir como abono de su talento. Si aquél se lamenta de la corrupción y degeneración de la sociedad como funesta consecuencia de la cultura⁷⁹, en el fondo de esto hay una experiencia personal; la amargura de ésta le da la causticidad de su condena general y envenena las flechas que dispara; de entrada se descarga como individuo y piensa en buscar un remedio que le sea directamente de provecho a la sociedad pero, indirectamente y a través de ésta, también a él.

⁷⁷ está lleno]. Variante en *Md*: «no se fia más que de sí mismo».

⁷⁸ Cf. 28 [36].

⁷⁹ Vid. *HDH*, 463, n. 24.

618

Tener mentalidad filosófica. Habitualmente se aspira a adquirir para todas las situaciones de la vida y acontecimientos una actitud del ánimo, un género de pareceres: a esto se llama primordialmente tener mentalidad filosófica. Pero para el enriquecimiento del conocimiento puede tener valor superior no uniformarse de este modo, sino escuchar la suave voz de las diversas situaciones de la vida; éstas conllevan sus propios pareceres. Así se participa cognitivamente de la vida y el modo de ser de muchos, al no tratarse a uno mismo como individuo fijo, estable, uno.

619⁸⁰

En el fuego del desprecio. Un nuevo paso hacia la independencia es atreverse a exteriorizar pareceres que pasan por vergonzosos para quien los abriga; hasta los amigos y conocidos suelen alarmarse entonces. La naturaleza dotada debe pasar también por este fuego: luego se pertenece mucho más aún a sí misma.

620

Abnegación. En caso de elección, se prefiere la abnegación grande a una pequeña; pues de la grande nos resarcimos por autoadmiración, lo que con la pequeña no nos es posible.

621

El amor como artimaña. Quien quiera llegar realmente a *conocer* algo nuevo (sea una persona, un suceso, un libro), hace bien en acoger esto nuevo con todo el amor posible, en apartar rápidamente la mirada de todo lo que en ello se le antoje hostil, chocante, falso, más aún, en olvidarlo; de modo que al autor de un libro, por ejemplo, se le da la máxima ventaja y francamente, como si se tratase de una carrera, se desea con corazón palpitante que alcance su meta. Con este procedimiento, en efecto, se penetra la nueva cosa hasta su médula, hasta su punto motor; y esto significa precisamente llegar a conocerla. Una vez allí, a continuación el entendimiento hace sus restricciones; esa sobreestimación, esa suspensión temporal del péndulo crítico, no era ni más ni menos que una artimaña para arrebatarle el alma a una cosa.

622

Pensar demasiado bien y demasiado mal del mundo. Piénsese demasiado bien o demasiado mal del mundo, siempre se tiene la ventaja de cosechar un placer superior; pues con una opinión preconcebida demasiado buena ponemos habitualmente en las cosas (vivencias) más dulzura de la que propiamente hablando contienen. Una opinión preconcebida demasiado mala causa una desi-

⁸⁰ Cf. 17 [34]. Una versión de este aforismo de 1875 aparece en primera persona.

lusión agradable: lo agradable de la sorpresa viene a sumarse a lo agradable que había en las cosas. Por lo demás, un temperamento sombrío hará en ambos casos la experiencia inversa.

623

Hombres profundos. Aquellos que tienen su fuerza en la profundidad de las impresiones —habitualmente se les llama hombres profundos— son relativamente tranquilos y decididos ante todo lo repentino: pues en el primer momento la impresión era todavía superficial, sólo luego *se hace* profunda. Pero las cosas o personas desde ha mucho previstas, esperadas, son las que más excitan a tales naturalezas y las hacen casi incapaces de tener aún presencia de ánimo cuando al fin llegan.

624

*Trato con el sí-mismo superior*⁸¹. Cada cual tiene su buen día en que encuentra su sí-mismo superior; y la verdadera humanidad requiere que cada cual sea evaluado sólo por este estado y no por los días laborables de falta de libertad y servidumbre. Debe, por ejemplo, apreciarse y reverenciarse a un pintor por la visión suprema que ha sido capaz de ver y representar. Pero los hombres mismos tratan de manera muy diferente con este su sí-mismo superior y son con frecuencia sus propios comediantes por cuanto imitan una y otra vez lo que son en esos momentos. No pocos viven en el *terror* y la humildad ante su ideal y quisieran renegar de él: temen a su propio sí-mismo superior porque cuando habla, habla exigentemente. Tiene además una libertad fantasmagórica para aparecer o no a voluntad; por eso se le llama a menudo un don de los dioses, cuando propiamente hablando todo lo demás es don de los dioses (del azar), pero él es el hombre mismo.

625⁸²

Personas solitarias. No pocas personas están tan acostumbradas a estar solas consigo mismas, que en absoluto se comparan con las demás, sino que van urdiendo su monológica vida con una disposición apacible, alegre, en buenas charlas consigo, y aun con risas. Pero si se les lleva a compararse con otras tienden a una cavilosa subestimación de sí mismas, de modo que hay que obligarles a volver a *aprender* de otros una buena, justa opinión sobre sí, y aun de esta opinión adquirida querrán una y otra vez descontar y regatear algo. A ciertas personas debe, por tanto, concedérseles su soledad y no ser tan estúpidos, como con frecuencia ocurre, de compadecerlas por ella.

⁸¹ Título en *Fp*: «Trato con el ideal».

⁸² Cf. 17 [8], 22 [73].

626⁸³

Sin melodía. Hay hombres a quienes es tan propio un constante reposo en sí mismos y un armónico concierto de todas sus facultades, que les repugna toda actividad que se plantee metas. Semejan una música que consista exclusivamente en prolongados acordes armónicos, sin que nunca se muestre siquiera el ataque de un movimiento melódico articulado. Todo movimiento desde fuera no sirve más que para devolverle enseguida al esquife su nuevo equilibrio sobre el mar de la eufonía armónica. De ordinario los hombres modernos se impacientan extraordinariamente cuando tropiezan con tales naturalezas de las que nada *deviene*, sin que pueda decirse que no *son* nada. Pero, dadas ciertas disposiciones, su vista suscita esa insólita pregunta: ¿para qué en definitiva la melodía? ¿Por qué no nos basta con que la vida se refleje plácidamente en un lago profundo? La Edad Media no fue más rica en tales naturalezas que la nuestra. Cuán raramente se encuentra uno todavía con alguien que pueda vivir tan justamente apacible y contento consigo aun entre apreturas, diciéndose, como Goethe: «lo mejor es la profunda calma en que vivo y crezco frente al mundo, conquistando lo que no pueden quitarme ni con el fuego ni con la espada»⁸⁴.

627

Vida y vivencia. Cuando se constata cómo algunos saben arreglárselas con sus vivencias —sus insignificantes vivencias cotidianas—, de modo que éstas se convierten en una tierra de labranza que da fruto tres veces al año, mientras que otros —¡y cuántos!— son arrastrados por el oleaje de los más excitantes destinos, de las más diversas corrientes de la época y del pueblo, y, sin embargo, siempre se mantienen ligeros, siempre a flote, como de corcho, se siente uno al fin tentado a dividir la humanidad en una minoría (minimidad) que sabe hacer de poco mucho, y una mayoría que sabe hacer de mucho poco; y aún se topa uno con esos brujos al revés que, en vez de crear el mundo de la nada, crean del mundo una nada.

628⁸⁵

Severidad en el juego. En Génova oí yo desde una torre un largo repique de campanas a la hora del ocaso; se resistía a cesar y sonaba, como insaciable de sí mismo, por encima del rumor de las callejas en el cielo vespertino y la brisa marina, tan lúgubre, tan infantil al mismo tiempo, tan melancólico. Entonces me acordé de las palabras de Platón y las sentí de pronto en el corazón: «*A fin de*

⁸³ *Fp.*: «Hay personas con pereza para la armonía: ninguna melodía llega a tomar forma cabal con ellos, sino que todo movimiento comporta sólo otra falta de armonía. Naturalezas de la Edad Media. Impacientan, aburren: pero en ciertas disposiciones toda la vida se refleja como un lago profundo; con esta pregunta: ¿para qué, a qué santo la armonía?»

⁸⁴ Cf. Goethe, *Diario*, 13 de mayo de 1780.

⁸⁵ Cf. 17 [8], 22 [45].

cuentas, nada humano vale la pena de ser tomado muy en serio; pese a lo cual...⁸⁶.

629⁸⁷

De la convicción y la justicia. Mantener luego, frío y sobrio, lo que el hombre dice, promete, resuelve arrebatado por la pasión: esta exigencia se cuenta entre las más pesadas cargas que oprimen a la humanidad. Tener que reconocer para siempre las consecuencias de la ira, de la enardecida venganza, de la devoción entusiasta, puede suscitar una saña tanto mayor contra estos sentimientos cuanto más sean precisamente ellos idolatrados por todas partes y especialmente entre los artistas. Estos cultivan a gran escala la *estima de las pasiones* y siempre lo han hecho; por supuesto que también glorifican los terribles desquites de la pasión que uno mismo se toma, esas explosiones vindicativas con su secuela de muerte, mutilación, exilio voluntario, y esa resignación del corazón destrozado. En todo caso mantienen despierta la curiosidad por las pasiones, es como si quisieran decir: «nada en absoluto habéis vivido sin pasión». Ahora bien, por haber jurado fidelidad, quizá incluso a un ser puramente ficticio, como a un dios, por haber entregado el corazón a un príncipe, a un partido, a una mujer, a una orden religiosa, a un artista, a un pensador, en un estado de delirio obcecado que nos envolvía de fascinación y hacía aparecer a esos seres como dignos de toda veneración, de todo sacrificio, ¿está uno ineluctablemente atado? Más aún: ¿no nos engañamos, pues, a nosotros mismos entonces? ¿No era una promesa hipotética bajo el supuesto, desde luego tácito, de que esos seres a los que nos consagramos son realmente los seres que aparecían en nuestra imaginación? ¿Estamos obligados a ser fieles a nuestros errores, incluso cuando nos damos cuenta de que con esta fidelidad perjudicamos nuestro sí-mismo superior? No, no hay ninguna ley, ninguna obligación, de tal índole; *debemos* ser traidores, practicar la deslealtad, abandonar una y otra vez nuestros ideales⁸⁸. No pasamos de un período de la vida a otro sin infligir, y tampoco sin sufrir a nuestra vez, estos dolores de la traición. ¿Sería necesario que, para eludir estos dolores, tuviéramos que guardarnos de los transportes de nuestro sentimiento? ¿No se haría entonces el mundo demasiado desolado, demasiado tétrico para nosotros? Preguntémonos más bien si estos dolores son *necesarios* dado un cambio de convicción o si no dependen de una opinión y una estimación *erróneas*. ¿Por qué se admira al que permanece fiel a su convicción y se desprecia al que cambia? Me temo cuál será

⁸⁶ Cf. Platón, *Leyes*, 803b, y *República*, 604b (ed. cast., cit., págs. 1398 y 833). También citado por Schopenhauer en *Parenga y paralipomena*. La tarde en Génova aparece mencionada por Nietzsche en una carta a su madre del 22 de octubre de 1876.

⁸⁷ Cf. 17 [66], 23 [38], 23 [101]. *Fp*: «Se admira a quien sufre y muere por sus convicciones, se desprecia a quien las abandona; uno se aferra a ellas por temor al perjuicio, al escándalo, o por cabezonería. Convicción es conocimiento mezclado con impulsos de la voluntad». Lo que Nietzsche escribe en estos aforismos sobre la fidelidad alude sin duda a su relación con Wagner, pero asimismo prepara el terreno a su teoría de la metamorfosis del espíritu (cf. *Así habló Zaratustra*, I parte. «De las tres transformaciones»; ed. cast., trad. Andrés Sánchez Pascual, Alianza, 1975, págs. 49-51).

⁸⁸ nuestros ideales]. Variante en *MZ*: «los ideales de nuestra juventud».

la respuesta: porque cada cual presupone que sólo motivos de vil conveniencia o de miedo personal ocasionan un tal cambio. Es decir: créese en el fondo que nadie modifica sus opiniones en tanto le son ventajosas, o al menos en tanto no le reportan ningún perjuicio. Pero si es así, esto entraña un testimonio desfavorable sobre el significado *intelectual* de todas las convicciones. Examinemos cómo nacen las convicciones y consideremos si no son con mucho sobreestimadas: de ahí resultará que también el *cambio* de convicciones es medido bajo todas las circunstancias según un criterio falso y que hasta ahora solíamos sufrir demasiado por este cambio⁸⁹.

630⁹⁰

La convicción es la creencia de estar en posesión de la verdad absoluta en un punto cualquiera del conocimiento. Esta creencia presupone, por tanto, que hay verdades absolutas; igualmente, que se han encontrado aquellos métodos perfectos para alcanzarlas; finalmente, que todos los que tienen convicciones se sirven de estos métodos perfectos. Estos tres asertos evidencian al punto que el hombre de convicciones no es el hombre de pensamiento científico: se nos aparece en la edad de la inocencia teórica y es un niño, por muy adulto que en otros respectos pueda ser. Pero milenios enteros han vivido con estos presupuestos pueriles y de ellos han brotado las más poderosas fuentes de energía de la humanidad⁹¹. Esas incontables personas que se inmolaron por sus convicciones creían hacerlo por la verdad absoluta. Todos ellos se equivocaban en esto: probablemente jamás un hombre se haya sacrificado todavía por la verdad; por lo menos, la expresión dogmática de su creencia habrá sido anticientífica o semicientífica. Pero, propiamente hablando, se quería tener razón porque se creía *deber* tener razón. Dejarse arrebatar su creencia significaba tal vez poner en cuestión la felicidad eterna de uno. En asunto de tan extrema importancia la «voluntad» era de modo harto audible el apuntador del intelecto. El presupuesto de todo creyente de cualquier tendencia era que no *podía ser refutado*; si las razones en contra se evidenciaban como muy fuertes, siempre le quedaba aún la calumnia de la razón en general y acaso incluso la enarbolación del «credo quia absurdum est»⁹² como bandera del fanatismo extremo. No es la lucha de las opiniones lo que ha hecho tan violenta la historia, sino la lucha de la fe en las opiniones, es decir, de las convicciones⁹³. Pero si todos los que tenían tan alto concepto de su convicción,

⁸⁹ En *Cl* se añade: «Preguntémonos más bien si estos sufrimientos son necesarios cuando se produce un cambio de convicción o si no dependen de una opinión falsa, de una evaluación errónea».

⁹⁰ Cf. 21 [61], 23 [156]).

⁹¹ La convicción] En *Cl*: «Puesto que nos hace percibir su objeto muy penetrantemente, se incurre en la confusión de creer que un *sentimiento fuerte prueba* la verdad de un hecho; cuando, sin embargo, no se prueba más que a sí mismo o una cosa *representada* como fundamento. El sentimiento fuerte prueba la fuerza de una representación, no la verdad de lo representado».

⁹² «Creo porque es absurdo». Frase falsamente atribuida a San Agustín (354-430): obispo africano, doctor y padre de la Iglesia.

⁹³ de las convicciones]. Variante en *Cl*: «de tantos partidos e individuos con las orejas tapadas, que gritan incorregibles siempre lo mismo».

le ofrecían a ésta sacrificios de toda índole y no regateaban honor, cuerpo y vida en su servicio, hubiesen dedicado sólo la mitad de sus energías a la investigación del derecho con que se adherían a esta o a aquella convicción, del camino por el que habían llegado a ella, ¡qué aspecto más pacífico tendría la historia de la humanidad! ¡Cuánto más habría conocido! Todas las crueles escenas de persecución de herejes de toda clase se nos habrían ahorrado por dos razones: en primer lugar, porque los inquisidores habrían inquirido ante todo en sí mismos y habrían escapado a la pretensión de estar defendiendo la verdad absoluta; luego, porque los herejes mismos habrían dejado de ser partidarios de tesis tan mal fundamentadas como las tesis de todos los sectarios y «ortodoxos» religiosos, después de haberlas investigado.

631

De los tiempos en que los hombres estaban acostumbrados a creer en la posesión de la verdad absoluta procede una profunda *antipatía* por todas las posturas escépticas y relativistas ante cualquier cuestión de conocimiento; la mayoría de las veces se prefiere entregarse sin reservas a una convicción que tengan personas de autoridad (padres, amigos, maestros, príncipes)⁹⁴, y, si no se hace esto, se tiene una especie de remordimiento. Esta propensión es enteramente comprensible y sus consecuencias no dan ningún derecho a violentos reproches contra la evolución de la razón humana. Pero el espíritu científico debe sazonar poco a poco en el hombre esa virtud de la *cauta abstención*, esa sabia moderación que es más conocida en el ámbito de la vida práctica que en el ámbito de la vida teórica y que, por ejemplo, Goethe representó en Antonio como objeto de la saña de todos los Tassos⁹⁵, es decir, de todas las naturalezas anticientíficas y al mismo tiempo pasivas. El hombre de convicción⁹⁶ tiene en sí derecho a no comprender a ese hombre de pensamiento cauto, al teórico Antonio; el hombre científico no tiene por su parte derecho a censurar por eso a aquél; lo pasa por alto y, llegado el caso, sabe además que aquél todavía se asirá a él, tal como Tasso acaba por hacer con Antonio⁹⁷.

632

Quien no ha pasado por distintas convicciones, sino que sigue aferrándose a la creencia en cuya red quedó desde un principio atrapado, es bajo todas las circunstancias, precisamente en virtud de esta inalterabilidad, un representante de culturas *atrasadas*, conforme a esta falta de educación (la cual siempre presupone educabilidad), es duro, de pocas entendederas, incorregible, inclemente, alguien eternamente receloso, sin escrúpulos, que acude a todos los medios para imponer su opinión, pues no puede siquiera comprender que debe de haber

⁹⁴ que tengan]. Variante en *Cl*: «metafísica, aunque sea la del materialismo».

⁹⁵ Antonio y Tasso: personajes del *Torquato Tasso* de Goethe (1790).

⁹⁶ El hombre de convicción]. Variante en *Cl*: «El artista».

⁹⁷ En *Cl* se continúa: «Sobre todo ve que el hombre de convicción es útil».

otras opiniones; en este respecto es quizá una fuente de energía y, en culturas devenidas harto liberales y relajadas, hasta saludable, pero sólo sin embargo porque incita fuertemente a oponérsele, pues con ello se robustece la más delicada estructura misma de la nueva cultura, que se ve forzada a la lucha con él.

633⁹⁸

En lo esencial somos todavía los mismos hombres que los de la época de la Reforma: ¿cómo habría de ser de otra manera? Pero el hecho de que ya no nos permitamos algunos medios para con ellos contribuir al triunfo de nuestra opinión nos diferencia de aquel tiempo y demuestra que pertenecemos a una cultura superior. Quien aún hoy en día, a la manera de los hombres de la Reforma, combate y echa por tierra opiniones con difamaciones, con explosiones de rabia, delata claramente que habría quemado a sus adversarios en caso de haber vivido en otros tiempos y que habría recurrido a todos los medios de la Inquisición si hubiese vivido como adversario de la Reforma. Esta Inquisición era entonces razonable, pues no significaba nada más que el estado de sitio general que debía decretarse para todo el territorio de la Iglesia y que, como todo estado de sitio, justificaba las medidas más extremas, es decir, en el supuesto (que hoy en día ya no compartimos con aquellos hombres) de que la verdad, en la Iglesia, se *poseía* y, para la salvación de la humanidad, *debía* a toda costa, con cualquier sacrificio, preservarse. Pero hoy en día ya no se le concede a nadie tan fácilmente que posea la verdad: los métodos estrictos de investigación han difundido suficientemente la desconfianza y la cautela, de modo que todo aquel que defiende opiniones violentamente de palabra y obra es tenido como un enemigo de nuestra cultura actual, por lo menos como alguien atrasado. En efecto, el pathos de que se posee la verdad vale ahora muy poco en comparación con aquel pathos, por supuesto más templado y sin resonancia, de la búsqueda de la verdad que no se cansa de aprender y ensayar una y otra vez⁹⁹.

634

Por lo demás, la búsqueda misma de la verdad es el resultado de aquellos tiempos en que las convicciones contendían unas con otras¹⁰⁰. Si cada cual no

⁹⁸ En *Cf* este aforismo ostentaba el siguiente título: «Desconfianza hacia los representantes patéticos y violentos de la "verdad"».

⁹⁹ En *Cf* se añadía: «Qué ironía encierra el hecho de que Goethe en la *Teoría de los colores* y Schopenhauer con todas sus visiones metafísicas estuvieran equivocados y que su orgullo a este respecto estuviera en todo caso injustificado! Esto enseña modestia, al menos cautela; además, si nadie es responsable de sus actos, entonces tampoco lo es de sus éxitos, no puede aspirar al elogio ni siquiera pretender que nadie se alegre por él. Debe esperar y guardarse de hacer reproches a las personas». Cf. 22 [32].

¹⁰⁰ Por lo demás [En *Md*: «La creencia en el valor de la verdad es mucho más antigua que la seguridad del método para hallar la verdad; «tengo derecho [*Recht*] a pensar así» alude a la moral del asunto y significa: «tengo un buen derecho [*ein gutes Recht*] para ello»; pero los derechos no son siempre razones [*Gründe*].

hubiese sostenido *su* «verdad», es decir, su tener razón, no habría en general ningún método de investigación; pero así, en la eterna lucha de las pretensiones de verdad absoluta de distintos individuos, se avanzó paso a paso hasta encontrar principios incontestables según los cuales poder examinar el derecho de las pretensiones y zanjar la disputa. Primero se decidía apelando a autoridades, luego se criticaban recíprocamente las vías y los medios por los que se había encontrado la presunta verdad; entre una cosa y otra hubo un período en que se extraían las consecuencias de la tesis adversa y tal vez se las hallaba perniciosas y fatales, de donde resultaba entonces para el juicio de cada uno que la convicción del adversario contenía un error. *La lucha personal de los pensadores* acabó por agudizar de tal modo los métodos, que pudieron realmente descubrirse verdades y quedaron en evidencia a los ojos de todos los extravíos de los métodos precedentes.

635

Los métodos científicos son en conjunto un resultado de la investigación tan importante como cualquier otro; pues el espíritu científico estriba en la comprensión del método, y todos los resultados de la ciencia no podrían impedir, si se perdiesen esos métodos, un renovado predominio de la superstición y del absurdo. Las personas ingeniosas pueden *aprender* de los resultados de la ciencia tanto como quieran: a su conversación, y especialmente a las hipótesis de las que ésta parte, siempre se les nota que les falta el espíritu científico: no tienen hacia las aberraciones del pensamiento esa desconfianza instintiva que, como consecuencia de un prolongado ejercicio, ha echado sus raíces en toda persona científica. Les basta con encontrar cualquier hipótesis sobre un asunto: entonces se enardecen con ella y creen que con ello está todo resuelto. Tener una opinión significa ya para ellos fanatizarse por ella y tomársela en adelante a pecho como convicción. Ante un asunto por explicar, se acaloran por la primera ocurrencia que se les pase por la cabeza y se parezca a una explicación del mismo; de donde resultan continuamente, especialmente en el ámbito de la política, las peores consecuencias¹⁰¹. Por eso hoy en día todo el mundo debería conocer a fondo al menos *una* ciencia: entonces sabría qué significa método y cuán necesaria es la más extrema circunspección. Especialmente a las mujeres ha de dárseles este consejo; pues ahora son sin remedio las víctimas de todas las hipótesis, máxime cuando éstas dan la impresión de lo ingenioso, fascinante, vivificador, tonificante. Más aún, observando más precisamente se advierte que la inmensa mayoría de las personas cultas aún hoy en día exigen de un pensador convicciones y nada más que convicciones, y que únicamente una exigua minoría quiere *certeza*. Aquéllas quieren ser fuertemente arrastradas, para así lograr ellas mismas un aumento de energía; estas pocas tienen ese interés objetivo que prescinde de ventajas personales, incluso de dicho aumento de energía. Con aquella clase ampliamente predominante se cuenta allí donde el pensador se determina

¹⁰¹ y tomársela]. Variante en *Cf.*: «Así funcionaban antaño las religiones; de ahí procede el hábito. En la mente de la persona anticientífica se encuentran frente a frente las cosas inexplicadas y las explicadas; pero aquí basta con lo más pobre y grosero».

y define como *genio*, viéndose por consiguiente interiormente como un ser superior, al que le cabe autoridad. En tanto el genio de esa especie alimente el ardor de las convicciones y suscite la desconfianza hacia el sentido cauto y modesto de la ciencia, es un enemigo de la verdad, por mucho que se crea su pretendiente ¹⁰².

636

Hay por supuesto una clase enteramente distinta de genialidad, la de la justicia; y no puedo en absoluto resolverme a estimarla inferior a cualquier genialidad filosófica, política o artística. Su índole consiste en apartarse con franca repugnancia de todo lo que ciega y extravía el juicio sobre las cosas; es por consiguiente una *adversaria de las convicciones*, pues a cada cual, vivo o muerto, real o imaginario, quiere darle lo suyo, y para ello debe conocerlo puro; pone por tanto todas las cosas bajo la mejor luz y da vueltas en torno a ellas con mirada atenta. Finalmente, incluso a su oponente, la «convicción» ciega o miope (como la llaman los hombres; entre las mujeres se llama «fe»), le dará lo que es de la convicción: por mor de la verdad.

637 ¹⁰³

De las *pasiones* se nutren las opiniones; la *inercia del espíritu* petrifica éstas en *convicciones*. Pero quien se sienta espíritu *libre*, incesantemente vivo, puede impedir esta petrificación; e incluso si en conjunto es una bola de nieve pensante, en su cabeza no tendrá, en suma, opiniones, sino solamente certezas y probabilidades precisamente medidas. Pero nosotros, que somos de esencia mixta y ora estamos inflamados por el ardor, ora enfriados por el espíritu, queremos prostrarnos ante la justicia en cuanto la única diosa que reconocemos por encima de nosotros. El *fuego* en nosotros nos hace de ordinario injustos y, en el sentido de esta diosa, impuros; nunca nos es dado en este estado tomarle la mano, nunca se posa en nosotros la grave sonrisa de su complacencia. La veneramos como la Isis velada de nuestra vida; avergonzados le ofrecemos como expiación y sacrificio nuestro corazón cuando el ardor nos abrasa y quiere devorarnos. Es el *espíritu* lo que nos salva de la extinción y la carbonización completas; de tanto en tanto nos arranca del altar del sacrificio de la justicia o nos envuelve en un manto de asbesto. Redimidos del fuego, andamos entonces, impulsados por el espíritu, de opinión en opinión, cambiando de partido, como nobles *traidores* de todas las cosas que a fin de cuentas pueden ser traicionadas, y, pese a todo, sin sentimiento de culpa.

¹⁰² Más aún, observando] Variante en Cf: «Hay una clase de personas que le pide a un pensador emociones, otra certeza; las unas quieren ser arrebatadas con fuerza a fin de así tener ellas mismas un aumento de energía (retórica), las otras tienen ese interés objetivo que prescinde de ventajas personales (incluida la del aumento de energía). Allí donde el autor se toma por genio y mira por tanto como un ser superior, se reclama autoridad y se apela a estas naturalezas que desean convicciones, fuertes impulsos de la voluntad en determinadas direcciones.

¹⁰³ Cf. 17 [66].

El caminante. Quien sólo en alguna medida ha alcanzado la libertad de la razón no puede sentirse sobre la tierra más que como caminante, aunque no como viajero *hacia* una meta final: pues no la hay. Pero sin duda quiere observar y tener los ojos abiertos para todo lo que propiamente hablando ocurre en el mundo; por eso no puede prender su corazón demasiado firmemente de nada singular; en él mismo ha de haber algo de vagabundo que halle su placer en el cambio y la transitoriedad. Por supuesto, tal hombre pasará niálas noches, en las que esté cansado y encuentre cerrada la puerta de la ciudad que debía ofrecerle descanso; quizá además, como en Oriente, el desierto llegue hasta la puerta, las fieras aúllen tan pronto más lejos como más cerca, se levante un fuerte viento, los ladrones le roben sus acémilas. Entonces la noche pavorosa desciende sobre él como un segundo desierto en el desierto y su corazón se cansa de caminar. Aunque la aurora surja para él, ardiente como una deidad de la cólera, y la ciudad se abra, quizá en los rostros de sus habitantes vea aún más desierto, inmundicia, engaño, inseguridad, que ante las puertas, y el día sea casi peor que la noche. Así puede, sí, sucederle alguna vez al caminante; pero luego vienen, como compensación, las deliciosas mañanas de otros parajes y días, en que ya al rayar el alba ve adelantarse hacia él bailando las cohortes de musas en la niebla de la montaña, en que luego, cuando quedo, en el equilibrio del alma matutina, pasa entre árboles, desde sus copas y frondas se le arrojan desinteresadamente cosas buenas y claras, las ofrendas de todos esos espíritus libres que están a sus anchas en la montaña, el bosque y la soledad, y que, al igual que él, a su manera tan pronto gozosa como reflexiva, son caminantes y filósofos. Nacidos de los misterios de la madrugada, meditan sobre cómo puede tener el día un rostro tan puro, luminoso, transfiguradamente sereno entre las diez y las doce: *buscan la filosofía de la mañana.*